

izquierda nacional

IN

Octubre-Noviembre de 1971

17

EL CENTRALISMO PORTEÑO Y EL INTERIOR

por ROBERTO CASTILLA

EL ESTUDIANTADO UNIVERSITARIO RESPONDE AL MINISTRO MALEK

Capital extranjero e impotencia nacional

Respuestas a un cuestionario

AL CORRER DEL MES

JOSE HERNANDEZ

Y EL CHACHO

por L. A. Rodríguez

EL MARXISMO VIVIENTE

por César Vallejo

LAS GUERRAS NACIONALES

por G. Zinoviev

LECTURAS CRITICAS

La Revolución, la mayoría, las armas

“La entrevista con Trotsky, en su despacho de la Comisaría de Guerra, tuvo una cierta importancia. Duró un par de horas... La delegación española había sido encargada por el pleno nacional de la CNT (sindicalista revolucionaria) que la nombró que planteara una «grave» cuestión: “¿Podrían los Soviets enviar a la CNT armas para hacer la revolución?”. Trotsky contestó: “Para hacer una revolución es necesario haber ganado las simpatías de la mayoría de la población, y entonces se cuenta naturalmente con los soldados, que son los que tienen las armas. Las armas necesarias para la revolución española están en España. Ganen la voluntad de los que las tienen, y dispondrán de las armas necesarias”.

(Recuerdos de Joaquín Maurín de una visita a Moscú en 1921. En “Revolución y contrarrevolución en España”, pág. 264, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1965.)

LN

DIRECTOR: JORGE ABELARDO RAMOS -
SECRETARIA DE REDACCION: HERMINIA DENOT -
SECRETARIO TECNICO: ROBERTO PASCUAL -
ORGANO TEORICO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL DE LA ARGENTINA - APARECE MENSUALMENTE - COLABORADORES: JORGE ENEA SPILIMBERGO - BLAS M. ALBERTI - ALBERTO GUERBEROFF - NORBERTO GALLI - MARIO BERNICH - ARTURO ARROYO - GREGORIO ABELARDO CARO FIGUEROA - MANUEL CRUZ TAMAYO - LUCIA SOLIS - ANA MARIA GIACOSA -
COORDINADORA: CASILLA DE CORREO 323, CORREO CENTRAL, BS. AIRES, ARGENTINA.
Agentes y corresponsales en México, Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú, Chile, Uruguay y Brasil - Precio del ejemplar en América Latina: u\$s 0,75 - En Argentina \$ 3,00 ley 18.188.





BUENOS AIRES

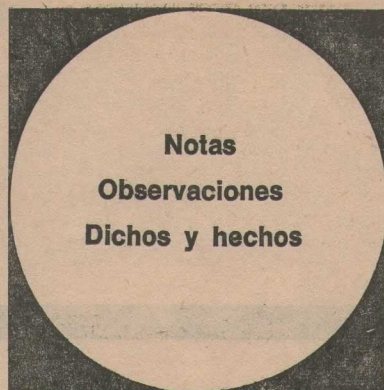
SUMARIO

OCTUBRE 1971

AL CORRER DEL MES	2
RESPUESTAS A UN CUESTIONARIO	5
EL CENTRALISMO PORTEÑO Y EL INTERIOR Roberto Castilla	8
JOSE HERNANDEZ Y EL CHACHO Luis Alberto Rodríguez	13
LAS GUERRAS NACIONALES Gregori Zinoviev	17
LOS MOVIMIENTOS DE EMANCIPACION NACIONAL Andrés Nin	30
LA CUESTION UNIVERSITARIA ARGENTINA Y EL DIVISIONISMO CIPAYO (primera parte)	34
LAS LECCIONES DEL MARXISMO César Vallejo	44
LECTURAS CRITICAS	46



AL CORRER DEL MES



Notas Observaciones Dichos y hechos

El PSIN lanza la idea de un Frente de Izquierda Popular

El PSIN ha lanzado la idea de formar un Frente de Izquierda Popular para afrontar las próximas luchas políticas. Transcribimos la declaración del XXI Pleno del CEN del PSIN, dada a conocer en Córdoba el 18 de setiembre.

El movimiento popular, a partir de mayo-junio de 1969, cambió sustancialmente la correlación de fuerzas en su enfrentamiento contra el régimen. Ello determinó que en el solo transcurso de nueve meses el país debiera padecer tres presidentes. La incontrastable marea de las movilizaciones populares provincianas, enmarcadas en el repudio unánime del pueblo argentino a los sucesivos gobiernos de la mal llamada Revolución Argentina, forzó al régimen a batirse en retirada, apelando a diversas "fórmulas salvadoras": primero, Levingston con su seudo tentativa de nacionalismo populista sin romper con el imperialismo, y luego, la apertura electoral, a través de Lanusse. Allí surge el "Gran Acuerdo Nacional". Con él tiende a darse una base de estabilidad al tambaleante sistema oligárquico, merced a la incorporación del peronismo al sistema institucional, limando al máximo su poder de enfrentamiento, pretendiendo lograr un acuerdo concertado en la can-

didatura a la Presidencia, mediante la renuncia de Perón y el consentimiento de los Altos Mandos Militares.

Ello ha obligado a Lanusse a realizar una serie de hechos que, como la restitución de los restos de Eva Perón, el reconocimiento del status jurídico de no exiliado del Gral. Perón en Madrid, así como la repentina fijación de fecha cierta al calendario electoral, muestran más que la fortaleza del régimen, su debilidad y su impotencia. Pero no le queda otro camino; por sí solo no puede ni avanzar, ni retroceder: he allí su tragedia.

El inesperado apresuramiento producido al asumir el compromiso público de dar elecciones libres en fecha determinada, se explica por la presencia de un sector gorila de las Fuerzas Armadas, cada vez más hostil a esa política, ante la sola posibilidad del retorno del peronismo al poder.

Digno es de remarcar que tan histórica negación de la eventual expresión de la soberanía popular, se expresa ante la inusitada revitalización que pretende darse a los Comandos Civiles, que piden a coro con insaciable revanchismo "la cabeza de Perón". Mientras, Federico Toranzo Montero hace público anuncio del propósito de llevar al país a la guerra civil, como única manera de negar el imperio de la voluntad del pueblo. Ellos son quienes en nombre de la pacificación incitan a la guerra civil, en nombre de la democracia pretenden continuar con el autoritarismo despótico de las minorías, y en nombre del "orden" quieren instaurar el caos, con tal de mantener sus privilegios. Pero no están solos. En esto coinciden, como es habitual en América Latina, con toda la izquierda cipaya. Por un lado, el P.C., que propone la

sustitución del actual gobierno por otro, provisional, que solo podría ser prolijado por aquellos mandos más reaccionarios que habiendo sido el sostén de Onganía y Levingston se oponen a la actual política. Por otro, la ultraizquierda que enarbolando un insurreccionismo abstracto, practica, en concreto, una política coincidente con los intereses reales de los Toranzo Montero, López Aufranc y el imperialismo. Todos esos sectores coinciden en una sola cosa: su antiperonismo.

Como en octubre del 45 y febrero del 46, una nueva opción se abre al país: con el pueblo y la clase obrera, o contra ellos. Pero las masas no se engañan. Así como las movilizaciones populares forzaron la apertura electoral del régimen, sólo la continuación de ellas podrán garantizar la realización de las elecciones y el respeto al triunfo de la voluntad popular. Por ello, convocamos a todo el pueblo a la lucha por la defensa de la soberanía popular, contra toda clase de fraude o proscripción que el régimen, en un repliegue sobre sí mismo, intente establecer.

Frente al proceso electoral ya abierto, el Socialismo de la Izquierda Nacional expresa su irrenunciable vocación de aprovechar hasta el último resquicio de legalidad que el régimen se vea obligado a otorgar, para hacer pública expresión de sus ideas, vigorizando cauce de las luchas en la nueva etapa que comienza.

Damos nuestro apoyo crítico a los movimientos nacionales que, como el Yrigoyenismo y el Peronismo, han encarnado o encarnan las aspiraciones del conjunto del pueblo en su lucha antiimperialista. Ello no importa desconocer sus históricas limitaciones que les impidieran, a su tiempo, expropiar las bases materiales del poder oligárquico, para evitar, de esa manera, el retorno de la reacción al poder. Acompañamos sus luchas y sostenemos sus reivindicaciones nacionales y democráticas, pero lo hacemos desde un punto de vista independiente, con una perspectiva revolucionaria y proletaria, en miras a la instauración definitiva del Socialismo en el país.

Pero en el absoluto convencimiento de que solo un Gobierno Obrero y Popular, podrá hacer efectivas las banderas de Independencia Económica, Soberanía Política y Justicia Social, hemos de sostener nuestro propio programa a través de un Frente de Izquierda Popular que, sin par-

tidismos y con una amplia bandera de Izquierda Nacional, separar cauce a la verdadera vocación revolucionaria, nacional y democrática del Pueblo Argentino.

Hacemos un público llamado a la joven generación de argentinos que estén dispuestos a romper las barreras del Estatuto-Trampa, que intenta amordazar a las nuevas fuerzas que se han expresado en el país a partir del 29 de mayo de 1969, a engrosar las filas del Frente de Izquierda Popular. Y también a quienes, queriendo sentirse protagonistas de su propio destino, estén dispuestos a ofrecer a la Nación la verdadera opción obrera y popular que, en definitiva, será quien ponga fin a la crisis del sistema oligárquico, a la dominación del imperialismo y abrirá la perspectiva revolucionaria hacia la instauración del Socialismo en la Argentina, dentro del marco de Unidad de la Patria Latinoamericana.

Córdoba, 18 de setiembre de 1971

Un curita deslenguado

El Movimiento de curas del Tercer Mundo tiene buena prensa y despierta unánimes simpatías. En algunas declaraciones hasta se declara partidario de un socialismo latinoamericano. Muchos de sus integrantes viven en barrios obreros o villas de emergencia y defienden con entereza los derechos populares. Otros son frecuentemente detenidos por la policía y el Ejército a causa de esa actividad. También nosotros, los socialistas de la Izquierda Nacional, hemos brindado nuestro apoyo a cada paso que los curas del Tercer Mundo daban en dirección a la causa de los explotados y oprimidos. No son pocos los católicos, por lo demás, que hoy militan en nuestras filas. De modo que resultan, por lo menos, sorprendentes las declaraciones que formula el padre Rolando Concatti en la revista "Confirmado" acerca de nuestro partido y de nuestro Secretario General, compañero Jorge Abelardo Ramos.

Después de algunas confusas referencias de Concatti acerca

de las relaciones entre el peronismo y el socialismo (que revelan la urgente necesidad de que este sacerdote se encierre algunos meses a estudiar los textos marxistas) el periodista pregunta:

—El planteo de ustedes se acercaría al efectuado dos décadas atrás por el Partido Socialista de Izquierda Nacional y por Jorge Abelardo Ramos ¿Ustedes comparten esas tesis? El amable curita citado responde:

—Al margen del valor de Jorge Abelardo Ramos como historiador y de la justeza de sus tesis, nosotros creemos que encarna típicamente al intelectual de izquierda que en ningún momento quisiéramos ser. El Partido Socialista de Izquierda Nacional (PSIN) nos parece un artificio, exterior al peronismo, que no aspira a convertirse al movimiento nacional, sino a conducirlo desde arriba. Nuestra opción es casi inversa: quisiéramos tener lucidez histórica y crítica, pero para internarnos como compañeros y militantes en el movimiento peronista, compartiendo sus grandezas y sus problemas."

El año pasado, en Mendoza, en el curso de un asado organizado con motivo de la presencia de Abelardo Ramos en esa provincia, el mencionado Concatti se permitió formular ante nuestro compañero algunas apreciaciones teñidas de un "peronismo antielectoralista" con fuertes matices ultraizquierdistas cipayos. También añadió una crítica a las posiciones del PSIN, que reclamaba y reclama una lucha por la soberanía popular efectiva. En esa ocasión y ante una numerosa concurrencia, Ramos le señaló al maestro Concatti lo siguiente: 1º Que apreciamos en su valor la reorientación de algunos sectores de la Iglesia hacia las masas populares y hacia la revolución. Que el reciente descubrimiento de Concatti de que en el mundo hay pobres y ricos era a nuestros ojos tan positivo como el descubrimiento no menos reciente para ellos de que el peronismo no es malo. Que no teníamos el menor propósito de recordar que mientras la Iglesia católica argentina, con sus obispos, sacerdotes y feligreses era uno de los principales factores en el derrocamiento de Perón en 1955 (aliados a los masones, ateos y detestados liberales de la época) los hombres de la Izquierda Nacional, como en 1945, sosteníamos en todos los terrenos al gobierno popular, antes y después de su caída. Que, en consecuencia, veíamos con simpatía que los

gorilas católicos de 1955 se hubieran persuadido que el peronismo era un movimiento nacional y popular y, también que no teníamos objeciones que hacer al hecho de que muchos de ellos, iluminados por la gracia, se hicieran peronistas. Que este cambio de los católicos (de algunos sectores de ellos) se debía en primer lugar no a una rebelión de abajo, sino a los renovadores de arriba, es decir, a la enérgica acción transformadora de los dos últimos papados, los de Juan XXIII y de Pablo VI. Que el principio de autoridad, de verticalidad en el mando, por así decir, esencial en el gobierno de la Iglesia, aunque no inhibe el florecimiento en su seno de postulaciones y divergencias múltiples, continúa siendo el rasgo distintivo de esa institución universal y en consecuencia, "imprime carácter" en muchos de sus sacerdotes. De ahí que les resulte más tranquilizador entrar al peronismo, que también es vertical y que cuenta con un jefe supremo, que entender la teoría y la práctica del marxismo, cuya estructura partidaria se rige por el centralismo democrático y gobierna sus actos por el régimen colegiado. Finalmente, el compañero Ramos le señaló al cura Concatti que el PSIN veía con agrado, viniese de abajo o de arriba, que la Iglesia se moviese al fin en un mundo en movimiento, y abandonase sus largos siglos de sostén del feudalismo, de la burguesía y de las oligarquías. Pero que nos gustaría ver en él (en Concatti) mayor humildad al acercarse a la revolución. Sobre todo, que abandonase el pecado de soberbia y entrase en puntas de pie al templo de la Revolución. Allí sería bienvenido por aquellos que hacía muchas décadas habían luchado por construirlo en nuestro país en la más perfecta soledad y aislamiento y a los que les parecía inadecuado que el padre Concatti, cansado de confesar viejas beatas, entrase gallardamente al campo del socialismo revolucionario, fulminándonos como "reformistas", y sembrando homilias subversivas (en los asados).

Estas consideraciones del compañero Abelardo Ramos fueron recibidas con ejemplar humildad cristiana por Concatti, lo que habla en su elogio, y con evidente satisfacción por la concurrencia, entre los que se encontraban muchos católicos, algunos de los cuales ingresaron luego a nuestro partido.

Justamente por los antecedentes que dejamos narrados resulta aún más notable el revelador

concepto del cura Concatti sobre nosotros. Nos gustaría saber qué "intelectuales" de izquierda ha conocido en su larga militancia revolucionaria el buen padre de marras, y cuales son las razones por las cuales rehúsa ser uno de ellos. En cuanto al PSIN, efectivamente, Concatti ha logrado casualmente comprender que es externo o exterior al peronismo, puesto que se trata de un partido socialista marxista, o sea que no es peronista. Esta agotadora conclusión pone en duda los grandes estudios y el tiempo que Concatti ha dedicado a estudiar las relaciones entre peronismo y socialismo, o sea al movimiento nacional popular burgués y el partido socialista marxista, que representa los intereses de la clase obrera. El PSIN ha escrito toneladas de papel para explicar esas relaciones. Después de haber invertido muchos años en cosas que no son de este mundo, Concatti ha llegado por fin al Tercer Mundo. Empecemos por el primero, es decir por este mundo. Sería bueno saber si sus colegas del grupo piensan lo mismo que este arrogante presbítero metido a Cristóbal Colón del peronismo.

Tres días de Octubre

El mes de Octubre está abrumado de historia. No siempre los acontecimientos que en él se produjeron y se rememoran cuentan con intérpretes y devotos coherentes. Con demasiada frecuencia los que rinden homenaje al Che Guevara sienten repulsión por el 17 de Octubre; y los que evocan las grandes huelgas del 45 no siempre adhieren al trascendente significado de la Revolución de Octubre de 1917. Pero hay un movimiento que puede reivindicar orgullosamente al 17 de Octubre y al Octubre del 17, un movimiento que se reconoce profundamente en la fusión de ambas fechas. Ese es el caso del socialismo de la Izquierda Nacional. Con mayor razón, el PSIN rinde naturalmente homenaje al martirio de Ernesto Guevara. Todo el mundo sabe que no hay en este homenaje la menor porción del interés publicitario y demagógico que

distingue a los múltiples explotadores de la sangre del héroe, pues es bien conocida nuestra radical divergencia con las ideas del Che acerca de la teoría del foco y ciertos aspectos de la revolución latinoamericana.

Los más redomados cipayos y charlatanes de América Latina (junto a los fabricantes de "posters") han convertido el sacrificio de Guevara en un oficio lucrativo, sea en vil metal o en dividendos políticos. La impudicia del cipayaaje ha llegado hasta el extremo de que en una Facultad de la Universidad de Córdoba ciertos izquierdistas llegaron a afirmar en su propaganda electoral la necesidad de que los estudiantes voten para Presidente del Centro... al Che Guevara. Esta degradación industrial del Che define a sus apologistas profesionales.

De Ernesto Guevara ha de permanecer el ejemplo de su voluntad inquebrantable para la creación de una América Latina socialista, de su oposición a toda arbitrariedad e injusticia, así se cubra con el manto hipócrita del "socialismo de Estado"; de la hostilidad al burocratismo de las revoluciones respetables; de su lucha total contra el imperialismo y de su concepción de América Latina como un teatro único e indivisible de la revolución.

El 17 de Octubre de 1945 no solo simbolizó la incorporación de la clase obrera a las grandes luchas políticas argentinas como factor decisivo de ellas. También marcó el fin de los partidos de "izquierda" —los socialistas y los comunistas— que nunca pudieron reponerse del baldón histórico: su alianza con Braden fue un epitafio que los cubre hasta hoy. Ese estigma alcanza hasta sus herederos, aun los más "ultraizquierdistas", que a 26 años de los acontecimientos que

protagonizó el proletario balbucean todavía las consabidas inepticias sobre la "burguesía nacional".

Detrás de la cucarda roja aparece el rostro del gorila; impotente al parecer para una rápida humanización.

Pero, a más de un cuarto de siglo del 45, la rememoración de la jornada se produce mientras en el mismo seno del peronismo se escuchan voces acerca del "socialismo". Pero el socialismo, a menos que sea puramente declarativo e insustancial, solo puede expresarse por medio del partido revolucionario, que es su instrumento natural. Un segundo 17 de octubre deberá ser socialista y en ese caso, será invencible pues el gobierno de los trabajadores pondrá fin a toda esperanza restauradora de la vieja oligarquía y del imperialismo. En el mes de octubre según el calendario bizantino, y en el de noviembre según el calendario gregoriano, se produjo la conquista del poder por los obreros y campesinos de la Rusia zarista. Bajo la dirección del partido más revolucionario que la historia conoce, del partido de Lenin y de Trotsky, la clase obrera estableció un nuevo punto de partida para la humanidad. Cualesquiera que sea el destino y las vicisitudes que sufrió la Revolución de Octubre no cabe duda que ha establecido sobre la sexta parte de la tierra un régimen social que ha soportado la prueba de gigantescas presiones. Ni la agresión bélica del imperialismo ni la acción degenerativa de una burocracia inepta pudieron destruir la obra de la gran revolución. La burocracia stalinista desaparecerá en algún momento, pero las conquistas de 1907 permanecerán como un tesoro del pueblo soviético y como el cimiento de un socialismo sin policía, sin terror y sin fetiches.

CURSOS LIBRES

en el Instituto Popular de Estudios Argentinos y Latinoamericanos (IPEAL)

Tacuari 119, entrepiso, Buenos Aires

- I. ¿América Latina, una semi-colonia?
- II. Revolución burguesa y revolución nacional
- III. El Frente Unico antiimperialista
- IV. Cuestiones de método en Marx
- V. Historia argentina (Iª parte). Desde la sociedad hasta la caída de Rosas

LOS CURSOS SE DICTARAN EN NOVIEMBRE
Inscripciones en la Secretaría del IPEAL,
todos los días hábiles de 19 a 21 horas

Respuestas a un cuestionario

El compañero Jorge Abelardo Ramos contestó a un cuestionario presentado por el diario "Clarín", que fue publicado el 16 de setiembre, junto a las respuestas de representantes de otras tendencias.

El texto, cuyas respuestas hablan no solo de la situación argentina, sino también de Latinoamérica y su relación con los capitales extranjeros, se transcribe a continuación.

N. de la R.

16 de setiembre de 1971.

1º) ¿Considera necesario el concurso del capital extranjero en el desarrollo de la economía nacional?

— Considero más lógico plantear antes otra pregunta: ¿La Argentina cuenta con capitales propios para impulsar su crecimiento económico? Mi respuesta es: Sí.

Según el Ministro de Hacienda, Dr. Quilici, parasitan actualmente en el exterior 8.000 millones de dólares exportados de nuestro país. Para lograr la repatriación de tan inmenso capital, el Banco Central ha emitido Bonos Externos, cuya adquisición se beneficia de un punto y medio superior al mejor interés que se obtenga en el mercado interbancario de Londres y nunca inferior al 8 %. El adquirente doloso de tales Bonos, que ha huido del país (desangrándolo) con el trabajo argentino acumulado bajo la forma del "capital negro", es gratificado además, por el actual gobierno, con un "blanqueo" de tales capitales. Para conmover su corazón, se lo seduce con innumerables ventajas que todo lector podrá conocer en los avisos publicados en los grandes diarios últimamente.

Este premio al delito se contradice con la hostilidad no menos manifiesta que se evidencia desde el aparato del Estado hacia la pequeña o mediana empresa rural o industrial de capital argentino. Pues para los abogados nativos del imperialismo extranjero que han manejado en los últimos quince años la economía nacional (salvo raras excepciones) no hay cosa más detestable que un "capitalismo nacional", que una "burguesía nacional", a la que los izquierdistas cipayos amenazan con la expropiación en las palabras y a la que el imperialismo conduce a la quiebra en los hechos. Esta muerte ingloriosa y nada épica de la burguesía argentina no ha despertado en ella en la hora de la crisis el espíritu de lucha que careció en tiempos prósperos.

Es por tales razones que creo imposible en que los nostálgicos llamados de amor del Dr. Quilici persuadan a la rica y ociosa Doncella del Capital Prófugo para que emprenda, suspirando, el camino del retorno. No hay que emitir Bonos Externos para repatriar a los capitalistas, aventureros y especuladores: es preciso impedir que en lo sucesivo puedan emigrar.

Si logramos hacerlo, el monto de la suma evadida señala bien a las claras la capacidad de acumulación que el país dispone en manos improductivas y que constituiría un gigantesco poder en manos del Estado.

¿Cómo lograrlo? No hay medidas puramente económicas, "técnicas", que generen milagros en la materia, salvo para los milagrosos y charlatanes que tan bien conoce el país. No las hubo nunca en la historia universal. Pues los mejores resultados se obtienen mediante la compulsión de medidas extraeconómicas, o sea políticas. Para que el Estado pueda emprender las grandes obras de la industrialización básica que reclama la expansión de las fuerzas productivas, es preciso nacionalizar la fuente primera de esa riqueza emigratoria, que el Ministro de Hacienda ha señalado y cuantificado. En primer lugar, la pampa húmeda. Es preciso transformar la actual parálisis ganadera (cuya producción está detenida en las cifras de 1910) en una gigantesca fábrica de carne. Para obtener esos fines, es preciso nacionalizar sin indemnización todos los predios de la "pampa húmeda" superiores a las 500 hectáreas. Los técnicos del INTA, los ingenieros agrónomos y los veterinarios al servicio del Estado, tendrán entonces la palabra y dirigirán esos inmensos emporios. No propongo naturalmente, ninguna subdivisión de la tierra en el sector de la economía pecuaria de la "pampa húmeda". Por el contrario, según el dictamen de los especialistas, hasta podrían ampliarse las estancias ganaderas del Estado a extensiones solo regulables por rentabilidad y control técnico. Las mercedes reales y los derechos de vaquería volverían al Rey, o sea al pueblo, que es quien ha valorizado, con su trabajo y su sangre, el viejo Desierto.

Lo mismo digo con respecto a las industrias monopólicas del gran capital imperialista, a la necesidad de liquidar la intermediación entre la importación y la exportación, en suma, con respecto a todo el capital comercial improductivo. Con esto señalo —sin hablar de los Bancos—, las fuentes principales del capital emigratorio.

Naturalmente que todo lo dicho supone una revolución, nacional en sus primeros grados y necesariamente enlazada con la adopción progresiva de medidas económicas abiertamente socialistas. Pues la pregunta N° 1 planea en el aire si se la desvinculase de la naturaleza de clase del Estado que discute el concurso del capital extranjero. En mi opinión, un Estado Socialista en la Argentina podría admitir el ingreso del capital extranjero, a condición de que ese capital se invierta en lo que Marx llamaba la rama I, o sea la industria pesada, donde la composición orgánica del capital es más densa e indispensable la gran inversión. Naturalmente, es preciso contemplar, en ese caso, que los beneficios de dicha inversión extranjera se remesen en proporciones y plazos razonables para ambas partes. Lenin sostuvo la necesidad de esta colaboración del capital extranjero en la Rusia soviética devastada por la guerra civil y la intervención militar externa, en 1922. Pero su gobierno poseía el control de todo su territorio y la soberanía plena sobre el conjunto de su economía, incluyendo el monopolio del comercio exterior, que Lenin reputaba instrumento esencial. En tales condiciones, un gobierno socialista, aunque fuera el gobierno de un país económicamente miserable, era políticamente muy fuerte, y podía negociar con el capital imperialista desde posiciones sólidas.

Del mismo modo, gobiernos nacionalistas como el de Perón en el pasado, o el de Velasco Alvarado en el presente, pueden legítimamente negociar con el imperialismo, si lo consideran necesario y si ya han triunfado sobre la oligarquía interna. Las amargas enseñanzas de la historia nos recuerdan, sin embargo, el destino de muchos gobiernos nacionalistas: no es suficiente vencer a la oligarquía interna por el sable o el voto: hay que destruirla socialmente, despojarla para siempre de su base económica y desmontarla históricamente como a la nobleza terrateniente de la Francia de Luis XVI. De otra manera, los estancieros se las arreglan siempre para una restauración, del brazo de los gerentes extranjeros.

2º) ¿A su juicio, las inversiones extranjeras condicionan la autonomía de las decisiones económicas del país?

— Eso depende del tipo de gobierno que admite o solicita la inversión extranjera. Un gobierno nacionalista (civil o militar) está en mejores condiciones para reservar su capacidad de decisión que un gobierno oligárquico, al que, por otra parte, poco le importa generalmente tal capacidad de decisión. Basta recordar al gobierno del señor Onganía para saber qué quiero decir. Por lo demás, el señor Roth, que escudriñó como Secretario Técnico los asuntos de la célebre presidencia, nos ha mostrado (aunque con rara morosidad) las intimidaciones de un gobierno antinacional. En cuanto a la capacidad de decisión de un gobierno socialista no puede haber duda alguna: ningún poder extranjero a la Argentina y a sus clases laboriosas podrá movernos un milímetro de la vigilancia del interés nacional.

3º) ¿Qué condiciones le impondría al capital extranjero?

— En la etapa actual, de asumir el poder un gobierno revolucionario, el

capital extranjero debería esperar el arreglo de nuestros asuntos domésticos, entre los que se encuentran mezclados, para nuestra desgracia, ese capital. Pues resulta obvio que la nacionalización de toda la banca y la devolución a los argentinos productores de las ventajas dinámicas del crédito sería el primer paso de una política financiera nacional. Ya no podría admitirse, por un ejemplo, que un monopolio internacional como la Deltéc, pueda obtener del Banco de la Nación Argentina, en violación de la Ley "Compre Nacional", \$ 3.200 millones de pesos. Seguramente que no podrá tolerarse que ese mismo Banco, fundado por Carlos Pellegrini en 1891 para proteger la industria argentina, evolucionase hacia el estímulo de las actividades agrarias y terminase al servicio de los monopolios. Sólo así puede concebirse que Bunge y Born haya obtenido un crédito de más de 2.000 millones de pesos, de los cuales 700 millones están destinados a la compra de algodón.

Una empresa que obtiene fuera del país el 83 % de sus beneficios, obtiene apoyo crediticio de un Banco del Estado con el delicado propósito de apretarle la garganta a los productores de algodón del Nordeste y someterlos a su política de bajos precios.

De ningún modo hace falta ciencia económica, sino patriotismo elemental para resolver que esos 700 millones de pesos habrían sido mejor otorgados por ese Banco a los productores de algodón, para que así pudieran negociar mejor con el pulpo o crear cooperativas para comercializar ellos mismos su algodón.

En síntesis, por ahora nada podríamos hablar con el capital extranjero, hasta que hayamos recuperado lo que es nuestro. Luego, veríamos.

4º) ¿Qué medidas adoptaría para atraerlo, si lo considerara necesario?

La pregunta 4 está vinculada a la 3. Primero, gobierno de los trabajadores y del pueblo, segunda emancipación, soberanía plena, control de la riqueza nacional. Para hablar con el capital extranjero, pongámoslo ante todo en la puerta de casa, del lado de afuera. Así se negocia mejor.

El centralismo porteño y el interior

por Roberto Castilla

Publicamos un trabajo del compañero Castilla, de Córdoba, sobre la renovada cuestión del papel hegemónico de los intereses portuarios sobre el país y la interpretación marxista del mismo.

En el próximo número publicaremos una respuesta polémica sobre el artículo de Castilla escrita por el compañero Carlos Díaz, del Chaco.

N. de la R.

Desde unos años a esta parte, la búsqueda de una explicación a la crisis implacable que corroe las economías provinciales ha conducido a ciertos sectores del interior a exhumar la vieja tesis que sostiene que todas nuestras penurias derivan del centralismo metropolitano y del sometimiento de las provincias a la Capital Federal. Editorialistas de los diarios comerciales, revistas políticas, comentaristas de radio, economistas locales y organismos empresariales, como la Cámara de Industriales Metalúrgicos, la Bolsa de Comercio y la Asociación de Industriales de Córdoba (ADIC), no han cesado de teorizar sobre el tema. Los radicales, por su parte —que ya habían proyectado durante el gobierno de Illia el traslado de la capital fuera de Buenos Aires (1)— han hecho propicia la ocasión para cantar loas al genio profético de Alem. Encuentran actuales como nunca sus palabras en la Legislatura bonaerense de hace noventa años: “La centralización, atrayendo a un punto dado los elementos más eficaces, toda la vitalidad de la República, debilitará necesariamente las otras localidades, y como dice muy bien Laboulaye, es la apoplejía en el centro y la parálisis en las extremidades” (2). Y de vez en cuando algún resentido contra el pasado trae a colación en un Suplemento dominical el veto de Sarmiento que impidió (con muy buen criterio) que la Capital se instalara en Villa María.

Buenos Aires aparece a los ojos de toda esta buena gente como la gran enemiga, el pulpo bajo cuyos tentáculos se debaten las provincias, que prolongan con su resistencia la lucha de las montoneras federales. Así, por ejemplo, el director de la Revista “Jerónimo”, de Córdoba, ha escrito que esta provincia “está peleando en términos contemporáneos por lo mismo que peleaban el Chacho, Facundo y todos sus pares. Es decir, por vencer, destruir el asfixiante poder del puerto, su próspera inmoralidad, su insaciable propósito de suscitar un país, el suyo, que no tenga nada que ver con el otro país, el nuestro” (3). Porque “aquí —expliquémonos— en nuestro ancho y dilatado territorio, conviven dos países” (4). Finalmente, un político conservador-popular muy ligado a Córdoba, el Dr. Horacio Agulla, ha llevado todas estas especulaciones hasta sus últimas instancias y ha sacado las conclusiones organizativas del caso, planteando la necesidad de estructurar una “Fuerza Nacional del Interior”.

Desde que lanzó su idea a los vientos, el hombre se ha mostrado muy activo. Los diarios se han hecho eco de sus andanzas por las provincias y han

dato noticias de sus intentos de seducir a diversos jefes locales con caudal electoral propio. Según comentarios de "El Cronista Comercial", del 24 de agosto último, el ex interventor de Santa Cruz ha mantenido conversaciones con el caudillo neo-peronista de Neuquén, Felipe Sapag, y con el frondizista Ismael Amit, de La Pampa. Al parecer, no ha tenido mucha suerte, y la "fuerza nacional del interior" seguirá siendo una utopía, como dice el diario de Rafael Perrotta; una utopía reaccionaria, podemos completar.

Los dos países

El esquema básico del que parte Agulla es el mismo de "Jerónimo": que "la Argentina no está dividida en dos partidos, sino en dos países" (5). Así lo ha declarado en Córdoba —que parece ser su cuartel general— el 16 de julio pasado y lo ha reiterado en "El Argentino", quincenario que es su vocero oficioso. Un país es el interior, el otro la metrópoli federal. Agulla deriva de la centralización y la macrocefalia todos los males de la nación y especialmente el subdesarrollo de las provincias. En consecuencia, sostiene, "una vez más, como otras en la historia, corresponde a las provincias la fundamental tarea de repantear el país, repensario de acuerdo a la experiencia vivida..." Es necesaria una "transformación revolucionaria" unificando el país, tarea que "no puede hacerse mediante la utilización de los instrumentos políticos del otro país", sino mediante "un gran movimiento nacional" del interior (6).

Planteos como los expuestos han encontrado cierta acogida por la invocación demagógica de "lo nacional" y por poner de relieve la diferencia irritante entre una metrópolis opulenta y un interior postrado. Sin embargo, es una postura totalmente falsa y anacrónica. Pretender ahora reeditar, burlescamente, una "Liga del interior" al modo de la que encabezó Juárez Celman en su tiempo los problemas fuera de la historia e ignorar las modificaciones que se han producido en las relaciones de fuerzas entre las clases.

No es que se quieran desconocer las contradicciones entre Buenos Aires y las provincias, que saltan a la vista; se trata, sencillamente, de dilucidar cuál es la naturaleza de esas contradicciones. Agulla y toda la burguesía del interior, con increíble miopía, le otorgan categoría sustancial; consideran el antagonismo puerto-provincias como el hallazgo que explica el atraso nacional y el desequilibrio entre las regiones. "Lo diferencia existente entre la zona del puerto y su radio de acción, con el interior del país —ha dicho el titular de A. D. I. C.— configura, casi podría decirse, la existencia de dos países..." (7) Y Angel Valentínuzi, presidente del Centro Comercial e Industrial de Río Cuarto, se ha referido a Buenos Aires manifestando "que su centralización debe concluir, de lo contrario el país continuará con barreras de estancamiento" (8).

El predominio porteño y la opresión imperialista

Existe, es evidente, una absorción constante de recursos económicos públicos y privados, una injusta distribución de la recaudación impositiva, un desamparo de las empresas del interior, y una concentración de la población y de la riqueza en el Gran Buenos Aires y su zona de influencia como resultado de todo ello. Un examen económico pormenorizado revelaría más: que existe una especie de "explotación colonial", por decir así, del interior por parte de Buenos Aires, pues la plusvalía producida por todo el país permite la existencia de una enorme masa de población metropolitana ocupada en actividades no productivas: comercio, servicios, transportes, comunicaciones, etc. Según un estudio de la Bolsa de Comercio de Mendoza, este sector terciario absorbe el 55,5 % de la población económicamente activa de la Capital Federal, donde queda también un gran porcentaje de los impuestos que soportan las clases medias del interior.

Pero de constatar estos hechos a reconocer la presencia de dos países contrapuestos, uno explotador del otro, media una distancia muy grande. Salvarla es el pasé de prestidigitación que permite escamotear a los verdaderos culpables de la dependencia y la crisis argentina: el bloque del imperialismo, la oligarquía y la gran burguesía financiera y comercial.

"A través de la centralización de las organizaciones sociales —dice Agulla— solo se ha logrado la subordinación del interior del país y la cancelación de sus posibilidades de desarrollo". Esto es falso. No es cierto que "la conjunción del poder político y la excesiva concentración económica a su alrededor, son causa máxima de la distorsión que padece el desarrollo de nuestro país" (9), como proclamó el arquitecto Jaime Roca, presidente de A. D. I. C., en la celebración del Día de la Industria, porque la hipertrofia bonaerense no es la causa del atraso de las provincias. Uno y otro —la hipertrofia y el atraso— son ambos resultado del proceso de la colonización imperialista. Hasta media-

dos del siglo pasado, aun siendo la ciudad más importante, Buenos Aires no desempeñaba todavía un rol nemogénico respecto a las demás provincias, conservándose un cierto equilibrio entre todas las regiones. Sería el imperia- lismo el que desarticularía el sistema heredado de la colonia, impidiendo su crecimiento armonico. Impuso energicamente el desarrollo masivo de la pro- duccion agropecuaria del Litoral y con ello el crecimiento desmesurado de Buenos Aires, intermediaria natural entre nuestras tierras pampas y la de- manda ultramarina. Los ferrocarriles, funcionando como un gigantesco aba- nico que recogia la riqueza agricola-ganadera para volcarla en el puerto pri- vilegiado, acentuaron la centralizacion en todos los ordenes, mientras las provincias, carentes de recursos agropecuarios, languidecian lentamente. Con- centrada la capacidad de consumo en la densa demografía metropolitana, la industria al surgir se asentó logicamente en Buenos Aires, con lo cual se completo el predominio porteño sobre el resto del país.

Raíces del conservatismo social en Buenos Aires

Existe otro elemento de la realidad que pareciera abonar la imagen de "los dos países", tan cara a la burguesía y a una vasta capa de la pequeño- burguesía mediterránea: el hecho de que Córdoba y otras ciudades provincia- nas hayan encabezado la lucha contra la dictadura militar, mientras los trabajadores portenos y bonaerenses han permanecido quietos, sin producir ninguna manifestación de su fuerza que pueda compararse a la que el 29 de mayo protagonizó el pueblo cordobés. Este inmovilismo podría dar pie a la creencia de que existe una cierta "colaboración de clases" contra el interior, un soborno de la burguesía del puerto a su proletariado, solventado con las migajas de la explotación de las provincias. Pero esto no sería más que una trasposición mecánica de un esquema que si es válido para interpretar las relaciones entre países imperialistas y naciones dependientes, no tiene asidero en las relaciones internas de la Argentina semicolonial. La crisis estructural del sistema agro-exportador no permite ya a las clases dominantes asociar a los trabajadores de la plataforma atlántica a su perspectiva histórica y poli- tica como hizo en el pasado. Por otra parte, esa superditiación se ejercía respecto al viejo proletariado artesanal y de los servicios públicos, que se insertaba en el sistema a través del remanente de la renta agraria dejado por la rapiña del imperialismo y la oligarquía. En cambio, el nuevo proletariado del cinturón obrero de Buenos Aires es fundamentalmente producto del desarrollo indus- trial operado en oposición a aquellas dos fuerzas sociales, y en la medida que lo es, sus niveles de existencia dependen menos del orden agro-exportador que del mantenimiento del mercado interno. Lo cual no quiere decir que la financiación de una hipotética colaboración de clases pueda correr a cargo de la burguesía "nacional", pues es sabido que tres lustros de política oligár- quica han minado constantemente su posibilidad material de hacer conce- siones al movimiento obrero, como no sea el soborno directo a las direcciones más corrompidas.

La pasividad de la clase obrera porteña, no es el resultado de una parti- cipación en los beneficios de la plusvalía extraída a las provincias, sino la consecuencia de la eficacia disuasiva de la concentración del aparato repre- sivo y sobre todo, de la ausencia de una dirección política revolucionaria reco- nocida por el proletariado y del rol frenador y desmoralizador de Rucci y com- pañía. Obedece más a razones políticas y coyunturales que a causas estruc- turales; a "su relativa inmadurez política y organizativa" (10), como ha puntualizado Spilimbergo.

La superación de su ideología nacionalista revolucionaria, que ya ha co- menzado, abrirá la posibilidad de que el proletariado metropolitano vuelque su decisivo peso social al lado de las movilizaciones de los pueblos del inter- ior. Entonces se verá que quienes mejor continúan las luchas de las mont- ñeras federales son los trabajadores porteños, como que ellos son de hecho, en gran parte, los descendientes de aquellos heroicos centauros. Ni por "animus jocandi" será posible hablar de un bloque porteño contra las provincias.

La desintegración del Frente Unico del Interior

Contrariamente a lo que afirman Agulla y "Jerónimo" *no hay* dos países, sino dos partidos: el partido de la clase obrera y los sectores oprimidos de todo el pueblo, y el partido de la oligarquía y sus aliados interiores y exterio- res, que por encima de siglas y rótulos circunstanciales se reconstituyen en cada hora decisiva de nuestra historia. Cada uno de estos partidos está exten- dido por todo el país, presentes uno y otro tanto en Buenos Aires como en el interior, aunque por razones históricas y económicas el segundo tenga en la Capital de la República el baluarte principal de su poderío.

Hace cien años, la oposición de las provincias a Buenos Aires reconocía su razón de ser profunda en el atraso precapitalista del interior que ahogaba a todas las clases por igual. La aristocracia provinciana, ese patriciado con más blasones que fortuna, tenía tanto interés como los artesanos arruinados por la penetración de la manufactura inglesa o los pobres labradores y pastores criollos en articular una política más nacional, capaz de sacar al interior de la postración en que yacía. Ese interés común los unía frente a la oligarquía vacuna y la burguesía del puerto, cuyos designios eran preservar para sí el monopolio de la renta agraria y de la aduana porteña. "El Interior" era el nombre propio que designaba el frente único de todas las clases de las provincias⁽¹¹⁾; no una abstracción política extraída de la geografía, sino una entidad concreta —aunque inorgánica— cuyos límites concordaban con los de determinada porción territorial. Cárcano ha recordado en "Mis primeros ochenta años" cómo en el movimiento juarista de los años setenta y ochenta, junto a la aristocracia liberal se alineaban "los estudiantes universitarios de todas las provincias, a quienes se agregaban muchos jóvenes del comercio y demás gremios de Córdoba" y el paisanaje del oeste y el norte de la provincia. El fenómeno, con las variaciones propias de cada provincia, se repetía en todo el interior. Pero ese frente único hace mucho tiempo que se ha disgregado y no es posible seguir charlando sobre un abstracto "interior" opuesto a un no menos abstracto "Buenos Aires".

Realizado el objetivo central que unificaba a todos los sectores provincianos —la recuperación de la capital histórica y su aduana—, las contradicciones que se hallaban comprimidas por las necesidades de la lucha, pasaron a primer plano. La evolución que resultó en los años posteriores de nuestra particular inserción en el mercado mundial amplió la brecha entre las clases: las que de alguna manera se acoplaron a esa evolución se integraron socialmente al Litoral agro-exportador; el resto siguió siendo proverbialmente "el interior".

Ese desarrollo de la economía agraria exportadora actuó como un poderoso corrosivo en varios sentidos y en varias provincias: en aquellas en que —como en Córdoba o San Luis— una parte del territorio era apta para la agricultura y especialmente para la ganadería, convirtió al patriciado local en parte integrante de la oligarquía gobernante dio origen a una pequeña burguesía rural que disputando a aquella la renta de la tierra integraba en última instancia su sistema; en Cuyo, Tucumán y el Noroeste, donde prosperaron los cultivos industriales, proporcionó a los dueños de los ingenios y a los grandes viñateros y bodegueros un amplio mercado consumidor, cuyos fabulosos y continuos beneficios hicieron de ellos una cerrada casta divorciada de los pueblos del interior. Simultáneamente, la unificación del mercado interno por obra de los ferrocarriles y las comunicaciones, creó en todas las ciudades mediterráneas núcleos de una burguesía mercantil que no eran sino bocas de expendio de las empresas importadoras de Buenos Aires y Rosario. Otras capas y grupos asociados a la oligarquía por sus privilegios burocráticos y su enajenación espiritual surgieron allí mismo con el establecimiento de la administración pública y el aparato de la cultura oficial. Más contemporáneamente, nuevos intereses antinacionales aparecen en algunas provincias nucleados alrededor de las inversiones imperialistas en la industria extractiva, la banca, las fábricas de automotores, etc.

Por el contrario, en Buenos Aires, la industrialización habida entre las dos guerras creó un proletariado que en 1945 se reveló como el caballo de Troya en la ciudadela oligárquica y al que han comenzado a sumárseles sectores de la pequeña burguesía porteña que el sistema, en su decadencia, ya no puede seguir asimilando.

De manera que la recreación en 1971 de una "Fuerza nacional de interior", opuesta como un bloque a la capital natural de los argentinos considerada también como un bloque, no puede conceptuarse sino como tentativa antinacional de privar a las clases oprimidas del interior de su cabeza dirigente: el proletariado industrial de Buenos Aires.

Programa e impotencia de la burguesía mediterránea

Desde otro punto de vista, las especulaciones sobre "los dos países" y la opresión porteña son las mayores audacias teóricas que se permite la burguesía "nacional" del interior. Acorralados como están por el progresivo control imperialista del mercado interno, los mayores costos industriales, la contracción del poder adquisitivo de las masas y la política fiscal y crediticia de la "Revolución Argentina", los empresarios e industriales mediterráneo no osan sin embargo mirar a la cara a sus verdaderos enemigos ni llamarlos por su nombre. Para ellos no existe nada que sea el fenómeno imperialista, el parasitismo de la estructura oligárquica ni la dependencia semicolonial. Sólo hay un "país raquítico con una cabeza gigante", una deformación demográfica y económica producto de la federalización de Buenos Aires y del desinterés de los gobiernos nacionales por el desarrollo de las provincias. Así enmascarado,

el problema recién se vuelve abordable para la burguesía del interior, aún más débil y temerosa que la de Buenos Aires. Porque si el atraso tiene sus orígenes en la ausencia de una correcta política gubernamental, bastaría para superarlo una serie de medidas de promoción y "buen gobierno". Descentralización industrial, incentivos para una mayor radiación de capitales extranjeros en el interior, reducción de la presión impositiva, disminución de retes y tarifas, protección aduanera, obras de infraestructura, abaratamiento de la energía, inmediato traslado de la Capital al interior, restablecimiento de las quitas zonales y derogación del sábado inglés para abaratar los costos sacrificando a los trabajadores⁽¹²⁾, tal es lo que pide a los gobiernos la burguesía de Córdoba, sin duda, "la más neta, lúcida y consciente" del interior, que habla por todos los empresarios de las provincias.

De todo ese programa, pese a las toneladas de papel gastadas en proyectos, memorándum y comunicados, la burguesía provinciana no puede conseguir de las autoridades federales más que la promesa de realizar el último punto: la liquidación de las conquistas sociales de la clase trabajadora. Las demás reivindicaciones exigidas al Estado —apoyo crediticio, reducción de impuestos y tarifas ferroviarias, energía eléctrica barata, caminos, industrias de base— son incompatibles con el mantenimiento del dominio imperialista y el parasitismo despilfarrador de terratenientes y ganaderos. Sin el establecimiento del monopolio del comercio exterior y la confiscación de la gran propiedad agraria e imperialista, como mínimo, no habrá excedente económico que el Estado pueda distribuir en el interior. Sus empresarios, sin embargo, se horrorizan sólo de pensar en semejante posibilidad. Parecen haber olvidado que la expansión industrial de Córdoba —primera ciudad del interior— se produjo gracias al I.A.P.I., a la ampliación de actividades de la Fábrica Militar de Aviones, a la energía brindada por la empresa estatal de electricidad y a que el gobierno popular peronista puso a disposición de las provincias buena parte de los recursos y del peso político que antes se volcaba exclusivamente sobre la Capital Federal.

No hay en las elaboraciones de los organismos empresarios una sola línea, una alusión siquiera, al problema de los medios, al cómo conseguir lo que se pretende. Este silencio pone bien de relieve la incapacidad orgánica de las clases burguesas del interior para intentar nada que se parezca a una "revolución nacional". Su destino es reñir entre sí para que una inversión extranjera se radique en una provincia y no en otra, a fin de vivir luego de sus pedidos de suministros, mendigando entre tanto a los poderes tradicionales hasta que suene la hora para todos ellos. El estado obrero y popular realizará las tareas que la cobardía histórica de la burguesía "nacional" deja inconclusas; entre ellas, el desarrollo armónico del país y la integración regional, que no se conseguirán trayendo la Capital al interior, sino planificando racionalmente toda la economía argentina en el marco de una perspectiva latinoamericana y socialista.

Córdoba, 10 de septiembre de 1971

(1) Sobre el asunto, véase el art. de M. Cruz Tamayo, "¿El Presidente Illia quiere suicidarse?", en "Izquierda Nacional", Nº 5, de febrero de 1964.

(2) Transcrito por Antonino Salvadores en "Alem y su profecía del 80", Ed. Raigal, Bs. As., 1950, pág. 179.

(3) "Unitarios y Federales", "Jerónimo", Nº 18, diciembre 1969, pág. 33.

(4) "Provincial y nacional", "Jerónimo", Nº 20, marzo 1970, pág. 58.

(5) "Convocatoria a una fuerza nacional del interior", Córdoba, 16 de julio de 1971, pág. 3 del folleto de la versión de la conf. de prensa.

(6) Idem.

(7) "Córdoba, de hoy a mañana": I. Roca, Jaime. "Jerónimo", Nº 21, mayo 1970, pág. 35.

(8) "Proyectos e inquietudes" en Comercio y Justicia, Anuario del 2 de octubre de 1969, Córdoba, pág. 81.

(9) Discurso pronunciado el 2 de septiembre de 1971. "La Voz del Interior", Córdoba, 3/9/1971, pág. 12.

(10) Jorge Enea Spilimbergo, "El régimen militar en crisis", "Izquierda Nacional", nº 11, febrero de 1971, pág. 4.

(11) Existían, por supuesto, reducidísimos grupos en todas las provincias de "gente decente" y comerciantes dependientes de la burguesía porteña, que era los que estaban detrás de Antonino Aberastain en San Juan o de Félix de la Peña en Córdoba, pero ellos no pesaban nunca sino en alianza con las tropas nacionales que ocupan el interior como territorio conquistado. Sin los próconsules porteños, no tenían ninguna fuerza social.

(12) Resumimos de las organizaciones representativas de la burguesía del interior: Congreso Regional de Industriales del Centro-Noroeste Argentino reunido en Córdoba del 17 al 19 de junio de 1971; declaraciones del Presidente de la Bolsa de Comercio de Córdoba del 17 al 19 de junio de 1969, pág. 30; del Presidente de la Asociación de Industriales Metalúrgicos de San Francisco en "Jerónimo", Nº 21, agosto 1970, pág. 28; del Presidente del Centro Comercial e Industrial de Río Cuarto, en "Comercio y Justicia" del 2 de octubre de 1969, pág. 81.

José Hernández y el Chacho

por Luis Alberto Rodríguez

El compañero Rodríguez tiene en preparación un trabajo titulado "Vida política del Federal José Hernández", del cual tomamos el trabajo que se transcribe a continuación.

A 108 años del asesinato de Angel Vicente Peñaloza perpetrado el 12 de noviembre de 1863, y 85 años de la muerte de José Hernández, tiene vital importancia desentrañar las causas del crimen, causas cuyos efectos todavía podemos.

N. de la R.

Corría el año 1863... Mientras el interior, abandonado a su propia fuerza, comenzaba a vérselas con los procónsules de Mitre, José Hernández formaba parte del grupo de hombres que desde el Litoral trataban de buscar una salida política a la grave situación originada por la derrota nacional de Pavón.

El partido federal entrerriano se encontraba dividido en "oficialistas", que apoyaban la gestión de Urquiza, y "disidentes", que no ocultaban sus críticas a lo que consideraban una traición del estanciero de San José en beneficio de Buenos Aires; estos últimos se agruparán tiempo después alrededor de la figura del general Ricardo López Jordán. Hernández formará parte del ala jordanista junto con Evaristo Carriego, Francisco F. Fernández, Olegario V. Andrade, Martínez Fontes y Eusebio Ocampo, entre otros.

En las provincias, recrudescido el odio a Buenos Aires, los porteños serán considerados enemigos abiertos del país. Rafael Hernández, años más tarde, describirá esa situación:

"En la provincia de Corrientes (se) nos llamaba tahué, es decir, hombres de otra raza, de otra especie (...) En Santa Fe, reinaba este refrán: «¡Porteño y víbora de la cruz no se pueden dejar vivos!» (...) En las provincias, en general, nos llamaban «patas blancas», aludiendo a las polainas blancas de los soldados de línea que durante los 6 ó 7 años de intervención armada en las provincias las azotaron en grande" (1).

Mitre, fiel a su esquema, tratará desde el primer momento de barrer con las situaciones provinciales adversas. Los gobernadores eran en su mayoría caudillos populares que luchaban contra el avasallamiento porteño y la irrupción comercial inglesa. La influencia federal era palpable. El apoyo popular, "enraizado en el tipo de la economía regional y de las fuerzas tradicionales", se revelaba manifiesto. Estos caudillos habían sido guerreros de la Independencia, o de las luchas civiles en los ejércitos gauchescos. Ostentaban los grados militares reconocidos por el Acuerdo de San Nicolás al crearse el Ejército de Línea.

En Paraná, desde *El Argentino*, Hernández trazará este cuadro:

"A once años de distancia de aquel día memorable (de la batalla de Caseros), después de sacrificios sin cuento, sembrado de cadáveres el suelo de la República, paralizado su comercio, detenida su industria, contenido su progreso, impedido el desarrollo de su riqueza, comprometido su crédito en el interior y quebrantado en el exterior, extenuados de cansancio y de fatigas

nuestros Pueblos, pobres, sin rentas, sin tener aún aquello más necesario para una existencia decorosa, absorbidos por una Provincia todos los centros de riqueza, de comercio, de poder y de influencia, una multitud de argentinos en peregrinación en el suelo mismo de la Patria, otros arrojados fuera del País por nuestras visicitudes y nuestras luchas, elevada la pasión política a la categoría de sistema de gobierno, hecha más profunda nuestra división, exacerbados los ánimos por la desigualdad irritante, millares de hijos de nuestro suelo, escarnecidos, calumniados, injuriados, víctimas indefensas de la furia más repugnante y de la más abominable cobardía, con un Gobierno Nacional sin asiento permanente, aun decrepito desde su nacimiento; nuestros Pueblos se encuentran ensayando nuevamente su régimen de gobierno, y por resolverse en la práctica el sistema que ha de regirnos, y sobre el que han de consolidar su existencia como Nación, de una manera estable y permanente".(2)

Desde Entre Ríos, ocupándose de su hacienda, alentando de vez en cuando el descontento provinciano, pero impasible, Urquiza será cómplice de la política porteña. En esa época el Gobierno mantenía dos batallones de línea en Rosario. Charloni estaba en Santa Fe, Sandez en San Luis y Mendoza, Arredondo en San Juan, Alfaro en Catamarca, Lezica en Corrientes, y Rivas y Paunero en todas partes. Al año de la presidencia de Mitre se contabilizarán once intervenciones armadas a las provincias.

Desde su diario, dirá Hernández:

"Pavón fue el triunfo de un partido político sobre la causa de la Ley, es decir: fue la separación, el odio, la división de la sociedad en dos clases: **VENCEDORES Y VENCIDOS** (...) Por nuestra parte, jamás hemos creído que el general Mitre pretendiera de buena fe borrar esa división (...), y los actos de su Gobierno que han podido tener para algunos esta significación, para nosotros no han sido más que resortes aislados de la política (...) Nosotros no pretendemos defender al coronel Báez, pero ofrecemos su ejemplo de un Gobierno que no les pertenece, porque no es el Gobierno de los Argentinos, sino el Gobierno de los *liberales* (...) Si fuimos ayer **VENCEDORES GENEROSOS** seamos siempre **VENCIDOS** sin humillación, o dispongámonos a ser nuevamente **VENCEDORES**".(3)

Meses después, en Lomas Blancas, las lanzas federales de los montoneros acaudillados por el general Peñaloza sufren un nuevo revés frente a las fuerzas gubernamentales. *El Argentino*, como otros periódicos de provincias, se hará eco permanentemente de los sucesos que la oligarquía de Buenos Aires denominaba hipócritamente "guerra de policía". *La Nación Argentina*, lengua-ráz de la burguesía comercial, pedía por entonces que los escritores de Entre Ríos fuesen tratados como cómplices de los federales alzados, y que se procediese a su juzgamiento. Hernández, por toda respuesta, transcribirá un nuevo documento del Chacho, puntualizando en nota al mismo:

"En el documento que ahora damos al conocimiento público, como en todos cuanto llevan al pie la firma del general Peñaloza, sólo se habla de unión y de concordia, sólo se revelan sus sentimientos patrióticos y generosos, en tanto que sus enconados enemigos piden a gritos su muerte, lo amenazan con la horca, con el fusilamiento o el degüello (...) No lo vea quien no quiera verlo; no lo oiga quien no quiera oírlo; pero los Pueblos de la República agobiados por el sufrimiento, cansados del dominio despótico de caudillejos oscuros se levantan para combatir por sus libertades arrebatadas, para defender sus derechos conculcados, para sostener las instituciones violentadas con descaro a cada momento por los mismos que se precian de defenderla".(4)

En abril del 63, Sarmiento, con el grado de teniente coronel, estaba encargado de dirigir la guerra contra los montoneros en San Juan. Este hará de la pena de muerte, abolida por la Constitución, un arma de venganza en la región cuyana. En Santiago del Estero y Tucumán el cuadro será similar. En San Luis se ponía fuera de la ley a la mitad de los habitantes de la provincia por sus afinidades con los federales alzados. En Catamarca la represión se acentuaba incesantemente. En Córdoba el sistema de las persecuciones y de los encarcelamientos se hallaba en plena vigencia. Los Correa, Pose, Barbeito y Molina, disponían de la vida de los "sediciosos" según su voluntad.

Es por entonces que el diario *El Zonda* de San Juan publica una carta privada de Mitre a Sarmiento, carta que posteriormente será transcripta por casi toda la prensa del país. Mitre, entre otras cosas, decía en ella: "(...) tengo diez vapores y diez mil hombres para hacer en cualquier parte, y en el término de quince días una barrida general". Desde su diario, Hernández comentará los descarnados pensamientos de Bartolomé Mitre:

"¿Qué es esta barrida general? ¿Será acaso de los millares de Argentinos que no están conformes con su política? ¿No es injuriosa y chocante semejante amenaza? ¿No es despótico y tiránico el sentido de esa frase? ...

"Pocos comentarios necesita el siguiente párrafo: '*A mí que como soldado y como gobernante destinado fatalmente a triunfar en cualquier conflicto, yo debiera aprovechar la indiscreción de nuestros enemigos para aplastar a alguno con esa formidable masa*'.

"El primer período de este párrafo es una jactancia tonta. ¿Dónde está revelada esa ley del destino que lo hace siempre triunfar? ¿Será en Sierra Chica, en Cepeda, en Pavón ó en las elecciones que acaban de tener en Buenos Aires?

"Sin duda quiere hablar del conflicto de Pavón, donde el general Mitre extendió el brazo, cerró la mano, y cuando la abrió se encontró con algo que le había puesto en ella el general Urquiza: ese algo era la Presidencia de la República, conforme pudo ser cualquier otra cosa.

"Lo de *fatalmente* no es enigmático para nosotros; la frase la completamos así: *fatalmente para el país*. Lo de *aplastar a alguno*... dejamos por nuestra parte *que al que le caiga el sayo encima se lo ponga*. Esa amenaza no nos toca; estamos comprendidos en lo de la *barrida general*.

"*Habremos quebrado*, dice después, *las picas de los Beduinos de La Rioja*. Que la prensa liberal en su furor de injuriar a sus enemigos, maltrate así los enemigos de una Provincia, pase en esta época en que el ultraje y la injuria son armas que ha legitimado el uso. Pero que el Presidente de la República llame Beduinos a los hijos de una Provincia Argentina, que han concurrido con sus votos a su elevación, no es por cierto tan sencillo y natural... No quiséramos dar lugar a que se creyera que explotamos esta grave ligereza de S.E., pero aconsejaríamos a los Drs. D. Domingo y Ramos Ocampo (...), electos Senadores por la Provincia de La Rioja, que no concurrieran al Congreso Nacional donde no serían representantes de la Soberanía de una Provincia Argentina sino de los Beduinos, según la calificación amarga e inmerecida que les ha dado el Presidente de la República".⁽⁵⁾

La situación económica de Entre Ríos revelaba un proceso de creciente deterioro: su comercio detenido, el crédito provincial comprometido, sus empleados impagos por varios meses, la producción local estancada, conjugaban un cuadro alarmante. Las aduanas de su territorio, que recaudaban en épocas normales más de un millón de pesos, habían dejado en el último año una renta de 625 mil. En este contexto, Hernández ataca la base del sistema instaurado por Buenos Aires:

"¿Por qué la ventaja que se acuerda a los buques despachados (desde Buenos Aires) no se hace extensiva también a los que se despachan del Rosario del Paraná, de Corrientes, o de los Puertos del Uruguay?"

"Es indudable que ese privilegio acordado a aquel puerto a de llamar allí ante de mucho a todos los buques que navegan nuestros ríos, con notable perjuicio del comercio y de las conveniencias de los pueblos ribereños (...); la desigualdad es palpable, la idea de un privilegio concedido al puerto de Buenos Aires, está saltante, y manifiestos están allí el espíritu de una política absorbente.

"El segundo punto es el despojo violento que se hace a los gobiernos de Provincia de una renta que le es propia.

"Al Gobierno de la Provincia le asiste el más perfecto derecho, la razón más completa para reclamar del de la Nación sobre esa usurpación, sin que nadie viera en esa representación otra cosa que el celo bien legítimo por las prerrogativas y derechos de la Provincia..."⁽⁶⁾

Por esos días se iniciaban los trabajos para la construcción del Ferrocarril Central Argentino, iniciación que aprovechará el estrategia de Sierra Chica para afirmar: "Este se un feliz acontecimiento que inaugura la extinción del caudillaje bruto".

En el mes de mayo de 1863 se publicaba un manifiesto que el general Urquiza dirigía "a sus amigos". Hernández, analizando la pieza, señalará la comunidad de pensamiento entre el caudillo entrerriano y el círculo porteño:

"Es indudable que en este caso el título de *amigo*... se refiere a los *amigos políticos*... Mas, ¿cuál es ese partido político? Es indudable que es el partido que hoy domina... Ese partido que inspiraba sus resistencias a Madariaga, sus combinadas tentativas a Paz, sus violentas agresiones a Lavalle... Esos eran sus *enemigos de entonces*, y parece indudable que esos son sus *amigos de hoy*.

"Sus verdaderos amigos de las dos riberas del Plata y del interior de la República, los que hace 30 años vienen acompañándolo en sus sacrificios, durmiendo con él en los campamentos, derramando generosamente su sangre, sacrificando sus intereses, su tranquilidad, su bienestar, su hogar y sus familias (...), que ni alienta la prosperidad, ni aleja el infortunio o el peligro (...), no han necesitado una palabra de vindicación del General Urquiza, ni a ellos puede ser dirigida tampoco esa palabra que viene a herir de muerte las esperanzas de libertad que habían de nuevo abrigado los pueblos (...). Y el General Urquiza, que parece darle más importancia al juicio de la posteridad que el de sus contemporáneos, no olvide que esa historia a cuyo fallo apela, va a ser escrita por los mismos que hoy lo acusan, en presencia de esos documentos de la época en que se le apostrofa e infama"⁽⁷⁾.

Seis meses más tarde, el 12 de noviembre de 1863, cerca de Olta, rendido ante una partida comandada por Ricardo Vera, es asesinado a lanzazos el general Peñaloza. El país entero se estremeció ante el bárbaro crimen. José Hernández reflejará la indignación popular en una serie de artículos, que constituirán la ardiente prosa de *La vida de "El Chacho"*. Se describe en ella el itinerario de un soldado de nuestras guerras civiles; federal del interior hostil a Rosas, como a Mitre y a los unitarios. Capitán de Facundo Quiroga y aliado de Brizuela contra Juan Manuel, acompañará a Urquiza y se levantará luego contra Mitre. "La vida del Chacho" es, sin duda alguna, el "anti-Facundo" por excelencia. En el prólogo de la obra, dirá Hernández:

"Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigioso, más generoso y valiente que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes. El general Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato Argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser *cosido a puñaladas* en su propio lecho, degollado, y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento.

"El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso, acaba con sus enemigos *cosiéndolos a puñaladas*.

"¡Maldito sea! Maldito, mil veces maldito, sea el partido envenenado con crímenes, que hace de la República Argentina el teatro de sus sangrientos horrores.

"La sangre de Peñaloza clama venganza, y la venganza será cumplida, sangrienta, como el hecho que la provoca, reparadora como lo exige la moral, la justicia y la humanidad ultrajada con ese cruento asesinato.

"Detener el brazo de los pueblos que han de levantarse airados mañana para castigar a los degolladores de Peñaloza, no es la misión de ninguno que siente correr en sus venas sangre de argentinos" (8).

Con la cabeza de Peñaloza clavada en una pica en la Plaza de Olta, quedaba prácticamente terminada la guerra en el interior. La "civilización" cumplía su obra. La oligarquía de Buenos Aires y sus socios ingleses ya estaban interviniendo en el Uruguay. La Triple Alianza comenzaba a gestarse. Los diarios de Buenos Aires cantaban loas a la "unidad nacional", esa unión de la que meses antes había dicho Hernández:

"La unión está hecha y la mitad de los argentinos está proscripta, olvidada, escarnecida, peregrinando en el exterior y en el interior. La unión está hecha y allá está la acción benéfica, y aquí las necesidades que deberían remediarse. Allá está la riqueza pública, y aquí la miseria pública. Allá el movimiento de la vida, y aquí la quietud de la muerte. Allá el Gobierno General de los liberales, y aquí los Argentinos con trece Gobiernos parciales..." (9).

(1) Rafael Hernández, Discurso en el Senado de la Provincia de Buenos Aires, 26 de setiembre de 1892; cit. por Osvaldo Guglielmino, "Rafael Hernández, el hermano de Martín Fierro", Ed. Perlado, Bs. As., 1954, págs. 24 a 26.

(2) José Hernández, diario "El Argentino"; Paraná, 3 de febrero de 1863.

(3) *Ibid.*; 7 de marzo de 1863.

(4) *Ibid.*; 5 de mayo de 1863.

(5) *Ibid.*; 7 de mayo de 1863.

(6) *Ibid.*; 5 de febrero de 1863.

(7) *Ibid.*; 30 de mayo de 1863.

(8) José Hernández, "Vida del Chacho"; Editorial Coyoacán, Bs. As., 1962.

Poco tiempo antes del asesinato del general Peñaloza, Hernández vislumbra el fin de la lucha: "Llegamos a nuestro término. El fin de la marcha que el país emprendió bajo los auspicios de los hombres que triunfaron en Pavón, se aproxima. Parece que está ya al alcance de nuestra mano. Las Provincias del Interior han cosechado, y están cosechando profusamente en anarquía y desórdenes, lo que allí se sembró en injusticia e ilegalidad. Por aquella parte nada más hay que ver ya. La obra de destrucción queda concluida, y Mitre ordena en consecuencia el retiro de las fuerzas que hasta aquí han estado sirviendo a sus miras..."

(9) *Ibid.*; 19 de marzo de 1863.

Las guerras nacionales

por Gregori Zinoviev

Durante la primera guerra mundial Lenin vivió en la emigración, donde mantuvo con su característica firmeza una inflexible oposición a la contienda imperialista. Junto a él trabajó durante años Gregori Zinoviev, quien se había incorporado al partido socialdemócrata ruso en su juventud, militando en la fracción bolchevique. Con frecuencia Lenin recurría a Zinoviev para la redacción de ciertos temas que interesaban a la propaganda del partido. El presente estudio sobre las guerras nacionales, inédito en lengua española, revela la preocupación de Lenin por la cuestión nacional bajo sus más variados aspectos, interés que transmitía a sus compañeros más jóvenes.

El carácter irrealizado de la nación latinoamericana, su fragmentación y la obscura tradición de un stalinismo incomprensivo y hostil a nuestra cuestión nacional vuelve imperioso el estudio de trabajos como el de Zinoviev. Es muy corriente en nuestros días percibir la trivialidad de las preocupaciones teóricas de un sector de la juventud universitaria, más atenta a las novedades ultramarinas, marcusianas, althuserianas y semejantes, que a un estudio serio de los clásicos del marxismo, de los hombres de la generación de Lenin y del estudio de la Internacional Comunista, cuyo trágico destino, justamente, envuelve al que fuera su presidente, Gregori Zinoviev. Figura principal de los Procesos de Moscú, Zinoviev junto con Kamenev, Bujarin y, por supuesto, el gran procesado ausente, Trotsky, fue acusado de terrorismo, conspiración contra el Estado y preparación de "la restauración del capitalismo". Fue fusilado por orden de Stalin en 1936. La burocracia aún no se ha atrevido a rehabilitar su memoria, pero ese ritual tiene menos importancia que el reconocimiento que la juventud de nuestra época debe a la generación de Lenin, de la que Zinoviev, pese a sus errores, formaba parte. N. de la R.

La historia del siglo XIX se inaugura con un enérgico movimiento contrarrevolucionario tendiente a aplastar la República Francesa. Estos ataques, promovidos por los vecinos estados monárquicos, subordinan la suerte del desarrollo interno de la revolución. Ningún enemigo fue más poderoso que el de afuera. La época napoleónica no es más que la historia de las guerras nacionales con que Francia se defiende del embate monárquico europeo. Nunca se ha ilustrado mejor la conexión de la política interna con la política internacional, como durante los años 1789-1814. Con todo acierto lo señala Rudolph Goldscheid: "La política interna propone, pero la política extranjera dispone... Para todo pueblo, su historia es la de sus vecinos". Los mismos acontecimientos enseñaron

a Francia que sin trascender sus propias fronteras, con guerras ofensivas y defensivas, no era posible consolidar las conquistas de la Gran Revolución”.

Deseosas de imponer su yugo, las monarquías linderas amenazaron con el ataque directo. La continua amenaza fue un obstáculo para el movimiento popular; pero al mismo tiempo lo fortaleció, incorporó a su seno las fuerzas todas del país y de esa manera lo convirtió en nacional.

Bajo la espada de Damocles de la invasión hostil que amenazaba, ante el peligro del yugo extranjero, *el pueblo francés consolidó su unidad*. A un lado quedaron las cumbres de la aristocracia real, un puñado de emigrantes contrarrevolucionarios, y los representantes de la dinastía, todos ellos complicados en maquinaciones contra la revolución que se desarrollaba en su propio país. En su “Historia de la Revolución Francesa” ha escrito Eluard que la actividad de los municipios y de las organizaciones jacobinas detuvo el avance de la coalición europea contra Francia. Y afirma Bauer: “La defensa contra el yugo extranjero impulsó la lucha por la creación del Estado Nacional”. Las guerras de la revolución francesa son clásicas guerras nacionales de la época del capitalismo en ascenso. Al lanzar la antorcha revolucionaria más allá de sus fronteras, al dirigir sus ejércitos contra los monarcas de Europa y el absolutismo de las casas reales, la revolución no hacía más que defender su existencia. Sobre aplastar el propio absolutismo y ajustar cuentas con Luis XVI, era forzoso, si la victoria había de completarse, hacer lo propio afuera, o por lo menos, garantizar la salvaguardia del país contra todo ataque. No era posible que instituciones y políticos revolucionarios adquirieran súbita y global visión de estas tareas, al tiempo de su primer triunfo contra el antiguo régimen. Pero las victorias iniciales las pusieron en el orden del día, los acontecimientos enseñaban rápidamente que para asegurar las conquistas interiores era necesario entrar por la senda de las guerras internacionales; que sólo la aparición de vecinas repúblicas hermanas, aseguró planes meditados en este sentido. El correr de los meses clarificaban la disyuntiva: o se atacaba al poder extranjero y se instauraban gobiernos republicanos en las naciones vecinas, o el absolutismo predominante se lanzaba a una lucha victoriosa, hundía la nueva República, restauraba la monarquía, imponía la dominación extranjera sobre el país, y hasta llegaba a repetirlo entre los vencedores, anexando comarcas a otros Estados.

Por estos cauces se hizo *nacional* la lucha revolucionaria del pueblo francés. El gigantesco movimiento inauguró una nueva etapa histórica, y suministró ejemplo clásico de *guerras nacionales*, cuyo significado e influencia en la historia de la humanidad exceden toda consideración.

“¡Libertad de los mares!”, “¡Iguales derechos para todas las naciones!”, proclamaban los estandartes franceses durante las guerras de la revolución. En todo esto no habían ni un átomo de socialismo. La “libertad de los mares” era una pretensión contra Inglaterra, que los dominaba. “Igualdad de derechos” deben entenderse en el sentido burgués de las palabras. Pero al golpear al feudalismo y erigir el Estado nacional, estas guerras, que se libraban por la defensa de la revolución *burguesa*, asumían un carácter históricamente progresivo.

“Sobre la base de la nacionalidad, precisamente, la declaración de derechos desarrolla lo esencial de las reivindicaciones liberales: “El principio de toda soberanía reside en la Nación” (Lamprecht). También aquí, la revolución francesa inaugura una nueva etapa. En ningún plano se expresa mejor la voluntad burguesa de erigir, asegurar y defender el Estado nacional. Durante la época precedente, una cruda y descarnada opresión de las nacionalidades había sido la norma del régimen capitalista. *Pero al madurar su desarrollo histórico, el sistema expresó la tendencia a constituir Estados independientes, eliminando entre otras cosas, la opresión del ocupante extranjero.*

Profundas necesidades económicas suscitaban este cambio. Las leves mercantiles del capitalismo en ascenso exigen la eliminación de los pequeños Estados, el aniquilamiento del “sub-estatismo”. Hay que unificar el régimen aduanero, hacer de muchas legislaciones una. Fuerza es que la burguesía se empeñe por llevar a su máxima expresión el poderío y el ámbito del Estado nacional. La dispersión y el desmembramiento se contraponen al desarrollo capitalista, ascensional, que exige que vastos territorios económicos se consoliden en unidad política.

Es Bauer quien señala, que si fuera posible la libre vinculación mercantil de los Estados burgueses, de modo que constituyeran un ámbito común de economía, no existiría contradicción entre el sistema y el desmembramiento nacional en una nube de organismos políticos soberanos. Mas por lo general, el Estado capitalista constituye un cuerpo económico relativamente independiente. El régimen de aduanas, los impuestos, las diferencias legislativas, son otras tantas dificultades para el comercio entre países soberanos. De ahí que el capitalismo en ascenso no se limita a luchar por el simple estado nacional; busca, por el contrario, la creación de un *gran Estado Nacional*. Cuando más populoso sea un dominio económico, más numerosas y amplias serán las empresas productoras de mercaderías. Como sabemos, la ampliación de una empresa disminuye los costos y aumenta la productividad. Si los otros factores no cambian, se extiende la división del trabajo, las comunicaciones mejoran, etc. Es mucho más difícil conocer las condiciones del mercado extranjero que la del propio.

Estas ventajas del gran Estado nacional no podían pasar inadvertidas a los pueblos del siglo XIX. Ellos presenciaron el florecimiento francés, directa consecuencia de la supresión de las aduanas provincianas. ¡Para cada Estado un pueblo ¡Para cada pueblo un Estado!, Así se expresaba el capitalismo en ascenso. Parece obvio que es política, y no sólo económica, la debilidad de un pequeño Estado. Las clases burguesas exigen del suyo la capacidad necesaria para defender sus intereses, por medio de las armas, si el curso llega. Y en este sentido, el gran Estado aventaja también a los demás. Nueva razón para liberar a los compatriotas de la tiranía extranjera, para traerlos hacia el Estado nacional.

Ninguna de las potencias que en la actualidad dominan, fue nacional desde sus orígenes. Sólo un proceso secular transformó los conglomerados tribales primitivos en modernas naciones políticamente unificadas, donde aún quedan trazos de la antigua heterogeneidad. Aunque rara vez un fenómeno complejo se da en su forma pura, sin distorsiones, es lícito caracterizar el lapso 1789-1871 como el de la eliminación del absolutismo y la constitución definitiva de los grandes Estados nacionales, a través de una serie de guerras victoriosas.

Italia, cuna del intercambio mercantil, lo es igualmente del moderno Estado nacional. En sus opulentas ciudades-repúblicas la burguesía aprendió el manejo del poder político como arma de sus intereses de clase. Ello no impidió que el país cristalizara en múltiples estados de magnitudes diversas, a los que España, Francia y Austria no tardarían en sujetar a su dominio. La férula extranjera dio largas al proceso de unificación, y es Alemania el único país en Europa que suministra ejemplo parecido.

Estas luchas nacionales ocupan varias décadas de la vida política europea. A menudo dramáticas, originan guerras y movimientos populares que impulsan frecuentes revoluciones.

La lucha por unificar Alemania, por reconstituir el Estado polaco, por liberar a Italia de Austria, a Grecia, Bulgaria, Servia y Rumania de la tiranía turca, son eslabones de una misma cadena. En la península balcánica, las conmociones se suceden hasta 1912-1913, y aún después, durante los años 1914-1916, presenciarnos los últimos ecos, que la guerra mundial no apaga del todo.

En Europa Central y Occidental, las guerras nacionales cierran su ciclo en 1871. La era imperialista suele complicarse con elementos análogos —tampoco aquí los fenómenos se presentan puros, sin distorsiones—, pero esto no elimina las profundas diferencias entre ambas etapas del desarrollo burgués.

“Desde el fin de la Edad Media, escribe Federico Engels, la historia trabaja por erigir en Europa un conjunto de grandes Estados nacionales... Ellos constituyen la norma política de la dominación burguesa sobre el Continente, y crean el requisito para una armoniosa cooperación internacional entre los pueblos, sin la cual el poder obrero no lograría existir.”

Con el desarrollo del comercio, de la agricultura y de la industria, y a medida que las clases burguesas consolidan su posición, el sentimiento nacional se incrementa en todas partes, y los pueblos oprimidos y exhaustos inician la lucha por su liberación e independencia. Vinculanse estas luchas con las de emancipación interna, tal como se vio en 1848, aún en países como Francia, cuyas tareas nacionales estaban ya resueltas.

En 1848, “año de locura”, es la cresta histórica que sigue a la revolución de 1789. Aunque el movimiento concluyó en derrota, fue claro para la burguesía que los días antiguos, el viejo letargo, habían pasado para siempre. Las minas de oro recién descubiertas en Australia y California, coadyuvaban al auge sin precedentes del tráfico mundial y de las empresas comerciales. En todos los países, la burguesía enfrenta el problema de adaptarse a este nuevo desarrollo y garantizar sus beneficios en él. Pensando en Alemania sobre todo, Engels describió con plenos detalles el panorama económico de la época. La burguesía no podía tolerar por más tiempo esas barreras aduaneras que se alzaban cada dos millas, ni sufrir la dispersión y el caos de los sistemas monetarios, de pesas y de medidas, la asfixia burocrática sobre la industria, los obstáculos fiscales, el desmembramiento nacional y le subestatismo, frenos directos, que todo burgués palpaba, al desarrollo de las fuerzas productivas. “Por lo dicho puede verse, concluye Engels, que la reivindicación de “Patria unificada” tiene un sustento considerablemente material”.

Guerras nacionales y revoluciones nacionales

La creación de Estados nacionales fue un proceso inevitable, aunque no pacífico, pues enfrentó la resistencia de quienes se oponían a tan necesario avance histórico. Fuerzas dispares se entrelazaban sin cesar, acciones y reacciones, elementos de atracción y repulsión, de avance y retroceso, progresivos y retrógrados.

La contrarrevolución europea, encarnada en los intereses dinámicos de las casas reinantes, en los fueros de la aristocracia y la nobleza, hostiles a la burguesía, bloqueó la unidad nacional, desconoció su necesidad económica, y se irguió para aplastarla.

Hubo que pasar por una cadena de guerras y revoluciones para poner fin a esa resistencia. A partir de 1814, estos movimientos ofrecen cierta periodicidad, puntualizada por los mismos historiadores burgueses. Cortas treguas los separan: la de 1820-23, la de 1830-35, la de 1859-70. Federico Engels escribía en 1885, que a partir de la gran revolución, cuyas escúelas se extienden hasta 1814, las revoluciones, y en general, los colapsos políticos y económicos, se han repetido cada 15 ó 18 años (1815-1830; 1848-1852; 1870-1871).

Las guerras de la Revolución Francesa transcurren bajo el signo de la lucha contra el poder extranjero. Cambian luego las cosas, cuando la bota napoleónica aplasta numerosas aspiraciones nacionales. Caído el emperador, pudo pensarse que aquéllas lograrían satisfacción. No fue así, sin embargo, pues convenía a las dinastías reinantes bloquear el camino de los pueblos. Príncipes y diplomáticos, no auténticas representaciones, concurren al Congreso de 1815 en Viena. En él, afirma Engels, ínfimas monarquías pudieron más que populosas naciones. Alemania e Italia continúan dispersas en multitud de pequeños Estados. Por cuarta vez se consuma el reparto y división de Polonia. Un yugo extranjero se cierne sobre Hungría. Esos estadistas y diplomáticos, tanto distorsionan el mapa de Europa, que un sólo móvil parece guiarlos: el revelar su propia estupidez y desvergüenza, el de poner al desnudo el desamparo a que quedan reducidos los pueblos del continente.

Pero la obra del Congreso de Viena estaba grávida de futuras convulsiones. Reprimieron duramente las aspiraciones nacionales, mas no pudieron aniquilarlas. ¿Cómo descuarjar sentimientos tan fuertemente aferrados a las raíces económicas de la época?

Consecuencia de la guerra ruso-turca y de la revolución francesa de julio de 1830, los movimientos nacionales vuelven a aflorar en Europa. La primera, enciende la lucha del pueblo griego por su libertad, punto de arranque de las conmociones balcánicas, que se expanden hasta nuestros días. La segunda revuelve a Bélgica contra el yugo holandés, galvaniza a los polacos para arrebatar a Rusia la independencia que les niega, expande en Italia el movimiento de liberación nacional contra la opresión de Austria. Una larga servidumbre ha preparado el estallido en todos estos países. La revolución de Julio no da más que el impulso, acelera los acontecimientos, ya maduros por obra de la historia.

Conforme a su voluntad y arbitrio, el Congreso de Viena dividió a Europa en beneficio directo de las monarquías reaccionarias. Fruto de la política de la Santa Alianza, surge el Reino Unificado de los Países Bajos, y Bélgica queda anexada a Holanda, bajo la corona de Guillermo I de Orange.

La tiranía holandesa se expresó de múltiples maneras. Al fusionarse ambos países, la deuda de Bélgica no excedía los 30 millones de guldens; la de Holanda, en cambio, alcanzaba a 2.000.000.000. Sumadas ambas, se las dividió por mitades. Proclamóse el holandés idioma oficial en Bélgica.

Todo azuzaba el descontento. Hasta 1828-29, el movimiento de liberación era aún limitado: presentaba peticiones (70.000 firmas reunió la primera: 300.000 la segunda), postulaba reformas, exigía mayor autonomía. Pero más tarde se hizo impetuoso, hasta plantear claramente la independencia total. Guillermo se apresuró a otorgar escasas concesiones. ¡Demasiado tarde! A fines de agosto de 1830, bajo el influjo de las jornadas parisinas de julio, se incrementó en Bruselas el desasosiego popular. Poco antes del 24 de julio, fecha del cumpleaños del rey, la ciudad quedó empapelada con los siguientes carteles: "El 23, fuegos artificiales, el 24 iluminaciones, el 25 revolución". La revuelta se extendió a otras ciudades del país. Los soldados belgas del ejército unificado combatían junto al pueblo en armas. Holanda envió sus tropas contra Bélgica, y comenzó el bombardeo de *Antwerp*, famoso en la historia. La Asamblea Nacional de Bélgica proclamó la independencia. Guillermo de Orange continuó resistiendo, para lo cual hubo de recurrir a varias combinaciones internacionales. La lucha se prolongó por espacio de una década. Sólo el 19 de abril de 1839 Bélgica obtuvo que se la reconociera como Estado independiente y neutral. Y desde entonces, la monarquía se consolidó en el país.

También sobre Polonia tuvo influjo vigoroso la revolución de julio. El zarismo aplastó a sangre y fuego la inserrección polaca de 1830... Inútil insistir sobre el tema. Su significado histórico es bien conocido.

En 1831, una cadena de insurrecciones nacionales revolucionarias, se extiende por Italia: Módena, Reggio, Bolonia, Parma, etc. El odio contra Austria era un huracán desvastador. Las tropas extranjeras, ayudadas por los "patrióticos" opresores del pueblo, fueron implacables en quebrar el movimiento. Patíbulos, bayonetas y cárceles, puestos al orden del día, sirvieron para victimar a los luchadores de la libertad italiana.

Toda conmoción importante, toda revolución europea, toda guerra de magnitud, ponían en inmediata evidencia los problemas nacionales, desencadenaban movimientos de esa índole. Porque en aquellos días, eran ésos los problemas más arduos y espinosos. Casi invariablemente, los acontecimientos de la época se colocan sobre el terreno nacional.

Pero el proceso no es de intensidad continua. A la marea de 1830 suceden una o dos décadas de relativa postración. Con inmenso despliegue de energías, la alianza reaccionaria se asegura un nuevo respiro, al que la revolución de 1848 pone fin. Nuevamente planteado, tampoco ahora será resuelto el problema nacional. En ningún lugar de Europa es duradera la victoria de la revolución

popular. La intervención de los poderes reaccionarios vuelve a ejercer influencia decisiva en el resultado de estas luchas. Mencionemos el ejemplo zarista, en relación con el alzamiento del pueblo húngaro.

Entre 1848 y 1871. La mayor parte de las guerras asumen carácter nacional, aunque no desaparecen las que son de conquista, suscitadas por los intereses coloniales de viejos imperios como Inglaterra. En este último grupo figuran las de China (1840-1856-1860), la ruso-turca de 1828, localizada a tiempo, y la de Crimea, que se complica con la intervención extranjera y es en muchos aspectos similar a las anteriores.

Así pues, en la época del surgimiento nacional, las guerras de ese tipo se entremezclan con la aparición periódica de tendencias colonialistas. Hoy en cambio, cuando el imperialismo y sus luchas ejercen el predominio, lo nacional aparece de vez en cuando, sin dejar por ello de desempeñar un papel subordinado. Vivimos en una época totalmente diferente.

La revolución del 48 puso en primer plano las aspiraciones nacionales. Derrotada al año siguiente, los representantes del antiguo régimen se esforzaron por acallarlas; pero cuanto más lo hacían, más se enraizaban éstas en las entrañas de los pueblos oprimidos. Su importancia fue primerísima en Europa. Resultaron la piedra de toque de la política continental en su conjunto. Napoleón III cifró toda su carrera en explotarlas. En efecto: un solo principio, el "de las nacionalidades", inspiró a dicho monarca durante las dos décadas que duró su reinado absoluto sobre Francia. Maniobrar en torno de él fue el alfa y el omega de su política.

Hondas divergencias separan a Napoleón de Bismark. Oscila aquél entre la burguesía y el proletariado; entre los junkers y la burguesía éste. El primero representa a Francia, antigua opresora de pueblos extranjeros (Alemania en primer lugar); el segundo cambio, expresa los intereses de una Alemania desmembrada y oprimida. Pero también hay similitudes: tanto a Bismark como a Napoleón, la época les imprime su sello más claro en el otro. Marx y Engels decían de Bismark que era Napoleón III traducido al alemán.

La política nacional napoleónica, afirmaba el Canciller de Hierro, no reconocía más origen que el "amor a las propinas".

Durante la guerra de Crimea, Napoleón III propuso organizar contra Rusia la revuelta de los pueblos caucásicos. Más tarde hizo lo propio con los polacos y los fineses. Al tiempo de la guerra en Italia (1859) pretendió, ayudado por Kossuth, levantar a los húngaros contra Alemania. Considerada en su conjunto, la política "italiana" de Napoleón III, su apoyo a los italianos contra Austria, se inspiró en un invariable designio: beneficiarse de las condiciones socialmente maduras que empujaban a la unión nacional de pueblos oprimidos y dispersos.

"El famoso principio de las nacionalidades es una invención bonapartista que busca consolidar el régimen napoleónico en el interior de Francia... Tras el pronunciamiento militar de 1851, Luis Napoleón, emperador "por gracia de Dios y voluntad del pueblo", necesitó una apariencia democrática que enmascarara su política extranjera. Nada mejor que el "principio de las nacionalidades".

Esto escribía Federico Engels en 1866 —cuatro años antes de eclipsarse la estrella napoleónica—, sobre la mencionada "política de las nacionalidades".

El Congreso de París, reunido al finalizar la guerra de Crimea (1856), fue una gran victoria política de Napoleón III. Francia logró para sí un lugar de primer orden, obtuvo la autonomía de Rumania, e impuso la discusión de la cuestión nacional italiana. En ambos países, lo nacional fue objeto de especulación; aunque en menor medida, lo mismo ocurrió con Alemania desmembrada.

Según la leyenda, Napoleón III había jurado en su juventud, dedicar la vida a la emancipación y unificación de Italia, hermana menor de Francia, a la cual estaba vinculada por la comunidad cultural latina. Pero según parece, olvidó más tarde este juramento de Aníbal Orsini, con su "máquina infernal" se vio obligado a refrescarle la memoria.

Pero en la realidad, las cosas fueron más sencillas que en la leyenda. La unificación italiana, y los problemas a ella vinculados, eran fuente de manejos egoístas tramados por el bonapartismo francés. La burguesía de Francia, a través de sus hombres de negocio y de sus diplomáticos, se las arregló para beneficiarse con ese impetuoso movimiento nacional que conmovió todas las capas del pueblo italiano y produjo hombres de la magnitud de Mazzini y Garibaldi. En 1859, Napoleón sostuvo activamente a Cerdeña contra Austria. En 1866 su neutralidad ayudó a Prusia contra Austria. En ambas ocasiones simulaba apoyar la unificación nacional, la de Italia primero, la de Alemania después. Quiso la historia, sin embargo, que estas luchas culminarían después de su caída, como resultado de la guerra 1870-1871.

La unificación nacional de Italia

Hay una estrecha vinculación recíproca entre las guerras de 1859, 1864, 1866 y 1870-1871. Ellas instauran la unificación de Italia y Alemania, y destruyen el imperio francés. Es necesario que las relatemos cuidadosamente.

Italia y Alemania, nacionalmente desmembradas, fueron un verdadero tesoro para la Francia bonapartista. La política exterior de Napoleón III explotó este desmembramiento y las guerras y revueltas populares que provocaba. Como dijo Engels, Napoleón no admitía rivales en esta explotación interesada del problema nacional.

Hasta 1849 Austria gobernó sin interferencia sobre una Italia escindida y subyugada. Pero a partir de ese año se robustece el movimiento de liberación nacional, imperiosamente acuciado por las nuevas necesidades económicas. Los objetivos que entonces se plantearon no pudieron eclipsarse en el futuro: de una u otra manera había que resolverlos.

Agreguemos a esto que la situación internacional favorecía el alzamiento contra el opresor austriaco. Oportunidad que Napoleón III se apresuró a aprovechar. Al concluir la guerra de Crimea, todos los gobiernos convirtieron a Austria en blanco de sus ataques. A ninguno de los participantes dio esa guerra grandes beneficios. Ello se debió, decían, a las vacilaciones políticas de Austria.

La completa unificación de Italia, tal como lo prescribía el programa, no fue alcanzada; sólo se contaba con Piamonte. En retribución, la Francia bonapartista recibió a Saboya y Niza. Napoleón obtuvo su "prouvoir" (*propina*). El sueño de los bonapartistas iba convirtiéndose en realidad. El límite de 1801 entre Francia e Italia fue restablecido.

Naturalmente, el pueblo italiano no podía sentirse satisfecho con tales resultados de la guerra. Con el objeto de lograr finalmente la unificación de Italia no sólo se requería una guerra, si no también una revolución. Y con el fin de asegurar la unificación de Italia, incluso no eran suficientes la guerra y la revolución en Italia; para ello fueron menester tres guerras más y la revolución en Francia.

Por entonces, en Italia apenas comenzaba a desarrollarse la gran industria. La clase trabajadora estaba lejos aún de ser expropiada y proletarizada. En las ciudades, los obreros aún eran propietarios de sus propios medios de producción; en la aldea prevalecía la pequeña propiedad campesina, o bien se trataba de arrendatarios que sólo ocasionalmente trabajaban en diversas ramas de la industria en las ciudades. Por tales razones, la burguesía italiana no estaba aún paralizada por los antagonismos de clase entre ella y el maduro y consciente proletariado. (*loc. cit.*, p. 684). El espíritu revolucionario de la burguesía italiana no había desaparecido aún, y la historia le reservaba todavía una misión revolucionaria.

Austria seguía siendo el opresor nacional de Italia, y sostenía su desmembramiento. Austria tenía votos amigos entre los príncipes italianos, los regentes de ciertas provincias. La eliminación del desmembramiento nacional significaba para estos príncipes la pérdida de su poder y de sus ingresos. Sólo bajo la protección de un poder exterior como Austria podían mantener su régimen de opresión dentro del pequeño-estatismo. Por consiguiente, en la opinión pública del territorio la actitud hostil hacia los príncipes italianos estaba ligada con una actitud hostil hacia la odiosa Austria. El gobierno de los príncipes se identificaba con la dominación austriaca. La cólera y el odio hacia Austria se trasladó hacia los gobernantes italianos. El movimiento nacional contra el dominio exterior ejercido por Austria se convirtió así, al mismo tiempo, en un movimiento revolucionario del pueblo italiano contra sus propios gobernantes, contra los príncipes italianos. Estos constituían un obstáculo en el camino hacia la unificación de la madre patria Italia. Con el fin de lograr su emancipación y su unificación, el pueblo italiano no sólo tuvo que neutralizar al enemigo exterior sino también derrota al enemigo interior. Más aún, el elemento políticamente progresivo de otros movimientos nacionales *similares* estaba precisamente en el hecho de que debieron llegar hacia una lucha irreconciliable (a menudo hasta la guerra civil) entre las masas populares y las más altas cumbres...

En Italia, gracias a las condiciones que acabamos de describir, la burguesía ciudadana es convirtió en pionera en la lucha por la independencia nacional. Esa lucha fue apoyada no sólo por las masas populares urbanas sino también, y en medida sustancial, por la nobleza terrateniente cuyos intereses se veían frecuentemente amenazados por el régimen de los príncipes, que eran los servidores de Austria. Ello fortaleció enormemente el poder del movimiento nacional de los italianos.

Concluida la guerra de 1859, queda como principal objetivo la liberación de Venecia. No se descartaba la posible intervención de Francia y de Rusia. El movimiento popular se hace profundo y tormentoso. Aparece Garibaldi. Cien voluntarios le bastan para dominar el reino de Nápoles, rudo golpe a los intereses bonapartistas. Italia se ha sacudido el yugo austriaco y queda en lo esencial unificada. No fue el complicado ajedrez napoleónico, sino la revolución, quien consiguió estos resultados.

Roma, empero, seguía faltando a la unificación definitiva. Hubo que esperar la derrota de Napoleón frente a Prusia. En agosto de 1870 las tropas francesas abandonan la ciudad papal con destino al frente de batalla. Contrariando la ocasión, Pío IX se niega a negociar con el rey de Italia el ingreso de Roma en el nuevo Estado. Víctor Manuel II recurre a la fuerza: el 20 de setiembre de 1870 el ejército italiano comienza el cañoneo sobre Roma. La Ciudad Eterna se rinde. Por abrumadora mayoría, su población decide incorporarse a Italia; hay

133.681 votos a favor y 1507 en contra. La unificación es completa. Poco después la residencia real se traslada a Roma.

La unificación bismarkiana de Alemania

Distinto fue el camino de la unificación alemana. En este país, la "revolución" opera "desde arriba".

Durante todo el siglo XIX y aún desde antes, Alemania sufre una larga, difícil y cruenta opresión nacional, principalmente de parte de Francia. El conquistador no se cansa de experimentar sobre el cuerpo vivo del país, con incesantes alteraciones a su estructura, en virtud de las cuales determinadas regiones y provincias quedan directa o indirectamente sometidas a la férula extranjera.

No era Francia sin embargo el único opresor de Alemania. Desde la paz de Teschen (1779) Rusia comienza a desempeñar un importante papel. Esta partición de influencias arruinó al país. La intervención rusa en la paz de Tilsit (1807), por ejemplo, contribuye decisivamente a la desgracia de Prusia. Olmütz representa la culminación de esta influencia y el grado más agudo de la humillación prusiana.

Más por importante que resulte la intervención zarista sobre Alemania, jamás logró desplazar a Francia del primer lugar. El rigor del yugo francés fue particularmente intenso durante la era napoleónica, cuando se funda la llamada Confederación del Rin (1806). Napoleón I reunió algunos principados alemanes, los subordinó por entero a su influencia y les impuso la promesa de reunir un ejército de 63.000 hombres, listo para luchar junto a las tropas francesas, aún en el caso de guerra contra Alemania. *No contento con sacar partido de la rivalidad austro-prusiana, Napoleón introduce un nuevo factor de discordia con el ánimo de impedir definitivamente la unificación del país: nos referimos a la "tercera Alemania" o "Confederación del Rin"*. Tan humildemente fue el surgimiento de esta Confederación que el emperador prefirió renunciar a su corona. De ella dice Gentz, historiador alemán: "afrenta y burla a un pueblo esclavizado por déspotas, víctimas a su vez de un déspota supremo".

De cuantas Napoleón impuso a sus vencidos, la más cruel fue la paz de Tilsit. Prusia quedó literalmente mutilada, pues la redujeron a 2.856 millas cuadradas y a 4.594.000 habitantes. Alejandro I de Rusia obtuvo Byalostock y concluyó con Napoleón un tratado ofensivo y defensivo —verdadero escarnio— por el que Francia se reservaba la influencia sobre Alemania Occidental y cedía a Rusia el control sobre los asuntos de Alemania Oriental.

Durante las llamadas guerras de liberación, que se suceden hasta 1815, Alemania fue invariable enemigo de Francia. De nada le valió, sin embargo, la derrota de este país. Años más tarde, el tercer Napoleón heredó del primero la política de resistirse al surgimiento de una Alemania unificada. No fue necesario esperar a la guerra franco-prusiana para que dicha política se manifestase. En 1866, por ejemplo, arrebató a Prusia ciertas comarcas del Rin como pago a su neutralidad durante la guerra con Austria.

Ya hemos considerado los factores económico-sociales que determinan la creación de grandes Estados nacionales, la integración de un vasto territorio económico bajo una común soberanía política. Estas consideraciones generales se aplican también para el caso alemán.

El yugo extranjero y el desmembramiento político ejercen pésima influencia sobre el desarrollo económico de Alemania. Uno tras otro, los países vecinos cierran sus puertas a la importación alemana. Inglaterra prohíbe la entrada de trigo y de maderas. Segmentada en múltiples Estados, Alemania no puede replicar con la misma política, ni imponer por consiguiente, mejores condiciones para su propio tráfico. En su petición al rey de Prusia, los industriales del Bajo Rin explican que todos los mercados de Europa oponen barreras aduaneras a la producción alemana; pero que al mismo tiempo, Europa entera encuentra en los estados germánicos un mercado incondicional a sus productos.

Más ruinosa todavía es la ausencia de verdadero mercado interno. Cada Estado posee sus aduanas y sus impuestos, y hasta se da el caso de que simples provincias conserven el privilegio medieval de legislar e imponer gravámenes independientes. No nos extrañemos pues, que ante el espectáculo de ese laberinto aduanero, el francés De Pradt comparase a Alemania con una inmensa prisión cuyos moradores sólo podían comunicarse a través de rejas.

Ya en 1806 coexistían 67 sistemas tarifarios, once de los cuales graban la elevada suma de 2.775 objetos. Muy lentamente, venciendo grandes dificultades, comenzó a superarse esta dispersión arancelaria. En 1841, el duque de Braunschweig disuelve sus propias aduanas. En 1842 hace lo propio con Luxemburgo. Ya fortalecida, la Unión Aduanera concierda con Holanda sus primeros tratados comerciales. Vienen luego los tratados, con Grecia (1839), con Inglaterra y Turquía (1841), con Bélgica (1844). En 1853 se firma el tratado austro-prusiano. Otras dos décadas transcurren antes de dar un nuevo paso: la constitución del Parlamento Aduanero. A su vez, este organismo impulsa la gestión de la unidad política. El tratado del 8 de julio de 1867 funda la Liga Estatal, presidida por Prusia, a quien corresponden 17 de los 58 votos. El resto se distribuye así: 6 a Baviera, 4 a Sajonia, 4 a Württemberg, 3 a Baden y otros tantos a Hesse,

etc. Al mismo tiempo se reorganiza el Parlamento Aduanero, al cual concurren los miembros del Reichstag del norte de Alemania y los diputados meridionales, elegidos por sufragio universal.

Las necesidades económicas hacen perentoria la unificación definitiva. Pero entre los muchos obstáculos, son primordiales la desmembración y la impotencia política. La joven Alemania carece de flota, y durante mucho tiempo, un país tan diminuto como Dinamarca la excede en poderío militar. Los mejores poetas democráticos expresan en sus obras las ansias generales de unificación y la necesidad de contar con las fuerzas necesarias para conquistarla. Herrogh, por ejemplo, sueña con la flota alemana:

“¡Que resuciten las cenizas muertas!
¡Soñad del Hansa con las viejas glorias,
héroes germanos!...”

Y Friligrath, que sería más tarde íntimo amigo de Marx y de Engels, escribe los siguientes versos:

“Dijo un abeto de la Patria un día:
—Mástil quisiera ser sobre un navío,
que altivo el joven pabellón llevara
de mi Alemania por el Mar del Norte”.

Federico Lizt, el mejor representante de la burguesía alemana, habló de las mortales consecuencias de la desmembración sobre la vida económica: “Cuarenta y ocho crestas aduaneras mutilan el comercio interno de Alemania. Es como si dislocasen a un hombre para impedirle la libre comunicación de la sangre por sus miembros. Diez Estados, diez regímenes aduaneros, se interponen entre Hamburgo y Austria, entre Berlín y Suiza. Quien habite próximo a una confluencia de fronteras pasará la vida entre impuestos hostiles y agentes recaudadores. De hecho, no tendrá patria.”

“Poder de muchos, esclavitud para todos”. Tal era el lenguaje de la burguesía en ascenso. A cada paso verificaba que la desmembración detenía la economía, aherrojaba la sociedad, frenaba el progreso, asfixiaba el ritmo de la acumulación de capitales. *La dependencia hacia Gran Bretaña era particularmente gravosa*. “Divididos en casa, poco somos afuera” Estas palabras de Dingelstedt estaban en boca de todo burgués culto de Alemania. En aquellos días nace el célebre canto:

“Desde el Maas hasta el Memel,
desde el Etsch hasta el Belt,
¡Alemania, Alemania, sobre todos,
sobre todo en el mundo!”

¿Cuán lejos estaba Hoffman von Follersleben, célebre demócrata que lo compuso, de sospechar que al cabo de los años se convertiría en Marsellense de los Junkers, de los antisemitas y de los imperialistas! Mas por entonces, aquellas estrofas se limitaban a expresar los deseos de unificación del pueblo, que más tarde Bismark acuñaría en la siguiente fórmula: “Nuestro derecho es el que Alemania tiene de vivir, de integrarse en unidad política”.

¿Prusia o Austria?

No podía ser más candente la urgencia económica por unificar Alemania. La contrarrevolución, victoriosa en 1849, impuso un compás de espera; pero ya en la década del sesenta, la lucha por la consolidación nacional reaparece en el orden del día. ¿Cómo vencer, pese a todos los obstáculos?

Había dos caminos: era el primero la “revolución desde abajo”, vale decir, el derrocamiento de tantos reyes y príncipes como había, y la implantación de la República. El segundo consistía en hacer “la revolución desde lo alto”, mediante guerras que permitieran a los Estados más poderosos absorber a sus débiles vecinos. En este último caso, planteábase la siguiente disyuntiva: ¿Prusia o Austria? ¿Cuál de ellos consumiría la “revolución desde lo alto”? ¿Cuál absorbería a sus vecinos más débiles? ¿Podría organizarse una Gran Alemania que incluyera a Austria, o lograría Prusia excluirla, poniéndose a la cabeza de la Pequeña Alemania?

“Una vez fracasados, escribe Engels, con el consiguiente cúmulo de calamidades, los nebulosos intentos del 48, sólo tres caminos se presentaban: era el primero el de la unificación verdadera, a través de un auténtico proceso revolucionario. Hablamos del que ha seguido Italia. La casa de Saboya supo unirse a la revolución y por ese sólo hecho conquistó la corona del país. Pero nuestros saboyanos, los Hohenzollern, nunca demostraron audacia semejante, ni siquiera en la persona de Bismark, su Cavour más arriesgado. En tales condiciones, el pueblo se hubiera visto obligado a hacerlo todo por sí mismo. Ninguna solución, fuera de la de expulsar a los príncipes y establecer la República unificada, hubiera salvado al país en la emergencia”.

“Tal como estaban las cosas, ese camino era imposible, a menos que Napoleón intentara un golpe en las fronteras del Rhin. La guerra, sin embargo, no se produjo, y el de la unificación dejó de ser un problema de vida o muerte que exigiera solución inmediata para evitar una catástrofe.”

“El segundo camino consistía en unificarse bajo la hegemonía austriaca.

En 1815, aprovechando la derrota napoleónica, Austria se rodea de una compacta formación de Estados. Pero la mayor fortaleza de Prusia la obliga a renunciar a toda aspiración sobre Alemania meridional. Por el lado de Alemania, Metternich aisló al país con una verdadera muralla china: si las tarifas bloquearon el ingreso de mercancías alemanas, lo propio hizo la censura con las ideas. En cuanto al tránsito de pasajeros, una chicana interminable lo redujo a lo estrictamente imprescindible. Antes y después de la Revolución, Austria continuó siendo el más reaccionario de los Estados alemanes, el más refractario al pensamiento moderno, y lo que es peor, el único gran poder específicamente católico. Cuanto más se empeñaba el gobierno que sucede a los acontecimientos de marzo, por restaurar el antiguo clero y la potencia jesuítica, más remotas se hacían sus probabilidades de dominar sobre una nación cuyas dos terceras partes profesaban el protestantismo."

"En resumidas cuentas, la unidad alemana bajo el ala austríaca no pasaba de sueño romántico. Se lo vio en 1863, cuando los príncipes pequeños y medianos se reunieron en Frankfort para proclamar emperador a Francisco José. El rey de Prusia se limitó a echarse a un lado. En cuanto al emperador, no tardó en derretirse miserablemente".

"Quedaba el tercer camino, el de la unificación prusiana. Tras la revolución de febrero, vienen las jornadas de marzo en Viena, y la revolución berlinesa del 18 de mayo. La burguesía aceptó esta victoria incruenta, pero cuando estalló la lucha de verdad dio la espalda a la revolución. Esta burguesía, que poco tiempo atrás, particularmente en el Rhin, coqueteaba con el socialismo, advirtió de golpe que no había engendrado obreros sueltos sino reunidos en una clase, la cual, aunque no libre de ensoñaciones y fantasías, comenzaba a despertar y era por naturaleza revolucionaria. Hasta ese momento, el proletariado no había hecho más que ganar batallas para la burguesía. Pero especialmente en Francia, ya comenzaba a presentar sus propias reivindicaciones, incompatibles con la esencia del orden burgués en su conjunto. El 23 de julio de 1848, estalla en París la primera y terrible lucha entre ambas clases. Se combate durante cuatro días, al cabo de los cuales el proletariado es vencido. A partir de entonces, la burguesía europea se pasa al bando de la reacción, hace bloque con burócratas, clérigos y feudales, a quienes acaba de derrotar con la ayuda de los obreros, y dirige sus armas contra los enemigos de la sociedad, contra esos mismos obreros gracias a los cuales había conquistado la victoria".

Al reconciliarse la burguesía alemana con la reacción, debieron los junkers trabajar por su hegemonía en el frente contrarrevolucionario. Este fenómeno imprime hondas peculiaridades sobre el sesgo futuro de la lucha. La unificación, necesidad económica y política, queda en manos de Prusia, y dentro de Prusia, de los Junkers. Del seno de esta clase surge Bismark, que es su caudillo desde 1863. El Canciller de Hierro está decidido a unificar "desde arriba", recurriendo a métodos militares. Estallan tres guerras, que aunque dinásticas, no dejan de tener un significado nacional. Gracias a ellas se resuelve el problema de la Alemania dividida, el problema de su unificación. La debilidad de la democracia alemana (y la del partido obrero social-demócrata) impidió constituir la República alemana, y abrió el campo a Bismark para que ejecutara sus planes y creara el Imperio (Reich) Alemán.

Desde sus orígenes, la política del Reich fue sumamente reaccionaria, sin que lo desmienta el hecho de que Bismark, para apurar las cosas, concediera el sufragio universal, cemento unificador de los Estados alemanes bajo el égido prusiano. Y así, a la manera de los Junkers, según los métodos de Bismark, pudo consolidarse la unificación nacional de los alemanes.

La de 1864 es la primera de las guerras nacionales que Bismark emprende. A la muerte de Federico VII de Dinamarca, el condado de Holstein, cuya población es casi por entero alemana, y el de Schleswig, donde sucede lo mismo aunque en grado ligeramente inferior, expresaron su voluntad de separarse de Dinamarca y de incorporarse a Alemania. Los representantes populares de ambos Estados eligieron regente al duque de Augustenburg. El destino ulterior de Schleswig-Holstein se transformó así en problema nacional. Ruidosas manifestaciones patrióticas estallaron para que se los librara de la dominación danesa. En enero de 1864, con el apoyo de Austria, Prusia emprende y gana rápidamente la guerra contra Dinamarca. Pero los ducados no pasan a manos del duque alemán de Augustenburg, como la opinión pública del país lo reclamaba. Prusia y Austria deciden dividirse los despojos. La primera obtiene Schleswig; la segunda, Holstein.

Concluida la guerra de 1864 se plantea la cuestión: ¿Bajo qué hegemonía se unificará Alemania? El dilema Prusia-Austria adquiere punzante agudeza. Bismark se esfuerza por provocar la guerra, con el fin de excluir a Austria de la Confederación, y constituir, bajo mando prusiano, la Pequeña Alemania. Al mismo tiempo, neutraliza a Rusia apoyándola contra los polacos insurrectos, logra mediante compensaciones la benevolencia de Napoleón III, y se asegura, a cambio de Venecia, la amistad del reino de Italia.

La victoria de Prusia sobre Austria es rapidísima. Unas cuantas batallas decisivas echan por tierra el poder austríaco. Bismark recobra el ducado de Holstein y anexa Hannover, Kassel, Hessen-Nassau y la ciudad libre de Frank-

furt. No busca la completa destrucción de Austria, pues confía extender su influencia sobre varios millones de eslavos, a través de la minoría alemana en dicho país. Su aparente "modestia" debe enfrentarse con el insaciable apetito de la corte prusiana. Pero su opinión prevalece, y Austria se convierte en instrumento de los planes internacionales de su antiguo y victorioso rival.

Consumado el triunfo de Prusia, Austria se retira de la Confederación Alemana. Napoleón III presiente que la unidad es inminente y le sale al paso con un intento de Confederación del Sur, paralela a la del Norte. El intento no logra, sin embargo, fructificar.

Tras las victorias de 1866, viene en 1867 la extensión de la esfera de influencia de la Confederación del Norte, que ya abraza toda Alemania, exclusión hecha de los cuatro Estados del Sur. No es tanto una Confederación de Estados como un Estado Federal. Tampoco es una federación de Estados preexistentes, pues los que la componen surgen de la fusión de organismos políticos menores, en el pasado autónomos.

Tres príncipes legítimos de Alemania pierden su corona por obra de Bismark y en beneficio de Prusia. Tres príncipes legítimos y "cristianos". El "cristianismo" de Bismark, sin embargo, no alcanza a conmoverse ante el atropello. "Una revolución en toda la línea, comenta Engels. Somos los últimos en reprochársela. Por el contrario, le echamos en cara su inconsecuencia; el carácter vertical y prusiano con que actúa. Comenzó una revolución que quería ser completa; pero bajo el imperio de circunstancias que sólo le permitían consumirla a medias. Lanzado por el camino de las anexiones, se satisfizo con algunos pequeños Estados.

La Federación Alemana del Norte no englobaba todavía el conjunto de la nación. Fue más bien un compromiso entre el nacionalismo y las tradiciones locales. El Parlamento (Reichstag) Alemán del Norte se elegía por sufragio universal. Pero no ocurría lo mismo con el Consejo Federal (Bundesrat), que actuaba de contrapeso. Bismark maniobró con ambos, apoyándose en uno u otro, según la ocasión y las conveniencias.

De todas maneras, la Confederación del Norte implicaba un avance decisivo. El intento de Guillermo Liebknecht de ignorar su existencia, de sabotearla, de manifestar predilección por Austria aún después de la derrota de 1867, constituyen un error evidente. Ya no podía Alemania emprender el camino austríaco, por cuanto la victoria de Prusia resultaba un hecho consumado e irreversible.

Quebrada la resistencia de Austria, aparece un nuevo enemigo, no menos temible: Francia bonapartista. Bismark le había prometido "compensaciones" a cambio de su neutralidad durante la guerra de 1866. Pero una vez comenzada la unificación, era imposible cumplir la palabra cediendo a los franceses pedazos del territorio nacional. La política de "gran potencia" que entonces se emprendía lo vedaba terminantemente.

Para agravar las cosas, se origina un nuevo conflicto —esta vez el Luxemburgo da el pretexto— y Napoleón vuelve a retornar con las manos vacías. El emperador se siente defraudado. Su prestigio, que en Francia se mantiene con los éxitos diplomáticos y militares de la política extranjera, comienza a decaer. Si una Alemania desmembrada es vital para el bonapartismo francés, Napoleón debe admitir que la unión está próxima, y con ella, el fin de su propio reinado.

Años más tarde señaló Thiers, que el haber permitido a Italia y Alemania dar pasos decisivos hacia la unificación (1859-1866) fue el error capital de la política napoleónica. La nueva situación era ya incompatible con la hegemonía francesa. A esta altura de los acontecimientos, Napoleón no podía seguir engañándose. Había que actuar de una buena vez, jugándose el todo por el todo. Sin un golpe que debilitara a Prusia y disolviera los recientes lazos entre los Estados alemanes, la muerte del bonapartismo era segura. El instante parecía propicio. Aparentemente, se contaba con el apoyo de Austria, ansiosa de vengar la derrota de Sadowa. Con el de Italia y con el de Dinamarca, resentida esta última por la pérdida de Schleswig-Holstein.

También Bismark deseaba la guerra contra Francia sin la cual no podría consolidarse al unidad nacional alemana. Sus ejércitos, tal como lo demostraran las victorias del 64 y del 66, gozaban de excelente adiestramiento, y eran muy superiores a los del imperio francés. Los pequeños Estados obedecían a Prusia, y si tampoco era mala la situación internacional, por cuanto Bismark podía contar —y los acontecimientos posteriores corroboraron la previsión— con la neutralidad de Austria.

Ambas partes se preocuparon lo indecible porque la otra apareciera como agresora. Bismark tendía a Napoleón incesantes celadas, y éste se vio obligado, por la mayor habilidad del contrincante, a tomar la iniciativa y declarar la guerra.

El Canciller de Hierro logró aplicar todos sus planes. Los Estados del Sur depusieron su localismo y se unieron a él. La alianza contra el enemigo extranjero consolida el enlace de las dos Alemanias, la del Norte y la del Sur.

Con la derrota de Sedan (4 de diciembre de 1870), el Imperio se desmorona. Napoleón III abdica y en su lugar se instaura la República. No hay ya enemigos que se opongan a la unificación nacional. Esta es proclamada solamente mientras los ejércitos victoriosos tienden el cerco sobre París. La "revolución desde arriba" había asegurado las condiciones necesarias para el desarrollo vigoroso del capitalismo alemán.

Todo el panorama de Europa se modifica por obra de esta guerra. En Italia se eclipsa la influencia papal, y la ciudad de Roma queda incorporada al nuevo reino. El segundo imperio desaparece y lo reemplaza la Tercera República. Alemania conquista su unidad. Hasta aquí la guerra es hondamente progresiva. Pero no olvidemos la naturaleza de sus vencedores: Bismark y los Junkers. Son ellos quienes, al anexas por la violencia las provincias francesas de Alsacia y de Lorena, echan el germen de futuros agrupamientos ultrarreaccionarios. Por añadidura, al concluir la neutralización del Mar Negro, la "cuestión de Oriente" se reaviva, y no tarda en adquirir máxima virulencia.

Estas consideraciones, sin embargo, no invalidan el hecho decisivo: la de 1870 fue la última gran guerra nacional que se libra en los países del Centro y del Occidente europeos. Ciérrase el ciclo de las luchas armadas por la constitución de grandes Estados nacionales en Europa, tan necesarios al desarrollo capitalista, y por eso mismo, históricamente progresivos.

Circunstancias especiales retrasan a Alemania, que es la última en unificarse, cuando ya existe un proletariado numeroso y un partido socialdemócrata bastante desarrollado y políticamente independiente. "La unificación nacional de Italia y Alemania, afirma Kautsky, satisfizo fervientemente anhelos, largamente acariciados por las masas populares. La derrota de 1848 determinó que ambas unificaciones resultaran de guerras internacionales más que de revoluciones internas."

"La Guerra de Crimea (1854-1856) puso fin a la servidumbre feudal en Rusia y obligó al zarismo a aumentar el interés por su propia burguesía industrial. Las guerras de 1859, 1866 y 1870 son jalones de la unificación italiana. Las dos últimas producen también la de Alemania. La derrota del 66 inaugura en Austria una época de liberalismo. En Alemania se introducen franquicias generales y cierta libertad de organización. Inglaterra, por último, merced a la reforma de 1867, confiere a las bajas capas de la pequeña burguesía y a los sectores mejor pagados de la clase obrera, el derecho a votar de que antes carecían. Todas las clases pueden gestar su propio destino. Todas ellas, con excepción del *proletariado*".

Ya hemos dicho que no todas las guerras del período 1789-1871 tienen carácter nacional. Recordemos la agresión de Inglaterra contra China (1841-1842), originada en el comercio de opio. Pero no es nuestra intención extendernos sobre el tema en el presente trabajo.

Las guerras nacionales estallan para poner fin a una larga opresión extranjera. Precédenlas a menudo tormentosos movimientos de los pueblos sometidos. Resuelven el problema objetivo de constituir amplios Estados nacionales, de operar la necesaria integración de las economías dispersas. Son guerras progresivas, puesto que allanan la senda del capitalismo ascensional. En nada se asemejan a las que ese capitalismo emprendió durante la época de su declinación, cuando el capital financiero asume el papel dirigente y se hacen reaccionarias las burguesías de todas las naciones imperialistas.

Entonces, el proletariado comenzaba a desarrollarse con clase. Si luchaba, lo hacía en el marco de los conflictos entre la burguesía y el feudalismo. Hoy en cambio, sólo el proletariado lucha por la libertad, y al hacerlo, se enfrenta directamente con el poder económico y político de la burguesía. No hay punto de contacto entre las guerras que marcan el nacimiento del capitalismo y las que corresponden a la época de su declinación imperialista.

Guerras nacionales y guerras imperialistas

La opresión de las naciones y su desmembramiento, eran un fardo mortal para el proletariado, para los pobres, para la "democracia" en su conjunto, víctimas principales del poder extranjero. Por ese motivo, las bajas capas de la población son las primeras en participar en el movimiento de liberación, ansiosas de arrojar al ocupante extranjero y de cimentar un Estado nacional unificado. "¡Defensa de la patria!", era la consigna, el grito de guerra, de la democracia de entonces.

Ya hemos visto qué extraordinario papel desempeñaron los movimientos nacionales de Francia, de Alemania, de Italia, durante los años 1789-1871. Fueron verdaderos huracanes que conmovieron a millones de individuos afixiados bajo el yugo extranjero. Pueblos enteros cimbraron hasta la médula, y durante muchos años, la lucha nacional que los impulsaba subordinó la vida política en su conjunto.

La defensa de la patria contra un nuevo reparto extranjero (Francia) la lucha contra esa pesadilla que era para Alemania e Italia el desmembramiento político, constituyeron el objetivo común, por cuyo cauce discurría el desarrollo histórico europeo. Nace entonces la consigna de "defensa de la patria", y no tarda en adquirir tremenda popularidad entre las más amplias capas de la población. Por millones, las víctimas del separatismo nacional la hicieron suya. Dirigida al pecho de los monarcas absolutos y de las clases feudales, llenábase

de intensa progresividad histórica. Estimulaba la lucha contra los rezagados de la Edad Media y los obligaba a ceder ante formas de gobierno apropiadas al capitalismo en ascenso.

Estas guerras nacionales han dejado su marca indeleble sobre la psicología de los pueblos. Generaciones enteras las sostuvieron; cientos de miles sacrificaron su sangre y sus bienes. Múltiples héroes las honraron. Poetas populares celebraban sus proezas, y el relato legendario de sus hechos ilustres corría de boca en boca. De estas guerras hablaba el pueblo en sus cantares sencillos. Sobre ellas se discutía en iglesias y colegios. El sector más lúcido y progresivo de la burguesía se adhirió a su tradición y la mantuvo. Fácil es concebir cuán profundamente impresos quedaron estos recuerdos en el ánimo de las multitudes, el odio profundo que en Alemania se acumuló contra Francia, en Francia contra Alemania, en Italia contra Austria, en Austria contra Italia, particularmente en las capas inferiores de la población urbana y rural. Aún no existía un proletariado numeroso y concentrado. Estamos en los orígenes del capitalismo, que son al mismo tiempo, los del proletariado como clase.

Las guerras nacionales, que abarcan siglos y se intensifican durante los años 1789-1871, han acumulado una herencia de aversiones recíprocas que hoy la burguesía explota para disfrazar con apariencias de liberación nacional sus luchas de rapiña imperialista. Al repetir "defensa de la patria" intenta conmover el ánimo de millones de hombres. En todos los países, la maquinaria gubernamental, periodística, parlamentaria, se mueve concertadamente, explotando para necesidades actuales estados psicológicos que son herencia del pasado.

El éxito de la maniobra depende de la permanencia de esos vestigios emocionales. En ningún lugar como en Alemania y Francia, la pequeña burguesía y los sectores atrasados de la clase obrera han dado más crédito la fábula del carácter nacional de la guerra de 1914. En ningún lugar ha hecho mejor camino la consigna de "defensa de la patria", ni suscitado más intensa exaltación popular. Algo parecido ocurrió en Italia, donde sin embargo, el juego imperialista quedó más al trasluz.

Perviven en Francia las tradiciones bélicas de la Gran Revolución, y el odio a los "prusianos", que en 1870 sitiaron a París. No se ha olvidado en Alemania esa larga tortura que fue la disgregación nacional, y el papel que en ella le cupo a la política francesa. El corazón de los italianos se inflama todavía con el antiguo rencor contra Austria.

Si bien es cierto que los problemas de hoy no tienen punto de contacto con los de entonces; pero aunque la burguesía y sus gobiernos siguen una política de rapiña, ajena a los intereses del pueblo, la herencia del pasado deja sentir en forma considerable. En esta guerra imperialista, las frases sobre la defensa nacional y la defensa de la patria son particularmente efectivas en Francia, en Alemania y en Italia. Mucho más por cierto, que en Rusia o en Inglaterra.

Tanto la burguesía como sus políticos y diplomáticos tienen cabal conciencia de la falsedad de estas consignas "patrióticas". Las han meditado desde mucho antes de que la guerra estallara. Sin recatar palabras, ha dicho públicamente que el movimiento obrero socialista cerraba el paso a sus planes de agresión. ¿Cómo debilitarlo? ¡Creando las apariencias de una guerra defensiva!

Los imperialista alemanes, por ejemplo, hartos bien conocían cuál era el pulso político de sus obreros en relación con la guerra. Era necesario confundirlos, había que convencerlos de que se lucharía por la defensa de la patria". Discutían abiertamente el modo de arrojar arena sobre los ojos del proletariado, el método más hábil de enmascarar la rapiña con un ropaje nacional.

Ritzner, eminente portavoz de la diplomacia alemana, ha publicado un libro titulado "Bosquejo de la política mundial" ("Grünzüge der Weltpolitik").

Habla abiertamente de los preparativos para la guerra: Si logra separar por completo al obrero, subjetivamente, de la contextura de una nación y logra transformarlo en un mero miembro de su clase, el socialismo internacional habrá triunfado. Sólo por la fuerza podría evitarse su realización en un futuro lejano. Si en cambio no tiene éxito en esa empresa, si permanecen los lazos internos que atan al trabajador al organismo llamado nación, aún inconscientemente, la victoria del socialismo internacional permanecerá en tela de juicio" Ruedorffer, ob cit., 1914, p. 173.

¿Qué debe hacer entonces para preparar la derrota del socialismo y liberar las propias manos para las guerras imperialistas— para las guerras que, en opinión del mismo imperialista alemán, son necesarias a los intereses del capital"? Hay sólo una posibilidad: Disfrazar las guerras imperialistas con la ideología de las guerras nacionales. Crear en las masas trabajadoras la ilusión de estar defendiendo la patria" en una supuesta guerra nacional.

Prosigue Ruedorffer: Los gobiernos pueden quizá ser obligados, en aras a las teorías socialistas de paz, a dar cabido a un cuidadoso encubrimiento de sus objetivos imperialistas bajo sentimiento patrióticos. Ello en nada cambiará la causa a la que ha de someterse la política moderna, sino tan sólo a algunos aspectos de sus formas políticas y técnicas". (!).

Esto que el imperialista alemán Ruedorffer admite abiertamente no es válido tan solo para Alemania, o para la burguesía y los gobiernos de un solo grupo de las potencias en guerra, por supuesto. Sino que es la base de la política capitalista en general en la época de las guerras imperialistas. Hemos tan solo presenciado un ejemplo típico.

Uno no puede ir y decirle directamente a las masas del pueblo: vayan y sacrifíquense por millones en los campos de batalla porque "nuestra" burguesía precisa colonias belgas y francesas en Africa, o porque "nuestra" burguesía desea ganar tal o cual esfera de influencia" en tal o cual región. La burguesía precisa excusas mejores para encender el entusiasmo de las masas: Apela a la herencia de otra época; inflama los sentimientos patrióticos por la popular voz de alerta "Defensa de la Patria". Esta es una necesidad de guerra. Así como se deben preparar las municiones y mejorar la técnica bélica, es preciso influir en la conciencia del pueblo.

W. G. Korolenko tuvo la oportunidad de observar a los búlgaros en el Dobrudje poco antes de la guerra. Describe la siguiente escena observada en una escuelita búlgara de una pequeña y lejana aldea. Muchos maestros búlgaros de ambos sexos se habían reunido para participar en una tarde literaria en la que se celebraba la liberación de Bulgaria.

"Jóvenes maestros, de aspecto muy semejante a los nuestros, pero con ojos desafiantes y rostros encendidos y entusiastas, recitaban versos de sus poetas. Y una atmósfera preñada de las impresiones de luchas pasadas reinaba en la pequeña aula. "Los turcos os han tiranizado" estas palabras fueron repetidas una y otro vez. Rudos libreros búlgaros con bigotes y narices aguileñas, mujeres jóvenes y viejas, escuchaban atentamente las efusividades poéticas que les recordaban las guerras nacionales recientemente triunfantes. Sangre, muerte, audaz desdén por toda tribulación, y venganza contra los opresores".

El odio nacional está *dirigido contra los turcos*. ¿Y qué es lo que vemos? La guerra comienza, y con qué facilidad el imperialismo alemán logra, en 1915 con sus "jóvenes" búlgaros, dar a este odio una nueva dirección. Los turcos resultan de pronto los mejores amigos. Esa es la voluntad del capitalismo financiero alemán, del imperialismo alemán. ¿Y no hemos visto otras transformaciones similares en el curso de esta guerra?

El criterio de una guerra de agresión y una guerra defensiva, también fue dado a luz en la época de las guerras nacionales entre 1789-1871. La democracia y el socialismo naciente *debían* distinguir entre guerras de agresión y guerras defensivas. Esta diferencia cobró forma en la historia diplomática anterior a la guerra, y no debía buscársela en establecer quién declaró primero la guerra o quién disparó el primer tiro. Desde el punto de vista del progreso histórico el asunto fue mucho más allá.

Una guerra de agresión era una guerra que tenía como objetivo proteger y asegurar las herencias del absolutismo y el feudalismo, el perpetuar la opresión y la división nacional e impedir el establecimiento de estados unidos nacionales. Una guerra de defensa era una guerra que aspiraba a abolir los resabios del feudalismo y cuyos objetivos respondían a la necesidad económica de establecer un estado nacional. Esta diferencia entre las guerras de agresión y las defensivas de la época pasada ha dejado huellas profundas en conciencia de la democracia. Hoy la burguesía se aferra a estos residuos como al último trozo de pan. Se pone en acción cuanto sea posible. La burguesía y el gobierno de cada país no ahorra esfuerzo ni tesoro alguno si puede con ello dar a su guerra un aspecto de "guerra defensiva" y a la de su oponente el de "nación agresora". En la era imperialista el criterio de guerra defensiva y guerra de agresión sufrió el mismo destino que el slogan "Defensa de la Patria".

La burguesía y los gobiernos de Alemania, Austria (y no sólo de estos países) explota la herencia del período de las guerras nacionales como también los prejuicios religiosos de las multitudes, los prejuicios políticos de distintas capas de la población... por ejemplo el de los campesinos, etc.

El que la famosa "táctica" se aplique simultáneamente en todos los países en una escala totalmente europea, facilita el engaño imperialista en cada país particular.

Los socialistas oportunistas se han adaptado en los diversos países a esta explotación ideológico-política, sin tener en cuenta que lo que encierra es simplemente una "técnica" aplicada por la burguesía.

Los socialistas alemanes (y otros) deberían haber asumido la responsabilidad de ayudar a la clase trabajadora a resistirse contra esta "técnica" capitalista y a oponerse al nacionalismo que había vuelto a levantar cabeza. En cambio el sector oportunista del socialismo, se inclinó ante la "técnica" burguesa y devino social chovinista. Ciertamente que no era fácil la oposición. La técnica de la burguesía está muy desarrollada. Ha logrado crear una psicosis nacionalista de masa. Más ello obliga a los socialistas alemanes (y de otros sitios), no a capitular y sí en cambio a resistir con tanta más vehemencia.

Elementos nacionales e intereses puramente dinásticos pueden llegar a tener participación en las guerras imperialistas del presente período. Pero esta participación es accidental y episódica. En la época de las guerras nacionales estaban presentes, como hemos visto, elementos de diferente naturaleza. Pero desde un punto de vista histórico podemos y debemos distinguir *dos épocas* la de las guerras nacionales y la de las guerras imperialistas. Y no debemos olvidar jamás que los representantes del imperialismo, los representantes del todopoderoso capital financiero, se han de esforzar siempre por embellecer el rostro de las guerras imperialistas que les otorgan, un "disfraz... de sentimientos patrióticos".

Los Movimientos de Emancipación Nacional

por Andrés Nin

El texto que ofrecemos a continuación es una selección del primer capítulo de la obra de Andrés Nin "Los Movimientos de Emancipación Nacional". Esta obra ha sido editada recientemente por "Ediciones Catalanas de París". Hemos escogido para nuestros lectores la parte sustancial del capítulo inicial por cuanto en él el autor analiza la posición de los fundadores del socialismo científico sobre el tema del libro.

Andrés Nin fue una de las figuras más importantes del movimiento marxista de España. Nació en Vendrell, un pueblo de Cataluña, en 1892. Fue, junto con Maurín, el creador del P.O.U.M. (Partido Obrero de Unificación Marxista), cuyo congreso fundacional se celebró en Barcelona en 1935. Ellos son quienes redactan las tesis del partido que sería el primer esfuerzo coherente de constituir en España un partido revolucionario socialista. Los principales marxistas catalanes se encontraron en las filas del P.O.U.M., tales son junto a los nombrados, Juan Andrad e Luis Portela, Julián Gorkin, Luis García Palacios, Pedro Bonet y David Rey.

Como se sabe, el P.O.U.M. tuvo que luchar durante la guerra civil española, no solamente contra los fascistas sino también contra los stalinistas. Nin fue uno de los principales dirigentes del P.O.U.M. y cumplió una tarea de primerísima importancia tanto en los prolegómenos de la guerra civil, cuanto en la guerra misma.

Andrés Nin fue apresado por la GPU, y sometido a bárbaras torturas por los agentes del stalinismo en España, entre los cuales se destacaba Codovilla (junto a Stepanov, Togliani y Goeroe). El objetivo de estos "revolucionarios" era obtener de Nin una confesión "espontánea" (como las que logran nuestros policías actuales de los militantes que caen en sus manos).

Esa confesión debía ser, naturalmente, que era un "espía a sueldo de Franco". La heroica resistencia de Nin, no para a sus verdugos, los cuales no cedieron hasta obtener, sino su confesión, si su muerte. Codovilla y sus amigos remitieron luego un telegrama a Moscú concebido en estos términos: Asunto A. N. resuelto por el procedimiento A". Y quedaron satisfechos. El 8 de agosto de 1937, Trosky declaraba: "Nin era un revolucionario incorruptible. Defendió los intereses del pueblo catalán y español contra los agentes de la burocracia soviética..., éste fue su único "crimen" y por este crimen ha pagado con su vida".

Los movimientos de emancipación nacional como factor revolucionario. La guerra franco-prusiana del año 1870. El principio de las nacionalidades y el derecho de las naciones históricas a la independencia. La monarquía austriaca. Polonia. Irlanda. Nacionalismo e internacionalismo. La estrategia y la táctica de Marx y Engels.

Marx y Engels, que nos han legado una producción teórica tan extensa y valiosa sobre todos los grandes problemas económicos, políticos y sociales de su época, no consagran en cambio ninguna obra fundamental al estudio de los movimientos de emancipación de las naciones. No obstante, un problema que agitaba de una manera tan profunda a los pueblos, movilizaba masas populares inmensas, y que era puesto a la orden del día por la revolución europea, no podía pasar inadvertido a la atención de hombres que, como los dos inmortales fundadores del socialismo científico, auscultaban febrilmente las "palpitaciones de su tiempo", con el objeto de definir la táctica adecuada de la clase obrera y prepararle el glorioso devenir a que está históricamente predestinada. Si bien, entonces, no nos han legado un conjunto sistematizado de ideas sobre este problema de cabal importancia, las opiniones expresadas en sus trabajos, en sus correspondencia y en las manifestaciones públicas que hicieron en diversas ocasiones constituyen materiales de indudable valía para establecer los elementos fundamentales de una teoría proletaria de los movimientos de emancipación nacional, que ha encontrado su más perfecta y definitiva expresión en Lenin, el genial discípulo de Marx.

La actividad política de Marx y Engels se desarrolla fundamentalmente en la época comprendida entre la gestación de la gran tempestad revolucionaria europea de 1848 y la Primera Internacional, es decir, entre las luchas por la transformación definitiva de la Europa semifeudal en una democracia burguesa, y la aparición del proletariado en la palestra histórica como la fuerza organizada internacionalmente para afirmar su personalidad y propugnar sus reivindicaciones de clase.

En aquella época el problema de los movimientos nacionales se planteaba, para la gran mayoría de los pueblos europeos, de una manera distinta que en los momentos actuales. Era una época revolucionaria relacionada con la creación de los Estados nacionales, la lucha por la liberación de Italia, la unificación de Alemania como la base históricamente necesaria para el desenvolvimiento del capitalismo, época que se diferencia de la actual por el papel que juega el capitalismo al sentirse limitado dentro de las fronteras nacionales previo a la expansión imperialista.

En presencia de esta situación histórica completa, fijan su posición frente a los movimientos nacionales subordinándola a los intereses superiores de la Revolución y teniendo en cuenta la importancia inmensa de estos movimientos para la victoria revolucionaria. El problema no es enfocado por ellos de una manera independiente y sin conexión con la lucha revolucionaria general y con los fundamentos económicos de la cuestión nacional. El elemento material constituye la base de los movimientos nacionales; las manifestaciones externas —idioma, cultura, etc.— no son sino su superestructura.

Es muy característica en este sentido, la posición de Marx definida en uno de sus artículos más notables de la primera época sobre el problema judío. Para él, no se trata de un problema de emancipación religiosa, aunque la religión sea uno de sus aspectos sino que como su base es económica, está constituido por la "sociedad civil". Los judíos, que son los agentes de la economía monetaria "se han emancipado en la medida en que los cristianos han devenido judíos, es decir, en la medida en que la sociedad cristiana han adquirido un carácter completamente comercial *judío*". La emancipación de los judíos está íntimamente ligada a la "emancipación de la sociedad del judaísmo", es decir, a la supresión del poder del dinero en la sociedad socialista. Marx no se interesaba en el problema nacional judío porque los hebreos que podía observar en Occidente, a diferencia de los de Oriente, donde el problema se planteaba en otros términos, pertenecían a un sector burgués muy restringido que se había adoptado al medio circundante.

Cuando estallan las revoluciones europeas de 1848, Marx y Engels, que ya han definido las bases elementales de su doctrina —el Manifiesto Comunista se publica en 1847— subordinan su actividad a la exigencia suprema del momento: la cohesión de las fuerzas de la revolución. De allí, principalmente, su posición negativa frente al movimiento paneslevista, que tantas ilusiones había hecho concebir a Bakunin y que, como veremos más adelante, fue un instrumento en las manos de las fuerzas reaccionarias y, en primer lugar, el zarismo que era el reducto más pujante de la reacción europea.

Solamente teniendo en cuenta esta posición subordinada de los movimientos nacionales, comprenderemos la actitud de Marx y Engels delante de los problemas políticos concretos de aquella época, y las contradicciones aparentes en que incurrieron señaladas con mala fe por sus adversarios. Ya hemos visto cómo no obstante reconocen el papel progresivo de los movimientos de emancipación nacional, adoptan una actitud de irreductible hostilidad ante el movimiento paneslavista, objetivamente contrarrevolucionario. Esta actitud choça, naturalmente, con una concepción esquemática, no dialéctica, del problema, pero se encuentra en perfecta concordancia con el punto de vista según el cual constituyen el criterio supremo los intereses generales de la Revolución.

A la luz de este criterio la posición de Marx y Engels delante de la guerra Franco-prusiana de 1870 se encontrará plenamente justificada.

En efecto, la constitución de una Alemania unificada y centralizada, era la base indispensable para el desenvolvimiento del capitalismo y por lo tanto del proletariado, al cual le era mucho más difícil la victoria en un país sumido en la disgregación propia de las sociedades feudales o semif feudales, delante del bonapartismo reaccionario, la Alemania unificada era un factor progresivo. Por eso Marx y Engels expresan su simpatía por el movimiento nacional alemán, aconsejan a los socialdemócratas alemanes adherir y combaten la posición de Wilhem Liebknecht, que preconizaba la neutralidad bajo el pretexto, curiosamente análogo al de nuestros fascistas —entre Gil Robles y Azaña no hay casi diferencia— que Bonaparte y Bismark eran, fundamentalmente una misma cosa. Cuando Bismarck, en cambio, pasa a la ofensiva y manifiesta tendencias anexionistas con referencia a Alsacia-Lorena, su posición cambia radicalmente. Y cuando el 18 de marzo de 1871, París proclama "La Comuna", los términos del problema se modifican fundamentalmente, y Marx y Engels saludan con entusiasmo el alzamiento de los trabajadores parisiños y los defienden en la lucha contra las tropas prusianas. La guerra contra la Comuna no era la misma cosa que la guerra defensiva contra el Segundo Imperio, y si una Alemania capitalista unificada era un factor progresivo respecto a la Francia reaccionaria, dejada de serlo respecto a un Estado proletario en embrión.

Marx y Engels no abandonan nunca este criterio dialéctico de enfocar el problema en sus diversas manifestaciones y solamente teniendo en cuenta esta circunstancia esencialísima se comprenderá su actitud.

Reconocen como hemos visto, el papel progresivo de los Movimientos de emancipación nacional en la medida en que contribuyen a resolver el problema de la liquidación de las supervivencias feudales y sirven a la causa revolucionaria general combaten férreamente la indiferencia ante estos movimientos y la consideran como una ayuda directa a la opresión nacional, que es la base del poder de las clases explotadoras de la nación opresora. No sostienen, sin embargo, todos los movimientos nacionales —recordemos su actitud frente al paneslavismo— ni hacen extensivo a todas las nacionalidades el derecho a la independencia política.

En este sentido, es característica la actitud que adoptan frente a la defensa del "principio de las nacionalidades", nada menos que por Napoleón III. ¿Podría dejar de ser acogido con simpatía por los demócratas ingenuos un principio que se proponía reparar la injusticia cometida por los tratados de 1815 fijando las fronteras de Europa de acuerdo con los intereses de la potencia continental más fuerte de entonces, Rusia, sin tener en cuenta los deseos ni los intereses de los diversos pueblos?

¿Acaso había alguien que enarbolase una bandera más liberal que la que alzaba Napoleón III? ¿Podría haber una consigna más "democrática" que la de la liberación de las naciones oprimidas y desmembradas sobre todo cuando, después de 1848, Hungría se incluía en la lista de estas Naciones?

Napoleón III, sin embargo, explotaba esta consigna de una manera demagógica con tal de atraer a los polacos al campo de la reacción y oponer obstáculos a la unidad alemana e italiana.

Engels, en un artículo publicado en 1866 en "The Commonwealth" somete a una crítica magnífica la actitud de Napoleón, los móviles reales que ha puesto en evidencia y, sobre todo, el famoso "principio de las nacionalidades". ¿Puede aceptarse este principio como criterio para resolver los problemas nacionales de Europa? Engels opina, con toda razón, que no.

No hay ni un sólo país de Europa donde no haya nacionalidades diversas sometidas a un mismo gobierno. ¿Se planteo sin embargo el problema de una manera idéntica en todos ellos? ¿Acaso cada nacionalidad aspira y tiene derecho históricamente a la independencia política?

Los escoceses y los bretones, por ejemplo, constituyen sin lugar a duda, una nacionalidad distinta de la inglesa y la francesa, respectivamente; pero han dejado de ser una nación de más en más —remarca Engels— "no hay frontera política que coincida con las fronteras naturales de la nacionalidad o del idioma". A consecuencia de la lenta evolución histórica de Europa durante los últimos mil años "casi todas las grandes naciones han perdido parte de su 'organismo' que se ha incorporado a la vida nacional de otros pueblos. Hay mucha gente fuera de Francia, que habla el francés, como hay mucha gente que habla alemán y vive fuera de Alemania. "Los alemanes de Suiza y de Alsacia tienen tan pocas ganas de unirse a Alemania, como los franceses de Bélgica y Suiza de incorporarse políticamente a Francia. El "principio de las nacionalidades" pretende otorgar el derecho a la existencia nacional independiente a los numerosos residuos de pueblos que durante un período más o menos largo figuraron en la escena de la historia con cierta autonomía y fueron luego absorbidos definitivamente por naciones más poderosas que gracias a su gran vitalidad vencieron todos los obstáculos".

Según este criterio "los descendientes de Valaquia que no han tenido más historia, ni como pueblo energía necesaria para tenerla, tienen la misma importancia que los italianos que cuentan con una historia de dos mil años y una vitalidad nacional incomparable".

No; según Engels y según todos los marxistas consecuentes, el "principio

de las nacionalidades” no puede resolver el problema. Se ha de oponer a ese principio el del derecho de los pueblos histórico, de vitalidad indiscutible, a la existencia nacional y a la independencia. De allí que la división de las naciones en “históricas” y “no históricas” tenga para los fundadores del socialismo moderno una importancia inmensa.

A la luz de estos principios generales será más fácil de comprender la actitud de Marx y Engels ante los problemas nacionales más importantes planteados a Europa en aquella época.

La posición del marxismo clásico con relación a los movimientos de emancipación nacional no tiene nada de común con la del nacionalismo burgués. El ejemplo de su actitud en los casos que hemos examinado lo demuestra plenamente.

Para el nacionalismo burgués la nación lo es todo y a la nación —burguesa naturalmente— han de subordinarse los intereses de las clases sociales, sin tener en cuenta para nada los antagonismos que los dividen.

Para el marxismo revolucionario, al contrario, los intereses de la revolución proletaria y la solidaridad obrera internacional están por encima de todo. Al principio de la unidad de todas las clases opone el de la lucha de clases, y en el fondo considera el problema de las naciones oprimidas como un aspecto de esta lucha. El obrero revolucionario se siente infinitamente más ligado a los obreros de los otros países y por lo tanto a los de la propia nación dominadora, que a las clases explotadoras del propio país a los que les declaran una guerra a muerte.

No olvidemos, por otra parte, que la primacía de la nación por encima de los intereses de clase, en realidad no es, para la burguesía, sino una bandera levantada frente al proletariado con el objeto de oscurecer su conciencia de clase. Por encima de todo pone sus intereses de casta explotadora. Cuando éstos están en peligro no vacila en aliarse a los enemigos “nacionales”.

Hay un “internacionalismo imperialista” real, al cual debe oponerse el internacionalismo proletario. La opresión nacional, que es producto directo del régimen de explotación, ha de encontrar en el proletariado —la clase más progresiva de la sociedad contemporánea— su más implacable enemigo; y los movimientos de emancipación de los pueblos, encontrarán en él su más decidido defensor. Considerar la cuestión nacional como un perjuicio burgués —como lo hacen algunos sectores que se dicen revolucionarios— y adoptar la técnica a esta concepción, sería no solamente un error sino un crimen.

Cuando en 1875 la social-democracia alemana, en el programa aprobado en Gotha, expresaba su internacionalismo en términos sospechosos, Marx en su famosa crítica del Programa calificaba de “estrechamente nacionalista” el punto de vista de los correligionarios de su país. Es claro, argumentaba que la clase obrera debe organizarse primero en su propio país, que es su campo de batalla inmediato. En este sentido la lucha de clases, por la forma y el contenido, es nacional. Pero el país forma parte del mercado mundial y de los sistemas de Estados, y a éste todo único mundial, a este sistema que sobrepasa las fronteras, a esta “Internacional Imperialista”, lo que hay que oponerle no son frases sobre la fraternidad, sino la fraternidad real de las clases obreras en su lucha común contra las clases dominantes.

Y Marx extraía de sus premisas una conclusión, considerada inconmovible por todos los marxistas revolucionarios, hasta que a Stalin se le ocurrió formular su teoría pequeña-burguesa del “socialismo en un sólo país”: la revolución internacional. Es en función de este concepto de la revolución proletaria que el marxismo clásico fijó su actitud ante el problema de la emancipación de las naciones oprimidas, convencido que mediante la victoria del proletariado suprimiendo la explotación del hombre por el hombre, base de la sociedad capitalista, destruiría la opresión de unos pueblos por otros.

La defensa del derecho de las naciones oprimidas a la independencia, entonces no se halla en contradicción con la consigna “¡Proletarios del Mundo Uníos!”, sino que es una consecuencia.

El objetivo estratégico de Marx y de Engels era la revolución social; uno de los objetivos tácticos más importantes, los movimientos de emancipación nacional. El resultado de estos objetivos tácticos podría ser la destrucción del imperio austríaco para la liberación de los pueblos que componían aquella monstruosa “prisión de pueblos”; el debilitamiento del zarismo mediante la reconstrucción de Polonia y la propagación de la revolución agraria a Rusia; un golpe mortal, a través de Irlanda, a las clases dominantes de Inglaterra; el desenvolvimiento en el interior de este país de la revolución social, que se propagaría a toda Europa, y en primer lugar a Francia.

Marx y Engels se equivocaron en su apreciación de las fuerzas reales en presencia; pero su visión de la marcha general de los advenimientos revolucionarios era indiscutiblemente justa y, por lo tanto, la actitud que adoptaron frente a los movimientos nacionales respondía a los intereses superiores de la revolución proletaria, en la cual se inspiraron invariablemente para enfocar la solución de todos los problemas tácticos que la realidad política les presentaba.

Respuesta de A.U.N. al Ministro Malek

(Primera parte)

LOS PROYECTOS DEL DOCTOR MALEK

El nuevo ministro de Educación y algunos rectores hablan de "reorientar" la política universitaria. Mucha agua ha corrido bajo los puentes desde los tiempos del ministro Astigueta, cuando la estrella de Onganía irradiaba implacable, antes del cimbronazo de mayo del 69.

Un vasto ciclo de luchas obreras y populares ha impuesto al Régimen y a sus personeros universitarios cambios, concesiones y retrocesos.

El último episodio, la ofensiva de los gremios docentes, costó la cabeza al ministro Cantini, quien ya en la rectoría de Rosario se había revelado un burócrata cerril, con el Digesto Policial como libro de cabecera.

El doctor Gustavo Malek quiere cambiar las cosas, o así lo manifiesta. Al frente de la Universidad del Sur había cultivado la imagen de "rector progresista", y aunque hechura, como todos sus colegas, de la torpe ley universitaria de Onganía, se atrevió a censurarla, dando a entender medidamente que estaba llamado a más altos e innovadores destinos.

No era del todo un salto hacia lo desconocido. Ya a fines del 70, grandes luchas estudiantiles y no docentes conmovieron la Universidad y la provincia de Tucumán, dando por tierra con otro de los fósiles traspapelados del "Onganiato", el rector Paz.

La voz de Ciapuscio, su reemplazante, no tardó en hacerse oír, suave y melodiosa, con un "mensaje a la comunidad universitaria" que es a la vida de los claustros lo que el "Gran Acuerdo Nacional" a la vida del país: una nueva técnica (producto de una nueva relación de fuerzas entre el Régimen y el pueblo) con que se pretende apuntalar el poder de los usurpadores oligárquicos.

Es nuestro propósito examinar aquí esta nueva política universitaria, la cual no excluye (por el contrario, supone) la coexistencia de la dulzura con los palos; pero plantea nuevas situaciones que exigen claridad de nuestra parte a fin de luchar con acierto por nuestros objetivos permanentes.

En la segunda parte de este trabajo pasaremos revista al estado actual del movimiento estudiantil.

Digamos primero que la "nueva política" enunciada por Malek se origina en un impulso externo al poder estatal y universi-

tario. Son las luchas obreras, populares y estudiantiles las que han determinado sucesivos cambios de elencos y programas en todos los niveles. Este hecho decisivo no aparece en las palabras de los voceros oficiales. Si hemos de creerles, ellos son sublimes por generación espontánea.

La "nueva política" universitaria tiene sus marchas y contramarchas, sus duros y sus blandos, tal como en la política nacional se entrelazan y compiten el "acuerdismo" de Lanusse o Mor Roig y el ceño "abrasilerado" de los comandantes del II o III Cuerpos de Ejército.

Veamos ahora qué nos dice el doctor Malek, cómo es esa "revolución copernicana" que él promete para las universidades, convirtiéndolas de cerradas en abiertas; de estáticas en dinámicas; de conformistas en críticas; de rígidas en flexibles; de pasivas en activas, sin aclararnos, ¡ay!, por qué eran cerradas, estáticas, etc., cómo hará para que sean abiertas, dinámicas, etc., y cómo define estas virtudes cuya implantación procura.

Tomaremos como referencia el ensayo sobre la nueva universidad que ha publicado el doctor Malek en el diario "La Opinión" de Buenos Aires, el 24 de julio pasado.

LA UNIVERSIDAD, OMBLIGO DEL MUNDO

Lo primero que exhibe el texto del ministro Malek es una inmoderada autosatisfacción por el papel de las Universidades como alfareras del proceso histórico y del "cambio social".

"Las grandes transformaciones o cambios de la historia (dice) han sido posibles esencialmente por medio del pensamiento y el conocimiento". Luego, "¿no corresponde a las Universidades, como fuentes del saber... participar en forma activa en la búsqueda de una nueva sociedad?".

Esta pregunta se responde con otra:

"¿Por qué se encuentra en condiciones adecuadas (la Universidad) para ser líder en la búsqueda y señalamiento de nuevos rumbos? Porque la Universidad, por su carácter académico, es el hogar... de hombres que son científicos, intelectuales, humanistas, filósofos, que laboran en un centro autónomo de investigación y estudio. Porque la Universidad es la cuna del saber" y "el saber es el único medio humanamente legítimo del hacer y del actuar".

Semejante interpretación del proceso histórico como emanado de la sabiduría académica es por lo menos excesiva.

Las grandes transformaciones no son el resultado de la especulación sino de la actividad práctica de los hombres y, en particular, de las luchas revolucionarias de las clases y de los países oprimidos, que transforman las condiciones globales de existencia de una sociedad, incluidas las de la actividad científica y cultural.*

Pero en el mismo orden teórico-científico, concepciones que renuevan el pensamiento de una época surgen en pugna con el saber académico oficial e, incluso, desterradas del ámbito universitario.

¿Es preciso recordar, con relación a nuestra época, los nombres de Freud, de Darwin o de Marx?

* Para acudir a un simple ejemplo cuantitativo, digamos que la revolución agraria, al exonerar a la oligarquía parásita, permitirá la capitalización e inversión de la plusvalía que hoy fuga hacia el consumo ocioso, la especulación y las cuentas bancarias en el extranjero provocando nuestro crónico estancamiento rural. Esto abrirá el camino de la renovación tecnológica y sólo entonces dejarán de ser marginales nuestras facultades de Agronomía y Veterinaria que hoy dan el menor porcentaje sobre el total de egresados universitarios.

Porcentaje según quinquenios: 1921-25, 4,18 %; 1926-30, 2,9; 1931-35, 2,3; 1936-40, 3,6; 1941-45, 4,97; 1946-50, 4,1; 1951-55, 3,39; 1956-60, 2,6; 1961-65, 2,4.

En la clasificación decenal de las carreras, Agronomía y Veterinaria figura con el menor número de egresados por quinquenio desde 1956-60. En 1921-25 aventajaba a Economía; Filosofía y Letras; Exactas, Físicas y Naturaleza; y Arquitectura.

En 1926-30 la desplaza Economía; en 1931, Filosofía; en 1951-55, Exactas...; en 1956-60, Arquitectura. Así retrocede en 40 años del sexto lugar (detrás de Medicina, Derecho, Farmacia, Ingeniería y Odontología) al último.

Mientras el novillo triplica su poder adquisitivo en bienes industriales entre 1956 y principios de 1971 (o sea, los estancieros reciben tres veces más por la misma producción que hace 15 años) el stock ganadero vacuno permanece clavado alrededor de los 46 millones de cabezas.

**LAS GRANDES
TRANSFORMACIONES
NO SON EL RESULTADO
DE "CONCEPTOS"
ESPECULATIVOS, SINO
DE LAS ACCIONES
QUE LOS HOMBRES
EJECUTAN EN LA
REALIZACION DE SU
PROPIA HISTORIA.
EL MINISTRO MALEK
NO PARECE SABERLO**

¿Qué decir de la Universidad argentina? ¿Qué lugar ha reservado ella al pensamiento crítico nacional, cuándo ha brindado su cátedra a un Scalabrini Ortiz o a un Jorge Abelardo Ramos?

Miremos a nuestro alrededor ¿Dónde están —excepciones aparte— los "científicos", "intelectuales", "humanistas" y "filósofos" que Malek divisa hormigueando en la Universidad oligárquica, mediatizada por el torniquete de Onganía y sucesores?

La Universidad, pública o privada, no escapa a la naturaleza global de la sociedad y del Estado, que se definen ante todo, en último análisis, por el dominio de las clases explotadoras y la penetración, incluso ideológica, del imperialismo monopolista.

Es absolutamente falso que la Universidad argentina haya sido jamás "un centro autónomo de investigación y estudio". La "autónoma" Universidad anterior al 66 tenía un estatuto conquistado por su espontánea supeditación al universo oligárquico.

El dominio ideológico es un instrumento primordial para las clases explotadoras, cuyo poder económico, cultural y político supedita la estructura universitaria, haciéndola servir a los fines de esas clases, formulados como "interés general".

El saber oficial no es científico, en tanto instrumento conceptual para la liberación humana, para el dominio de la sociedad sobre sus condiciones materiales y sociales de existencia, sino ideológico.

Es, por sobre todo, un saber que justifica y racionaliza el interés de los explotadores, sacralizándolo como verdad científica, y que elabora los métodos para resolver los problemas de esos explotadores.

En consecuencia, al derivar el dinamismo de la historia humana del saber académico-universitario, el rector Malek se coloca resueltamente en el sagrario de las clases explotadoras.

Queriendo halagar (quizás involuntariamente) nuestra vanidad de estudiantes universitarios, nos invita a concebirnos a nosotros mismos como ombligos del mundo, presuntuosa ilusión que oculta esta realidad servil: que la Universidad oficial nos prepara para que actuemos como mandaderos de lujo de los explotadores nacionales y extranjeros.

A este "elitismo" fatuo, los estudiantes contestamos con la consigna de la Reforma Universitaria de 1918: "Unidad obrero-estudiantil". "Cambiar el país para transformar su Universidad".

DEPENDENCIA IDEOLOGICA.

¿ES EL IMPERIALISMO UNA "CUESTION MENTAL"?

La inversión malekiana se transfiere al análisis de la crisis nacional y de sus causas. Del limbo, al drama que nos concierne.

En buena hora nos invita Malek a "tomar conciencia del origen, naturaleza y graves peligros de la dependencia cultural y tecnológica".

Pero añade que "la dependencia cultural y tecnológica" es "causa de la pérdida de la independencia".

Una batalla entre "actitudes mentales".

La dependencia cultural y tecnológica no es la causa de la pérdida de nuestra soberanía sino al revés. Porque carecemos de independencia es que dependemos cultural y tecnológicamente, sin perjuicio de que este resultado sobreagrave nuestra satelización.

Al invertir los términos el ministro Malek se traga de un bocado a los monopolios imperialistas, verdadero cáncer que drena y estrangula la economía nacional. Omite la estructura misma de nuestra dependencia. ¡Su estómago es infinito!

Pero esta hazaña de gastronomía académica va más lejos aún, pues en la niebla pomposa del "pensamiento puro" todos los gatos son pardos y, como en el "Cambalache" de Discépolo, se entreveran "Don Chicho y Napoleón, Cabrera y San Martín".

En efecto, la dependencia ideológica, "causa" de nuestra dependencia global, nos supedita (continúa el ministro) a "los intereses y las ideologías de las naciones mayores del planeta". Pero nuestro país "se rebela contra todo tipo de subordinación, especialmente de (sic) la dependencia mental".

Esto significa que la General Motors y Marx, la Standard Oil y Fanon, el Chase Manhattan Bank y el "librito rojo" de Mao, son nuestros explotadores nacionales. Pero el yugo del Chase, la Standard, la G.M., "sólo" consiste en la materialidad espacial de sus finanzas, sus fábricas, sus mercancías. Cuánto peor la dependencia

DE COMO, CON UNA
SIMPLE INVERSION
DE TERMINOS, MALEK
EL MAGO, TRANSFORMA
LAS CAUSAS DE LA
DEPENDENCIA
EN SU CONSECUENCIA

mental que por lo visto nos somete al imperio de Argelia, China o la URSS a través de sus respectivas ediciones en lenguas extranjeras!

No cabe duda que el pensamiento crítico revolucionario puede transformarse en dogma y hasta impregnarse de la ideología hostil oligárquico-imperialista (de hecho así sucede), en manos de los cipayos de izquierda que renuncian a utilizar creadoramente los instrumentos teóricos a partir de nuestras experiencias y problemas nacionales.

Pero no es a eso, obviamente, a lo que apunta Malek, cuyas conclusiones rondan el ámbito de Coordinación Federal y las leyes represivas, hazaña que el ministro reitera al abordar el asunto "apasionante" de la "rebeldía juvenil".

LA "REBELDIA ESTUDIANTIL" SEGUN MALEK

Hay que "atender y comprender la rebeldía estudiantil", concede, benévolo, el señor ministro. Nos apresuramos a celebrar el hecho de que las batallas estudiantiles en el marco de las grandes luchas obreros y populares de los últimos años, hayan educado un poco a nuestros "educadores" infundiéndoles siquiera una dosis de modales y cautela, sin perjuicio de las cárceles, palos y persecuciones que siguen a estos buenos propósitos como la sombra al cuerpo.

Celebramos, pero sospechamos. ¿Qué es eso de atender? ¿Qué es eso de comprender?

"Así no", dice un reciente aviso de TV mostrando hacienda que es llevada a golpes hacia el matadero. "Así", dulcemente, persuasivamente, impidiendo deterioros que enflaquecen y agujerean. ¿Cómo así, doctor Malek?

La juventud deserta de las aulas "porque no ha tenido una igualdad de posibilidades económicas", entona nuestro ministro. Otra vez la trampa meliflua, que fingiendo una actitud "osada" ante los problemas, los expone en forma de velar sus causas, por consiguiente, de impedir su solución.

El drama de la estructura social argentina queda disuelto en una atomización de "casos" individuales. Luego, cada individuo estudiante debe tener "igualdad de oportunidades".

Por desgracia, las oportunidades no se regulan a voluntad, ni siquiera del ministro Malek. Hasta los Reyes Magos, a pesar de sus esfuerzos, cambian de juguetería según cambian de barrio, y le echarían el camello encima al señor ministro si éste les reclamase igualdad de oportunidades para todos los zapatos.

Las oportunidades no se regulan a voluntad por lo mismo que esos aparentes átomos individuales están férreamente estructurados en un sistema de clases que margina culturalmente a las grandes mayorías explotadas. Y el Régimen que eleva a Malek al Ministerio de Educación, ha puesto en tobogán la situación económica de los argentinos.

Es cierto que el ministro manifiesta no querer que la Universidad sea el coto disfrutable de la oligarquía. Pero no nos instruye acerca de cómo lograrlo sin expropiar a esa oligarquía y a su compadre, el capital extranjero.

Por el contrario, sus ideaciones en materia de rebeldía e inconformismo parecen salir de la médula raquídea del latifundista más recalcitante.

La deserción, contempla, "aumenta el número de frustrados, que constituyen pesada carga psicológica... Ese pesado lastre humano influye en el desenvolvimiento económico, social y espiritual de la sociedad. Son miles de personas desajustadas que aumentan las filas de los desarraigados y descontentos, son, pues (sic), elementos inestables que frenan el progreso de los países".

¡Bravo por Malek! El desconformismo, las víctimas de una estructura que implanta la creciente "desigualdad de oportunidades" y niega el privilegio de las aulas a los mismos que lograron penetrar en ellas, esas víctimas "frenan el progreso", al que sólo contribuyen, "pues", los integrados, los satisfechos, los que no pueden quejarse de que las cosas sigan como están, en una palabra, la minoría privilegiada y sus lacayos.

Está claro qué significa para Malek "atender y comprender

**LAS REBELIONES
ESTUDIANTILES SERIAN
PROVOCADAS POR
ALGUNOS QUE NO
TUVIERON IGUALES
OPORTUNIDADES
ECONOMICAS.
LAS SOLUCIONES
DEBERIAN APUNTAR
AL SOCIALISMO.
APUNTAN EN CAMBIO,
BAJO EL AGUDO LAPIZ
DEL SEÑOR MALEK,
A UNA VAGA
JUSTIFICACION
DEL SISTEMA**

la rebeldía estudiantil": dar soga para tirar después despacio y firmemente, hasta dejarnos bien "integrados" al orden beatífico del "progreso" malekiano, modo poético de aludir al pavoroso estómago de la oligarquía.

¿QUE PODEMOS ESPERAR DE ESTE SISTEMA?

Pero el doctor Malek, con método bien poco científico, ha omitido dos cuestiones esenciales que condicionan por entero el éxito de sus tácticas "persuasivas". ¿Puede realmente integrarnos el actual sistema social y político? ¿Merece que nosotros aceptemos esa integración?

El ministro da por supuesta la afirmativa en ambos casos: el de la eficacia y el de la legitimidad del sistema. Pero la desliza en forma subrepticia para ahorrarse una demostración imposible.

Consideremos el problema de la eficacia. ¿Cómo se plantea para nosotros, estudiantes y futuros profesionales? Como un problema de desempleo, de frustración vocacional y de limitacionismo, provocado por una crisis económica de carácter crónico y creciente.

El estancamiento de la economía nacional resiente la demanda de profesionales universitarios o los obliga a vegetar en condiciones de subempleo. La Universidad se ha convertido en "fábrica de desocupados" y "exportadora de materia gris". Ya hemos visto el ejemplo de los agrónomos y veterinarios, cuya "superfluidad" deriva del parasitismo latifundista.

Pero el problema no es sólo cuantitativo. ¿Quiénes manejan la demanda de trabajo en una sociedad dominada por el privilegio y la penetración monopolista? Las grandes gerencias, el consumo de las clases parásitas y el Estado burocrático policial. Esto imprime su sello sobre la orientación de los estudios y sobre el ejercicio de las profesiones. El joven arquitecto sueña con resolver la cuestión de la vivienda en ciudades remodeladas según criterios urbanísticos. Deberá concebir torres de lujo para consumidores de "status", al servicio de empresas inmobiliarias y de un sistema bancario fundados en la especulación y en la usura.

El médico presentará impotente el desquicio hospitalario, la muerte infantil por desnutrición en los barrios obreros y las villas, mientras él mismo se convierte en simple intermediario entre los trusts farmacéuticos y los pacientes.

Todas las profesiones se supeditan a las necesidades y al lucro de los beneficiarios de un sistema inhumano y opresivo. Su ejercicio no es una oportunidad creadora sino un estéril pacto con el diablo.

La asfixia del mercado de trabajo refluye como limitacionismo en los ingresos y a lo largo de las carreras. ¿A qué agravar la sobreproducción de lo superfluo? Naturalmente, la quiebra del propio Estado oligárquico, incapaz de cubrir los servicios esenciales, empeora por vía presupuestaria este limitacionismo de fondo.

Los planes de estudio, como es lógico, se orientan a satisfacer las necesidades del sistema y el tipo de la demanda de profesionales, con el agravante de las imposiciones directas inherentes a los subsidios imperialistas, verdadera tentación ante las angustias de un presupuesto raquítico.

Así, pues, nuestros intereses materiales e intelectuales se ligan a las luchas por desatar el nudo que paraliza y estrangula la economía nacional.

Ese nudo consiste en una estructura de clases dominada por la oligarquía y el imperialismo. El Estado oligárquico es un instrumento de esa dominación, y Malek, un funcionario del Estado oligárquico.

CRISIS DE LA ESTRUCTURA SEMICOLONIAL ARGENTINA

Vamos a definir un poco más de cerca la tacha de esa ineficiencia del sistema que vuelve utópicos y demagógicos los planes persuasivos de Malek respecto a nuestra "rebeldía estudiantil".

Tampoco aquí las teorías del doctor Malek sirven para otra cosa que para embrollar. ¿Por qué está en crisis la economía argentina? ¿Por qué enfrentar una época "de acelerado ritmo histórico, de cambios súbitos en todos los órdenes de la existencia"? ¿Porque "ahora el proceso de transición en que vive la gente y discurren

**LA UNIVERSIDAD
ACTUAL ES REFLEJO
DE LAS NECESIDADES
DEL ESTADO
OLIGARQUICO-BURGUES
Y DEL AMO
IMPERIALISTA. SUS
NECESIDADES
SON LAS DEL REGIMEN
DOMINANTE, Y SUS
FRUSTRACIONES
FRUTOS DE LAS
CONTRADICCIONES
DE ESTE**

las instituciones es notorio, se palpa"? ¿Porque en los "países en vías de desarrollo", a causa de "la rigidez de las estructuras económicas y sociales, los cambios encuentran obstáculos ideológicos (modos de pensar, costumbres, modas); políticos (poder de las clases dominantes), y éticos (temor de ejercer con plenitud la libertad)"?

No, la nuestra no es una crisis de transición. No proviene de "obstáculos" derivables de una inmadura "mentalidad" de cambio. La crisis argentina es una crisis de dependencia y estancamiento. Como todo "subdesarrollo", el subdesarrollo argentino no es una condición de atraso técnico y financiero, sino una relación de explotación. Somos "subdesarrollados" porque no podemos desarrollarnos. Y no podemos desarrollarnos porque las clases que nos explotan impiden nuestro desarrollo. La crisis argentina es una crisis de estancamiento provocada por la estructura oligárquica y semicolonial.

La aptitud de un país para desarrollarse depende del grado de utilización de su excedente económico, es decir, del superavit de riqueza que resta después de cubrir los gastos de la producción (amortización de instalaciones y maquinarias, materias primas, consumo individual y familiar de los trabajadores).

Pero este grado de utilización del excedente se subordina a su vez a la naturaleza de la estructura económica global, al carácter de las relaciones de producción, al papel de las clases que se apropiaban del excedente y al destino que en consecuencia le dan.

La economía semicolonial argentina está dominada por el bloque de la oligarquía terrateniente y los monopolios extranjeros, actuando la burguesía nacional como "dios menor" en este Olimpo, recañera y víctima según las circunstancias, o ambas cosas a la vez.

Estas clases se apoderan del excedente económico y lo dilapidan improductivamente en mayor o menor grado. El derroche suntuario; la especulación mercantil, financiera e inmobiliaria; el drenaje de riqueza hacia las metrópolis imperialistas para pagar ganancias, intereses, amortizaciones, patentes y servicios; la expatriación clandestina de capitales, crean las condiciones de la descapitalización, la quiebra industrial, la impotencia económica del Estado y una reforzada penetración monopólica.

Sólo la evasión clandestina de "capitales nacionales" ha privado al país en estos últimos años de 8.000 millones de dólares, según lo ha denunciado recientemente el ministro de Hacienda, doctor Quilici. Esta suma asombrosa demuestra las "virtudes" de las clases supuestamente calificadas para dirigir la economía nacional y del Estado cómplice que las tutela. La "subdesarrollada" Argentina exporta hacia las metrópolis imperialistas casi tanto capital como el que Estados Unidos tiene invertido en América Latina (u\$s 11.000 millones) y cuatro veces más que toda la inversión extranjera en la Argentina.*

Equivale a 5 años de nuestras exportaciones. Excede en mil millones de dólares la inversión del Plan de Desarrollo 1971-75. Multiplica por 40 la inversión privada extranjera conseguida en 1959 al precio de dismantelar nuestras defensas económicas bajo el "invierno Alsogaray". Duplica holgadamente la tenencia total de divisas de América Latina (u\$s 3.833 millones en 1969). Son casi cinco meses de nuestra producción nacional.

En cuanto al drenaje neto de capital extranjero, asciende a 1.000 millones de dólares en la última década. Este es el pasivo de la cuenta capital, balanceados ingresos y egresos por todo concepto. Los inversores extranjeros recuperaron el monto de sus inversiones, quedaron dueños de las empresas instaladas o adquiridas y se llevaron, además, 1.000 millones de dólares.

Los gobiernos dictatoriales oligárquicos que se suceden desde el golpe militar de 1955 se propusieron "estimular" mediante "precios remunerativos" la producción agropecuaria, supuestamente en crisis bajo el peronismo. Mediante drásticas devaluaciones del peso transfirieron una enorme masa de poder adquisitivo del sector industrial al "agro", es decir, a los latifundistas. Esta riqueza sustraída a la clase trabajadora, al mercado interno para la industria y al crédito industrial, se esfumó, por supuesto, sin que la oligar-

**LA OLIGARQUIA,
CLASE DOMINANTE
DE HECHO Y POR
USURPACION,
PRETENDE QUE LAS
FORMAS DE GOBIERNO
SEAN LAS SUYAS.
LA HIPOTESIS SE BASA
EN "VIRTUDES" QUE
SE DETALLAN**

* Eran 1743 millones de dólares en 1957, incluido cálculo de reinversiones, y se agregaron 501 millones entre 1958-1965. OECEI, Argentina Económica y Financiera, 1966, págs. 305-6. El proyecto de Plan Nacional de Desarrollo y Seguridad mencionado más abajo calcula en 24.500 millones de pesos-ley, año 1970, la inversión pública de todos los principales proyectos a iniciarse o terminarse durante el período del plan, y en 35.000 millones el costo total de esos proyectos.

quía invirtiera un solo peso en sus explotaciones ni aumentase la producción rural, principalmente ganadera. Fuentes liberal-oligárquicas han calculado que en 1970, el ingreso del sector ganadero subió un 50 % respecto a 1959, un año óptimo sin embargo, ya que la superdevaluación Alsogaray (la vida subió un 114 % en un año) había sido una lluvia de oro para el campo. La fenomenal carestía de la carne aparece, pues, como un premio a la improductividad, ya que una producción invariable empuja los precios hacia arriba presionados por la demanda externa y el aumento vegetativo de la demanda interna.

Esta captura parasitaria del excedente económico nacional se refleja también en la composición de la demanda efectiva, que no se orienta hacia los productos necesarios al desarrollo económico y el bienestar social, sino hacia lo superfluo y suntuario.

En los últimos doce meses bajó, según costumbre, la producción de automotores productivos (utilitarios, colectivos, etc.). Subió, en cambio, un 25 % la de automóviles. En el quinquenio 1964-68, la producción anual de automóviles subió el 15 %; pero la de utilitarios bajó un 8 % y la de tractores, ¡un 26 %!

La Argentina se caracteriza por una densidad relativamente elevada del parque de automóviles y una bajísima producción de acero por habitante. Aventaja en densidad automotriz a todos los países que iniciaron su "despegue económico" en las últimas cuatro décadas (principalmente del bloque socialista) y es aventajada arrasadoramente por ellos en producción de acero por habitante. Incluso Japón, cuya tasa de expansión siderúrgica es la primera del mundo, hacia 1966 estaba a la par de la Argentina en densidad de automóviles. ¡Pero tenía el tercer parque de utilitarios, después de la URSS y EE. UU., y mientras acá levantábamos vías por dictado de los consorcios petroleros y del automotor, se lanzaba a construir la línea Tokio-Osaka para trenes que unirían Córdoba-Buenos Aires en menos de 4 horas.

Sólo la España de Franco (cuyo "milagro" consiste en vender su clima y el exotismo de su atraso a la prosperidad del Mercado Común) nos iguala en esta insensata distorsión de consumir los frutos de la alta industria con la riqueza que sería indispensable para echar sus cimientos.

Comprobaciones semejantes arroja el índice de la construcción de viviendas. En el período 1964-69, la superficie construida en el sector norte de la Capital Federal (donde se aloja un 25 % de la población con predominio de sectores de altos recursos) decuplicó lo construido en el sector sur (otro 25 %, obrero y de clase media pobre), insumiendo unos 500 millones de dólares a precio de mercado, lo que habría permitido alojar a más de 100 mil familias en nuevas viviendas populares.

La confiscación y dilapidación del excedente por el bloque oligárquico-imperialista se traduce en un descenso del nivel de vida obrero y popular; parálisis industrial y agraria; despoblación del campo y de las provincias pobres; crecimiento por éxodo del Gran Buenos Aires; caída del crédito industrial; asfixia del mercado interno; déficit fiscal e impotencia del Estado como promotor de la economía; aterradores índices demográficos y de salud pública. Según los datos preliminares del último censo de la población (setiembre 1970), la tasa de nacimientos (que había subido en la década peronista) descendió desde entonces vertiginosamente, y la de defunciones se ha estancado.

El índice más elocuente, el de la mortalidad infantil (menores de un año), señala un ascenso del 56 al 58 por mil entre 1955 y 1966, inexplicablemente, último año con registros estadísticos. Esto ocurre en momentos en que la medicina progresa día a día (baste recordar las vacunas Salk y Sabin) y de sus conquistas aprovechan los sectores acomodados y medios de la población argentina. Por lo tanto, la tasa de mortalidad infantil en el cinturón obrero y de las villas ha aumentado mucho más para que el promedio llegue al 58 por mil. Estudios oficiales realizados en el Gran Rosario hablan de un salto del 40 al 60 por mil en quince años.

Para citar un solo caso comparativo de país atrasado que en el último cuarto de siglo ha emprendido su transformación en país avanzado, digamos que la República Popular de Hungría, con una mortalidad infantil del 131 por mil en 1938 y del 91 por mil en 1949 (muy superior a la Argentina), descende del 47,6 por mil al 35,4 entre 1960 y 1968.

La tasa húngara haría descender las muertes de menores de un año de 27.000 a 16.000 casos anuales. Once mil bebés al año no mueren por fatalidades naturales, sino asesinados por los

**DEVALUACIONES,
TRANSFERENCIAS DEL
SECTOR URBANO
A LOS TERRATENIENTES,
INVERSIONES
IMPRODUCTIVAS, FUGA
DE CAPITALES AL
EXTERIOR, MORTALIDAD
INFANTIL. ESTOS Y
ALGUNOS MAS SON EL
DESTINO Y EL FRUTO
DE LA RAPIÑA.
SOLUCIONARLO SERIA
CREAR LA "IGUALDAD
DE OPORTUNIDADES"**

responsables del sistema. ¿Por qué, entonces, esos ministros, generales, policías, jueces, presidentes, académicos, arzobispos, funcionarios y políticos burgueses van a temblar en implantar la muerte, la cárcel, la tortura y los palos contra el pueblo y sus luchas, si no se horrorizan ante esta masacre infantil que habría espantado al propio Herodes?

Pero por debajo de los responsables humanos están las estructuras, las relaciones de producción, el régimen de la propiedad, el sistema de clases y los modos de apropiación y empleo del excedente económico.

El paso de una economía estancada y dependiente a una economía desarrollada, es decir, con aptitud para crecer y desarrollarse, es el paso que va de la dilapidación a la utilización racional del excedente según las prioridades combinadas de las industrias-base y el bienestar social.

Pero esta recuperación del excedente para los fines generales del país y de su pueblo no puede realizarse, simplemente, interviniendo sobre los porcentajes de distribución de ingresos por vía gubernativa o sindical, ya que la propiedad del excedente está determinada por la propiedad sobre la tierra, el dinero y los medios de producción.

Bajo ciertas condiciones (y así lo hizo el peronismo) puede lograrse una recuperación parcial del excedente sin alterar el régimen de propiedad, operando sobre la distribución. Pero la Argentina ha ido por ese camino todo lo lejos que podía irse, sin lograr evitar la restauración oligárquica del 55; y las condiciones actuales son incomparablemente más severas que las de 1946.

Por consiguiente, sólo expropiando a las clases que parasitan el esfuerzo nacional, la oligarquía ganadera, las empresas imperialistas y sus asociados "nacionales", crearemos las bases conjuntas del desarrollo, la soberanía y el bienestar.

No puede haber desarrollo sin liberación nacional y social. La esperanza de un desarrollo "a la brasileña" que alientan ciertas pandillas fascistoides iluminadas por la farola de "La Prensa" y los reflectores de López Aufranc, prueba que no hay incompatibilidad alguna entre un reaccionario y un imbécil, pues el crecimiento de Brasil presupone una vasta frontera interna precapitalista, por un lado, y la elección irreversible del imperialismo yanqui, por el otro. En cambio, el estancamiento argentino (nuestra tasa de crecimiento sólo supera a las de Haití, Uruguay y Bolivia) es el resultado de nuestro relativamente alto nivel de desarrollo y de la consiguiente asfixia que ejerce la estructura oligárquica semi-colonial.

Al destruir esa estructura, los argentinos no haremos otra cosa que poner en práctica lo que en uno u otro momento de su historia ejecutaron los países hoy desarrollados, desde Inglaterra, Francia y Estados Unidos con Cromwell, Robespierre y Lincoln, hasta la URSS, China o Vietnam, y que en Latinoamérica están realizando Cuba, Chile y Perú.

Aunque el régimen económico-social cuyo abogado pedagógico es el doctor Malek sólo nos ofrece miseria y frustración, no hay causa para el pesimismo, pues podemos luchar y vencer con nuestro pueblo y construir una sociedad donde también haya lugar para nosotros.

ESPLENDOR Y OCASO DE UNA ALIANZA

¿Necesitamos hablar, después de esto, de los merecimientos del Régimen para recibir nuestro apoyo, de su legitimidad o ilegitimidad? El actual gobierno es una nueva versión de la dictadura oligárquico-imperialista implantada en 1955. La descomposición del orden semicolonial engendra la violencia proscriptiva y represiva de las clases explotadoras, encarnizadas en perpetuar contra viento y marea sus privilegios. Y el doctor Malek es el representante "pedagógico" de esa usurpación. Sus buenos modales no legitiman sus títulos, viciados desde el origen.

Lo que él nos propone es recomponer la alianza estudiantil-oligárquica que funcionó en 1930, 1945 y 1955. En virtud de esa alianza, la generación estudiantil del 55 recibió la autonomía y el cogobierno, a condición de disfrutarlos de espaldas al país proscripto. Y cuando la quiebra del sistema oligárquico disolvió los mitos de la "democracia" proscriptiva y entreguista, cuando

LA REDISTRIBUCION DEL EXCEDENTE CREADO EN NUESTRO PAIS A CONSECUENCIAS DE LA GUERRA IMPERIALISTA DEL 39-45 SE CONSUMIO LUEGO COMO RESULTADO DE LAS CONTRADICCIONES QUE EL REGIMEN BONAPARTISTA DE PERON "NO PODIA, OBJETIVAMENTE, SUPERAR"

la oligarquía ya no pudo goberarnos, se nos expulsó del paraíso terrenal, cesó la "isla democrática", la Universidad fue intervenida, tuvimos con Pampillón nuestro primer muerto.

Pero el doctor Malek quiere dar marcha atrás la rueda de la historia, devolvernos a la amable alianza, sino preocuparse por averiguar qué cosa la hizo posible en el pasado y por qué el matrimonio del 55 se rompió para siempre en el 66.

El privilegio oligárquico se asentaba sobre el disfrute de las llanuras más fértiles del mundo que, explotadas extensivamente, producían a ínfimo costo relativo para el mercado de exportación. Este sistema de monocultivo agropecuario dentro del marco de la colonización británica, despoblaba los campos, hundió a las provincias sin saldos exportables, infló parasitariamente a las ciudades-puerto del litoral, desalentó las industrias y, en consecuencia, generó también el desempleo urbano. Estas tensiones se reflejan en las luchas de la clase media yrigoyenista y del movimiento obrero de principios de siglo. Pero el sistema tenía su propia válvula de seguridad en la esplendidez del negocio latifundista-agropecuario, que prosperó mientras prevalecieron altos precios de exportación, especialmente entre 1880 y 1930.

Gracias a ello, la oligarquía pudo derivar una parte de su renta agraria para equilibrar socialmente el sistema, alimentando a una clase media urbana y rural ocupada en actividades agrícolas, comerciales, burocráticas, profesionales, etc.

De esta manera le fue posible a la clase dominante atraerse a la oposición popular, que se limitó a postular un lugar bajo el sol del libre cambio, sin discutir los fundamentos mismos del sistema. Para la pequeña burguesía del litoral los años que precedieron a la crisis de 1930 fueron años dorados. Los mitos liberal-oligárquicos de la Argentina de los "ganados y las mieses" se le adhirieron al alma. Este es el secreto de su persistencia y de la alianza (que también involucra al estudiantado) del 30, el 45 y el 55, con el bloque oligárquico.

La ruptura de esa alianza (a la que Malek quiere devolvernos) fue una laboriosa gestación de más de treinta años, dilatada en parte por la forma particular que asumió la experiencia peronista.

La crisis del 30 dio comienzo al eclipse de la prosperidad oligárquica bajo el impacto de la quiebra del imperialismo mundial. Por vía indirecta (necesidad de equilibrar la balanza de pagos) generó un proceso industrial interno y alimentó nuevas fuerzas sociales que encontraron su expresión política en el peronismo.

El peronismo nació en 1945 como un frente único antiimperialista de rasgos muy especiales, con una dirección nacional-burguesa de origen militar y una base predominantemente obrera.

La intensidad de la movilización obrera derivaba en gran medida de la hostilidad de la propia burguesía empresaria como clase a la lucha nacional emprendida por la jefatura militar. Esto no privó al peronismo de su carácter nacionalista-burgués, transparente en su proyecto de erigir un capitalismo nacional autónomo con respaldo de masas (justicia social distributiva).

Pero le creó una fuerte contradicción interna que lo condujo a sistematizar las medidas burocráticas (tanto políticas como sindicales) a fin de mantener los límites sociales del sistema. El congelamiento y aún el reaccionarismo ideológico fue uno de los reaseguros implantados con tal fin.

Por eso, la política universitaria del peronismo asumió un carácter francamente derechista, facilitando así la maniobra oligárquica de retener al estudiantado como fuerza de choque, ya que, como afirmó (y todavía hoy supenen) la izquierda y ultraizquierda cipayas, Perón era "fascista".

Los aspectos positivos del gobierno peronista en materia educativa se refieren sobre todo a la expansión de la escolaridad en los tres ciclos. La Universidad se democratizó socialmente, al suprimirse aranceles y exámenes de ingreso en un marco de plena ocupación y elevado nivel de vida.

Pero esto no fue suficiente para producir una ruptura ideológica del estudiantado con la oligarquía. Sería necesaria la experiencia posterior al 55 para que empezara a comprenderse la progresividad histórica del movimiento peronista a pesar de sus limitaciones y contradicciones (nacional-burguesas).*

* La transformación de las condiciones objetivas abrió nuevos horizontes a la clase media, incluso profesional, referidos a un mercado interno y fuerzas productivas en crecimiento. No es casual, por ejemplo, que en la rama más ligada al proceso industrial (Ciencias Exactas, Físico-químicas, Naturales) el porcentaje de graduados subiera del 1,06% en 1921-25 y el 1,45% en 1941-45, al 3,59% y al 4,57% en los dos quinquenios subsiguientes (1946-1955), para frenar en 4,59 y 5,1% durante la década posterior (1956-1965).

LAS CAUSAS DE UNA ALIANZA Y LAS IMPOSIBILIDADES REALES DE VOLVER A ELLA

Puede, pues, afirmarse que la intervención del 66 marca la ruptura de una alianza de clases que objetivamente se había vuelto imposible ya a partir del año 30, pero cuyas condiciones estaban tan arraigadas en medio siglo de "prosperidad" agropecuaria (1880-1930) y habían cristalizado en tradiciones políticas e ideológicas tan persistentes, que se necesitaron más de tres décadas para que la fisura aflorase a la superficie.

En ese instante, que es ya nuestro presente, ni la sociedad argentina ni el mundo capitalista ofrecen la opción de un nacionalismo burgués que reemplace al liberalismo oligárquico como ideología del ascenso social e integración en los cuadros del sistema, para la pequeña burguesía estudiantil.

Pese a sus buenos propósitos, el doctor Malek no puede reconstituir las condiciones de un sistema social en el caso.

EL CAMINO DE LA UNIDAD SINDICAL

¿Cuál es nuestra respuesta práctica a Malek? Combatirlo, combatir lo que él representa, estrechar filas por nuestros intereses de estudiantes, luchar contra el sistema universitario y el régimen que lo engendra.

El doctor Malek nos invita a luchar contra la "dependencia ideológica". Pero esa dependencia no es la satelización a un campo externo al de la Universidad y el país. Se instala en ellos, encarna en el poder oligárquico y pone la Universidad al servicio de sus intereses materiales e ideológicos.

Cualesquiera sean las formas que asuma la política universitaria del Régimen, ella es incompatible con nuestras necesidades. Sólo luchando contra el Régimen en el cauce de la alianza obrero-popular, defenderemos nuestros intereses intelectuales y prácticos.

Esto no significa que renunciemos a pelear por nuestras reivindicaciones inmediatas. Pero no lo hacemos para remover las causas que impiden nuestra "integración" al sistema, sino para fortalecer nuestra lucha contra el sistema en su conjunto.

Entenderemos cada avance, no como una aproximación al adversario, sino como terreno conquistado en la lucha desde donde prepararemos nuevas ofensivas.

Hemos hablado de "estrechar filas". De nada valdría señalar objetivos sin comprometer los medios para su realización. El doble papel político por excelencia del Estado oligárquico consiste en unificar centralmente el poder de las clases dominantes y en desintegrar a las clases explotadas.

Por eso, nuestra unidad no se da espontáneamente (salvo en pasajeras coyunturas de crisis), es preciso construirla, conquistarla y proyectarla finalmente al campo de la unidad obrera y popular.

El sistema crea nuestra dispersión. Pretende aislarnos (incluso ideológicamente) del contexto nacional; paralizarnos represiva y burocráticamente; segmentarnos en órdenes y regiones; disgregarnos en el individualismo y la rutina cotidiana; encresparnos en choques ideológicos; instalarse en cada uno como escepticismo e incomunicación; trasladarse a nuestras prácticas reproduciendo las jerarquías "jefes-masa" para que grupitos iluminados se encarguen de producir nuestro silencio.

Sin embargo la unidad tiene una base objetiva inmovible: nuestros intereses son comunes; ellos nos enfrentan irreductiblemente a un sistema universitario y a un Régimen cada vez más hostiles e intolerables.

El principio de nuestra unidad brota, pues, de un conflicto que nos es común en nuestra lisa y llana condición de estudiantes, con independencia de toda definición o indefinición partidaria, tendencial o confesional.

Ese principio, por lo tanto, exige que construyamos en cada Facultad un organismo sindical de lucha, un organismo permanente y abierto a todos los estudiantes, regido en forma democrática según la voluntad mayoritaria, con plena libertad de discusión y de tendencias. Exige, en una palabra, que construyamos o fortalezcamos los Centros de Estudiantes, federados localmente y confederados en la Federación Universitaria Argentina (FUA).

(Continúa en el próximo número)

EL ARBOL DE LAS
DISIDENCIAS INTERNAS
TAPA EL BOSQUE
DE LA UNIDAD CONTRA
EL REGIMEN OPRESOR

Las lecciones del marxismo

por César Vallejo

El texto de Vallejo reivindica para el marxismo lo que tiene de dialéctico. Y esto será seguramente una novedad para muchos "marxistas gramaticales".

N. de la R.

Hay hombres que forman una teoría o se la prestan al prójimo, para luego meter y encuadrar la vida, a horcajadas y mojicones, dentro de esa teoría. La vida viene, en ese caso, a servir a la doctrina, en lugar de que ésta sirva a aquélla. Los marxistas rigurosos, los marxistas fanáticos, los marxistas gramaticales, que persiguen la realización del marxismo al pie de la letra, obligando a la realidad social a comprobar literal y fielmente la teoría del materialismo histórico —aun desnaturalizando los hechos y violentando el sentido de los acontecimientos—, pertenecen a esa calaña de hombres. A fuerza de ver en esta doctrina la certeza por excelencia, la verdad definitiva, inapelable y sagrada, la han convertido en un zapato de hierro, afanándose por hacer que el devenir vital —tan fluido, por dicha y tan preñado de sorpresas— calce dicho zapato, aunque sea magullándose los dedos y hasta luxándose los tobillos. Son estos los doctores de la escuela, los escribas del marxismo, aquellos que velan y custodian con celo de amanuenses, la forma y la letra del nuevo espíritu, semejantes a todos los escribas de todas las buenas nuevas de la historia. Su aceptación y acatamiento al marxismo, son tan excesivos y tan completo su vasallaje a él, que no se limitan a defenderlo y propagarlo en su esencia —lo que hacen únicamente los hombres libres—, sino que van hasta interpretarlo literalmente, es decir, estrechamente. Resultan, así, convertidos en los primeros traidores y enemigos de lo que ellos, en su exigua conciencia sectaria, creen ser los más puros y los más fieles depositarios. Es, sin duda, refiriéndose a esta tribu de esclavos, que el propio maestro se resistía, el primero, a ser marxista.

¡Qué lastimosa orgía de eunucos repetidores, la de estos traidores del marxismo! Partiendo de la convicción de que Marx es el único filósofo de la historia pasada, presente y futura, que ha explicado científicamente el movimiento social y que, en consecuencia, ha dado, una vez por todas, con el clavo de las leyes del espíritu humano, su primera desgracia vital consiste en apartarse de raíz de sus propias posibilidades creadoras, relegándose a la condición de simples papagayos panegiristas y papagayos de "El Capital". Según estos fanáticos, Marx será el último revolucionario de todos los tiempos y, después de él ningún hombre futuro podrá ya crear nada. El espíritu revolucionario acaba con él y su explicación de la historia contiene la verdad última e incontrovertible contra la cual no cabe ni cabrá objeción ni derogación posible,

ni hoy ni nunca. Nada puede ni podrá concebirse ni producirse en la vida, que no caiga dentro de la fórmula marxista. Toda la realidad universal no es más que una perenne y cotidiana comprobación de la doctrina materialista de la historia. Desde los fenómenos astrales hasta las funciones secretoras del sexo del euforbio, todo es un simple reflejo de la vida económica del hombre. Para decidirse a reír o llorar ante un transeunte que resbala en la calle, sacan su "Capital" de bolsillo y lo consultan previamente. Cuando se les pregunta si el cielo está azul o nublado, abren su Marx elemental, y según lo que allí leen es la respuesta. Viven y obran a expensas de Marx. Ningún esfuerzo les es ya exigido ante la vida y ante sus vastos y cambiantes problemas. Les es suficiente que, antes que ellos haya existido el maestro que ahora les ahorra la viril tarea y la noble responsabilidad de pensar por sí mismos y de ponerse en contacto directo con las cosas.

Freud explicaría fácilmente el caso de estos hombres, cuya conducta responde a instintos opuestos, precisamente, a la propia filosofía revolucionaria de Marx. Por más que les anime una sincera intención renovadora, su acción efectiva y subconsciente los traiciona, haciéndolos aparecer como instrumentos de un interés de clase, viejo y oculto, subterráneo y "refoulé" en sus entrañas. Los marxistas formales y esclavos de la letra marxista son, por lo general, o casi siempre, de origen y cepa social aristocrática o burguesa. La educación y la cultura no ha logrado expurgares estas lacras. Tal es, por ejemplo, el caso de Plekhanov, Bukharin y otros exégetas fanáticos de Marx, descendientes de burgueses o aristócratas, convertidos.

Lenin, en cambio, se ha separado y ha contradicho en muchas ocasiones el texto marxista. Si se hubiese ceñido y encorsetado al pie de la letra, a las ideas de Marx, Engels, relativas a la incapacidad y falta de madurez capitalista de la sociedad rusa, para ir a a revolución y para implantar el socialismo, no existiría en estos momentos el primer Estado proletario.

Otras tantas lecciones de libertad ha dado Trotsky. Su propia oposición a Stalin es una prueba de que Trotsky no sigue la corriente cuando ella discrepa de su espíritu. En medio de la incolora comunión espiritual que observa el mundo comunista ante los métodos soviéticos, la insurrección trotskysta constituye un movimiento de gran significación histórica. Constituye el nacimiento de un nuevo espíritu revolucionario, dentro de un estado revolucionario. Constituye el nacimiento de una nueva izquierda, dentro de otra izquierda, que, por natural evolución política, resulta a la postre, derecha. El trotskismo, desde este punto de vista, es lo más rojo de la bandera roja de la revolución y, consecuentemente, lo más puro y ortodoxo de la fe".

(De "Variedades", Lima, 19-I-1929)

CESAR VALLEJO

YA ESTAN EN VENTA LOS PRIMEROS 3 VOLUMENES

Revolución y Contrarrevolución en la Argentina

por JORGE ABELARDO RAMOS

Desde su aparición en 1957 se han vendido ya 20.000 ejemplares de esta historia argentina escrita desde un punto de vista marxista y latinoamericano.

Para su mejor difusión, en esta 4ª edición popular la obra total se ha dividido en 5 volúmenes, que pueden leerse y adquirirse por separado.

I. LAS MASAS Y LAS LANZAS (1810-1862) ... \$ 800.—

Abarca este volumen la Revolución de Mayo, el estallido de las guerras civiles, el período de Rosas, la época de la Confederación Argentina y la dictadura de Mitre.

II. DEL PATRICIADO A LA OLIGARQUIA (1862-1904) \$ 900.—

El mitrismo arrasa al interior, los ferrocarriles extranjeros, la inmigración, el roquismo, la contrarrevolución del 90, la revolución del 80, el anarquismo y el socialismo, los comienzos de la factoría.

III. LA BELLA EPOCA (1904-1922) \$ 1.200.—

Comienza la edad del disfrute oligárquico, las revoluciones radicales, la irrupción del Demos y la primera guerra mundial, las corrientes literarias y el fin de la Argentina criolla.

De inminente aparición

IV. EL SEXTO DOMINIO (1922-1943)

V. LA ERA DEL BONAPARTISMO (1943-1970)

En todas las librerías y en Ediciones del Mar Dulce,
Casilla de Correo 5027, Correo Central, Buenos Aires.

**LECTURAS
CRITICAS**

**Libros,
periódicos,
papeles en general**

**HISTORIA DEL
MOVIMIENTO OBRERO
BOLIVIANO (III)**

(I tomo)

por Guillermo Lora

**Ed. "Los Amigos del
Libro", La Paz, 1967.**

El tema del proteccionismo y del librecambismo reviste un interés particular en la discusión sobre la historia económica de América Latina. Ya dijimos en las notas anteriores que tanto el stalinismo en la Argentina, como el "trotskysta" Lora en Bolivia coincidían con la doctrina oligárquica de los intereses exportadores de ambos países en condenar el proteccionismo en nombre del "progreso". La unión de stalinistas y trotskystas en esta materia es realmente conmovedora. Ofrece una enseñanza elocuente acerca del sentido político de coincidencias y divergencias: su disputa sobre el carácter de la revolución rusa es menos irritativo para las luchas en Bolivia que aquellos asuntos que afectan directamente a las clases sociales bolivianas, a sus imposturas económicas y a sus enfrentamientos reales. Esta es una prueba suplementaria de que las "izquierdas" en América Latina divergen en todo lo humano y lo divino. Pero cuando se trata de idealizar al imperialismo en el pasado, colgar a Villarroel o voltear a Torres, todos están de acuerdo.

Lora juzga que el proteccionismo defendido por los presidentes Santa Cruz y Belzú carecía de progresividad. "El

proteccionismo no correspondía —escribe—, en ese momento a la necesidad vital de crecimiento de la burguesía nacional; bajo su vigencia se trataba, concretamente, de suplantar la insuficiencia y debilidad técnicas con las mencionadas medidas; de prolongar la agonía de la producción fabril colonialista, cimentada en la servidumbre feudal y el gamonalismo. La política proteccionista en esa época no era más que un arma de combate de la economía atrasada, que pugnaba por sobrevivir en un mundo adverso, contra la amenaza del capitalismo pujante y renovador" (pág. 80).

Retengamos por un momento la valoración de Lora: la atrasada economía boliviana deseaba protegerse contra la "amenaza del capitalismo pujante y renovador". El peligroso "trotskista" encomia a ese capitalismo. Pero ¿de qué capitalismo se trata? De un capitalismo que como en la Europa del siglo XIX se desarrollaba rápidamente y a pesar de sus miserias contribuía a elevar el poder del hombre sobre la naturaleza y a impulsar el crecimiento de las fuerzas productivas? Ese capitalismo no existía en la Bolivia de Belzú; el proteccionismo industrial de este presidente era un paso para crear las condiciones de aparición de un capitalismo semejante. El capitalismo "pujante y renovador" a que aludé Lora era el capitalismo europeo que, al ingresar en Bolivia mediante los buenos oficios del librecambio, detenía el desarrollo capitalista de Bolivia, la confinaba a la condición de mera exportadora de mineral en bruto y sólo establecía los "focos de civilización" indispensables para vaciar el subsuelo del Altiplano: ferrocarriles hacia la costa, centros comerciales de intermedia-

ción, núcleos proletarios en las minas, extratos de clase media en las ciudades, un aparato estatal a la medida de tal factoría. Naturalmente, a esto debía agregarse las universidades, con sus profesoras, sus ideologías importadas y sus izquierdistas, tan importados como las locomotoras.

El "capitalismo" que era "pujante y renovador" en Europa, era "anticapitalista", retardatorio y estrangulador en Bolivia. Pero como Lora es incapaz de percibir la realidad propia, y sólo se inspira en los textos más que en los hechos, y en las frases de Lenin antes que en el pensamiento de Lenin, aplica una valoración servicial al imperialismo extranjero y ataca con frases de izquierda a las tentativas bolivianas de frenarlo.

En cuanto a Santa Cruz y Belzú, Lora no deja nada en el tintero: "Sería un grueso error identificar la política desarrollada por Santa Cruz y Belzú con el proteccionismo practicado por los jóvenes países capitalistas europeos. Esos gobernantes nada hicieron para emancipar al país del colonialismo y no pueden ser considerados; a pesar de sus indiscutibles méritos y popularidad, como los estructuradores de la Bolivia nueva; ese mérito corresponde a los que militaban en la trinchera opuesta, a Linares, por ejemplo, el estadista que tanto hizo por la victoria del librecambismo."

Nadie ignora que Marx veía en el librecambismo británico la forma más adecuada de la competencia capitalista en la arena mundial y la política económica específica de una nación burguesa una vez llegada a un alto nivel tecnológico. Pero la misma nación, si deseaba alcanzar tales objetivos, debía necesariamente asumir en sus comienzos una orientación proteccionista. Detrás de la muralla aduanera, de la protección fiscal y bancaria y de un sistema defensivo de fletes, seguros y créditos, un país pastoril inerme como la Gran Bretaña de Cromwell pudo elevarse a la condición de gran potencia.

El librecambismo en los países avanzados es la orientación propia de la burguesía industrial exportadora; los proteccionistas en tales países son los terratenientes, que desean impedir la importación de materias primas y productos alimenticios de áreas geográficas más atrasadas o más fértiles, que compiten con la agricultura y ganadería locales. Por el contrario, los librecambistas en países como Boli-

via, son los exportadores de materias primas mineras y los proteccionistas, los artesanos, los industriales o los gobernantes patriotas que se oponen al capital extranjero. Lora toma partido por los libremercantistas en nombre del marxismo europeo, del mismo modo que en 1946 y en 1971 tomó partido contra el gobierno nacionalista del General Torres (coincidiendo con el coronel Banzer) en nombre de la "revolución permanente". Este trotskismo contra Trotsky solo ha logrado contribuir a que Bolivia sea, por el contrario, el escenario de la "contrarrevolución permanente".

He aquí quien es Linares, a través de la propia pluma de Lora: "Linares fue un aristócrata e hizo un gobierno a gusto y sabor de los gamonales, ignorando a la muchedumbre mestiza, violentando sus deseos y objetivos, y atacando mortalmente sus intereses materiales. El caudillo del Partido Rojo sienta las bases del futuro liberalismo entreguista... El programa de Linares expresó la brutal reacción oligárquica contra el belicismo artesanal, o marcismo como gustaban calificarlo... Linares encarna, y de una manera conciente, la evidencia de que en Bolivia no fueron las masas populares las que conquistaron, después de lucha tenaz, la libertad de comercio, ésta fue implantada desde el poder y de manera autoritaria, aplastando, previamente, la resistencia del artesanado, de la "muchedumbre mestiza", vale decir de todo el país, en provecho directo de la clase dominante, económicamente poderosa aunque reducida por su número. Los métodos dictatoriales de gobierno sirvieron al liberalismo económico... El caudillo, incansable conspirador y cuya vida fue una cátedra de moral individual, utiliza has-

ta el mensaje presidencial para arremeter contra el proteccionismo, que tanto vale decir contra el belicismo plebeyo. Tiene que subrayarse el pensamiento de Linares sobre la urgencia de abandonar los sueños de industrialización del país para centrar todos los esfuerzos alrededor de la producción de materias primas". El análisis es profundo y perspicaz. El libremercantismo nos condenó a ser país sin grandes industrias y fuente de materias primas". He aquí pintado de cuerpo entero a Lora y su héroe. Puesto que este mismo autor declara: "En ese entonces una línea revolucionaria consecuente no podía menos que ser libremercantista en economía". La identificación entre "revolucionario consecuente" y gobiernos amigos del capital extranjero no parece ser solamente una manía histórica de Lora.

J. A. R.

(Este estudio continuará en el próximo número).

EL PERONISMO EN LA LITERATURA ARGENTINA por Ernesto Goldar Editorial Freeland, Buenos Aires, 1971

Goldar posee un ojo implacable: los novelistas pretenden ver al mundo, Goldar se ha propuesto ver a los novelistas. Pero no desde el punto de vista biográfico, ni siquiera estilístico, cosa que abunda, ni por supuesto des-

de el ordeñado ángulo de la "aventura del lenguaje", que es el gran tema del estructuralismo barrial. Goldar ha escrito este libro notable para mostrar las criaturas soñadas por los novelistas argentinos, en sueños que dichos novelistas involuntariamente concibieron, como los sueños verdaderos. Nos muestran aspectos, diálogos incidentales, juicios de valor, caracterizaciones secundarias, "fragmentos inconcientes" diríamos, que fluyen al azar del discurso novelesco, pero que poseen una punzante fuerza. El autor que nos ocupa nos exhibe algo mucho más importante que la ideología política de los escritores de ficción de nuestro país, puesto que efectúa un relevamiento de los sentimientos implícitos que esos autores acarician o acariciaron acerca del peronismo, de los peronistas, el jefe de ese movimiento, tanto como de su mujer y en general de los "cabecitas negras".

Goldar se ha sumergido en la atenta lectura crítica de multitud de novelistas, desde Galvez hasta Cortázar, pasando por Borges, Marta Lynch, Manauta, David Viñas, Rodolfo Walsh y muchos otros, interesado en conocer y hacernos conocer la subjetividad (es decir, lo real y profundo) de esos autores cuando al concebir sus héroes crean también hijos menores de la trama, —sirvientas, militares, obreros, funcionarios, curas, maleantes— transmutados en peronistas.

El resultado de tal investigación es espectacular y trascendente del plano de la inquisición literaria a la sociología no embaucadora. Esto último es tan raro y Ernesto Goldar un autor tan resuelto y agudo, que no podemos menos que recomendar su libro a la consideración de nuestros lectores.

Conferencias

del IPEAL

(Instituto Popular de Estudios Argentinos y Latinoamericanos)
Tacuarí 119, entrepiso, Buenos Aires.

OCTUBRE 15 - A las 20 horas.

Blas Alberti: "El 17 de Octubre y el revisionismo marxista".

OCTUBRE 22 - A las 20 horas.

Ataulfo Pérez Aznar: "El nacionalismo económico en la Constitución del 53".

OCTUBRE 29 - A las 20 horas.

MESA REDONDA: "Las Ciencias sociales y la realidad argentina". Con la intervención de Juan Carlos Portantiero, José Luis Fernández, Blas M. Alberti, Roberto García y Gustavo Schuster.

NOVIEMBRE 5 - A las 20 horas.

Jorge E. Spilimbergo: "La crisis oligárquica, perspectivas".

CICLO DE CONFERENCIAS DE LA AGRUPACION UNIVERSITARIA NACIONAL (AUN)

OCTUBRE 23 - A las 18 horas.

L. A. Rodríguez: "El nacionalismo revolucionario en nuestra historia".

OCTUBRE 30 - A las 18 horas.

Julio Fernández: "El movimiento estudiantil: situación actual y perspectivas".

NOVIEMBRE 6 - A las 18 horas.

Blas Alberti: "La crisis de la Universidad argentina".

EL PUEBLO AL PODER

Por un Gobierno Obrero y Popular

CONVOCA LA IZQUIERDA NACIONAL

AL GRAN ACTO PUBLICO

Oradores:

JORGE MACKARS

JULIO FERNANDEZ

BLAS ALBERTI

JORGE ENEA SPILIMBERGO

JORGE ABELARDO RAMOS

EL JUEVES 28 DE OCTUBRE

A las 20 horas

TODOS al Salón Verdi, en la Boca

Almirante Brown 736